Morriña



Carlos Pérez

© Carlos Pérez, 2025

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,

almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso previo del autor.

Primera edición, 2025

MORRIÑA

Carlos Pérez

Mouchos, coruxas, sapos e bruxas.
Demos, trasgos e diaños,
espritos das nevoadas veigas.
Corvos, pintigas e meigas,
feitizos das menciñeiras.
Podres cañotas furadas,
fogar dos vermes e alimañas.
Lume das santas Compañas.
Mal de ollo, negros meigallos,
cheiro dos mortos, tronos e raios.

Buhos, lechuzas, sapos y brujas
Demonios, duendes y diablos,
espíritus de los nublados campos.
Cuervos, salamandras y hechiceras
hechizos de las curanderas.
Podridos tallos agujereados,
Hogas de los gusanos y alimañas.
Fuego de las Santas Compañas,
mal de ojo, negros hechizos,
olor de los muertos, truenos y rayos.

CONJURO TRADICIONAL DE LA QUEIMADA GALLEGA

Lugares donde habita la morriña

Figueras (Asturias)

Un puerto pequeño que mira de frente a la ría del Eo, donde las barcas viejas aún crujen como costillas de ballena varada.

La niebla no siempre es niebla.

Algunas noches, el mar devuelve nombres olvidados a quienes se atreven a escuchar.

Ribadeo (Galicia)

Un pueblo de calles inclinadas, bares donde el vino se sirve en tazas blancas, plazas donde las gaviotas discuten con los turistas.

Aquí el verano huele a salitre, pulpo a feira y promesas no cumplidas.

La ría del Eo

Un espejo de agua dulce y salada que separa dos tierras pero une todas las historias.

Dicen que a veces, cuando baja la marea, deja ver más de lo que debería.

Taramundi (Asturias)

Donde las navajas se forjan a mano y los caminos siempre parecen retroceder.

Las leyendas aquí no se cuentan: se afilan.

La casa del pueblo

A las afueras de Figueras.

Entre eucaliptos altos y caminos que ya casi no existen.

La casa donde los veranos fueron eternos, donde la morriña echó raíces, donde algo —una vez— rompió el círculo.

El bosque

Espeso, desordenado, vivo.

A veces guarda secretos.

Otras veces... los entrega.

Málaga (Andalucía)

Entre la postal perfecta de sol y turistas, existen calles olvidadas, playas donde los niños aún juegan con cubos de arena, y barrios donde los rumores se propagan más rápido que la marea.

Allí, también, hay heridas que no cicatrizan.

El barrio de El Palo (Málaga)

Calles estrechas que huelen a espetos, mujeres que hablan desde los balcones, pescadores que conocen el mar como quien conoce una herida.

Aquí los secretos no se entierran: se comentan entre plato y plato.

Morriña.

No es sólo lo que recuerdas.

Es lo que te recuerda a ti.

Capítulo 1 – Luna

El Palo, Málaga. Jueves, 05:12 h

El olor a sardinas asadas aún flotaba en el aire, aunque hacía horas que los chiringuitos habían apagado las brasas. En la playa de El Chanquete, la marea había devuelto una zapatilla desgastada, medio enterrada en la orilla. Luna Lázaro no la vio. Estaba demasiado ocupada gritando el nombre de su hermano con la voz rota, los pies descalzos hundidos en la arena húmeda, las pupilas dilatadas como lunas rotas.

—¡Iván! ¡Joder, contéstame! —chilló, con el móvil temblando entre los dedos.

Su corazón iba al ritmo de una rave, pero en su cabeza solo sonaba una melodía ahogada: la canción que Iván le había enviado dos horas antes, un mensaje de voz de apenas veinte segundos con interferencias de fondo. Era como si lo hubieran grabado en una cueva. O en medio de una tormenta. O debajo del agua.

La música aún se reproducía en bucle.

Una melodía familiar.

Demasiado familiar.

Una que no escuchaban desde niños.

Sintió cómo el pánico se mezclaba con la sal, la niebla del amanecer y el eco de los ancianos que ya salían con sus sillas plegables. Luna corrió hacia el espigón, esquivando redes de pesca olvidadas y barcas viejas cubiertas con lonas. Al fondo, en el límite del paseo marítimo, las luces de la ciudad parpadeaban entre humedad y marisma. El cielo, aún gris azulado, olía a tormenta.

Y algo más.

Algo que se le agarró al pecho.

Esa sensación viscosa, vieja, de haber dejado algo atrás… o de que algo te sigue desde hace años.

Morriña.

La de verdad.

La que duele en los huesos.

Capítulo 2 – Iván

Doce horas antes. Miércoles, 17:21 h

Iván Lázaro estaba encerrado en su habitación, como tantas otras veces, rodeado de monitores, cables y el caos ordenado que solo él entendía. En la pantalla principal, una ventana de código parpadeaba entre líneas verdes y azules. En otra, un mapa digital de la costa gallega, con coordenadas marcadas en rojo. En una tercera, una retransmisión de Twitch de un canal de true crime que nadie más parecía haber descubierto.

Se levantó de la silla con los ojos ardiendo y fue directo a la cocina. Luna estaba tumbada en el sofá, fumando algo que no era tabaco y moviendo los dedos como si tocara un teclado invisible.

—¿Tú sabes lo que he encontrado? —dijo Iván mientras removía la taza de café frío con un destornillador—. La canción. Esa que tarareaba la abuela en los veranos del norte. La de la que nadie hablaba.

Luna no abrió los ojos.

—¿La de la Santa Compaña?

—No, la otra. La que decían que era para espantarla.

Luna se incorporó de golpe.

—Eso no tiene gracia.

Iván sonrió. Medio genio, medio demonio. Le encantaba provocar. Pero lo que había encontrado no era ninguna broma. Era un archivo de audio oculto en un foro gallego del año 2007, subido por un tal "Fogar das Almas". El nombre del usuario coincidía con una vieja inscripción en la pared de la casa del bosque. Esa casa. La de los veranos. La del trauma.

—Hay algo más —añadió Iván—. He triangulado la señal del audio. Lo raro es que… está activo. Alguien lo está reproduciendo ahora. Y está muy cerca.

Luna se levantó del sofá como si le hubieran clavado una aguja en la nuca.

—¿Dónde?

Iván bajó la voz.

—En el espigón de la Playa del Deo. Justo donde desapareció aquella niña hace tres semanas.

Luna no respondió al instante. Solo lo miró, y durante unos segundos, Iván juraría que en sus ojos se encendió algo que no veía desde que eran niños:

Morriña.

Pura y dura.

La que no se cura con volver, porque volver implica recordar.

El barrio era una mezcla de gritos de niños y abuelos sentados en sillas de plástico con el Marca en la mano.

El móvil vibró.

Número oculto.

—¿Sí?

Una voz de mujer. Gallega.

Fría. Precisa. Oficial.

—¿Iván Lázaro? Guardia Civil de Ribadeo. Ha aparecido algo… que podría tener relación con ustedes.

—¿Con nosotros?

—Una casa. En las afueras del pueblo.

—¿Qué tiene que ver conmigo?

—Una palabra escrita en la pared. A mano.

—¿Qué palabra?

Silencio.

Como si decirla fuese invocar algo.

—**Morriña.**

Flashback – La casa del pueblo

Hace quince años. Verano en la frontera entre Asturias y Galicia.

El sol se filtraba entre los eucaliptos altos como torres, dejando en el aire ese olor entre dulce y húmedo que sólo existe en el norte. Las bicicletas estaban tiradas en el camino de tierra, con las ruedas aún girando, y las risas de los niños se perdían entre los muros de piedra como si el propio pueblo las guardase en secreto.

Iván tenía diez años y las rodillas llenas de costras. Luna, con apenas ocho, corría descalza entre los helechos, la camiseta vieja salpicada de moras recién robadas. Detrás iban los primos —los del sur, los del norte— y algún que otro chaval del pueblo, de esos que solo ves en verano y que cada año están un poco más cambiados, un poco más atrevidos, un poco más cerca de no ser niños.

Rufo, el mastín leonés, los seguía con ese paso lento y noble de perro viejo. Era gigante, peludo y sereno, con mirada de abuelo paciente. Se tumbaba a la sombra de la parra y vigilaba el mundo con indiferencia.

La casa del pueblo, a las afueras, tenía olor a madera humedecida, a humo y a pan de horno. En la cocina, la abuela removía el caldero del pulpo mientras lanzaba órdenes con voz de capitana, y desde la radio antigua salían gaitas, canciones de fiestas patronales, alguna balada en gallego que nadie conocía pero que todos tarareaban igual.

Después de comer, cuando el sol empezaba a aflojar, llegaban las historias. Sentados en corro, alguno de los primos mayores —o el vecino de la casa de al lado, ese que había ido a trabajar a Suiza y vuelto medio raro— hablaba de la Santa Compaña, de voces que salían del mar, de brujas que vivían entre los maizales.

Luna se tapaba los oídos, pero luego no dormía. Iván se quedaba callado, anotando detalles en una libreta azul con esquinas

dobladas. Le fascinaban los misterios. Dibujaba mapas. Clasificaba las leyendas como si fueran especies.

Y por las noches, la plaza se llenaba de lugareños, veraneantes y música. Las orquestas llegaban con camiones enormes, las bombillas colgaban de cables como luciérnagas cansadas y los niños se escondían tras los puestos de pulpo para espiar a los mayores bailar y besarse con torpeza bajo las estrellas.

En aquellos veranos no existía el reloj. Solo el ritmo de las mareas, el olor a sidra dulce y sardinas asadas, y el ladrido grave de Rufo cuando alguien se alejaba demasiado del sendero.

Y en ese tiempo suspendido, en ese lugar de barro, salitre y promesas, se grabó algo que no se olvida.

Morriña.

La que no se quita.

La que duerme agazapada en la sangre.

La que despierta cuando todo se rompe.

Capítulo 3 – Iván

Málaga. Miércoles, 17:43 h

Colgó el teléfono y se quedó en silencio.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por las pantallas. Una de ellas seguía reproduciendo en bucle el archivo de audio que había encontrado esa tarde: la melodía distorsionada, el eco imposible, esa voz al fondo que aún no había conseguido aislar.

"Una casa en el bosque".

"Una palabra en la pared".

"Morriña".

Eso le había dicho la agente desde Galicia. Y su estómago se encogió como si alguien hubiese soplado hielo dentro.

No era solo una palabra. No para ellos.

Minimizó todas las ventanas. Respiró hondo. Abrió una carpeta cifrada que no tocaba desde hacía años. Dentro había fotos viejas escaneadas, recortes de periódico, mapas de la zona donde veraneaban de niños, anotaciones con caligrafía de adolescente paranoico.

Luna nunca había querido saber nada. Habían sellado ese recuerdo como se sellan las cosas que hacen daño. Pero él… él no lo había soltado del todo. Lo había guardado. Como se guardan las claves de algo que no entiendes aún, pero sabes que es importante.

Abrió uno de los mapas. Allí estaba: Figueras. La ría. Ribadeo. El bosque. La casa, justo en las afueras, donde terminaba el pueblo y empezaban las leyendas.

Pasó los dedos por el contorno de un círculo dibujado a lápiz. Lo había trazado con una brújula que ahora no recordaba si era de verdad o parte del juego.

Una casa vacía.

Un mensaje en la pared.
Un nombre que sólo tiene sentido para quien viene de allí.
Cerró los ojos.
La palabra volvió.
No dicha. No leída.
Sentida.

Morriña.
No era nostalgia.
No era pena.
Era el peso de una puerta entreabierta en el pasado.
Y el frío que se cuela por la rendija.

Capítulo 4 – Sara

El Palo, Málaga. Jueves, 07:15 h

La sirena de la patrulla no sonaba. No hacía falta. El zumbido de la ciudad aún dormida se rompía solo con el murmullo de los curiosos y los flashes de los móviles. Eran las siete y cuarto de la mañana en El Palo, y aunque el mar estaba en calma, algo había removido las aguas del barrio.

Sara Aguilar bajó del coche como quien entra en quirófano: guantes de látex puestos, bloc en mano, mirada afilada. Se había levantado a las seis, como siempre, con su rutina de yoga exprés y su taza de té matcha. No desayunaba antes de llegar a una escena. Decía que las vibraciones de un sitio podían cortar el apetito o provocar arcadas. Hoy, de momento, lo primero.

—¿Esto es por lo de Clara? —preguntó Sara, aunque ya conocía la respuesta.

Un agente joven asintió.

—Sí. Desaparecida hace tres semanas. Esta madrugada, una vecina del edificio dice haber escuchado una canción. Asegura que era la misma melodía que sonaba cuando Clara solía jugar en la calle. Le ha dado un ataque de ansiedad. Jura que la oyó "como si viniera de dentro del suelo".

Sara apretó los labios.

—¿Alguna prueba?

—No todavía. Pero varios vecinos confirman que algo raro pasó anoche. Y con esta declaración, la investigación vuelve a moverse. Ya sabes cómo va: a veces el caso parece dormido, y de repente alguien sueña algo.

Sara respiró hondo. A veces los casos no se cerraban, solo entraban en silencio. Los peores eran los que despertaban cuando ya casi nadie esperaba nada.

—¿La madre?

—Dentro. Destrozada. Como desde el primer día.

—¿Alguien más?

—Hemos citado a varios vecinos. Entre ellos, los hermanos Lázaro. Viven en el mismo bloque. No tienen relación directa con la niña, pero han declarado comportamientos raros en los días anteriores. Los he hecho llamar.

Sara se quedó un momento en silencio. El aire tenía un peso distinto esa mañana. Como si se estuviera gestando una tormenta, pero por dentro.

Se ajustó la chaqueta, miró al cielo gris y avanzó hacia el portal sin decir más.

Capítulo 5 – Iván & Luna

El Palo, Málaga. Jueves, 08:10 h

Les citaron a las ocho, en la comisaría del distrito. No era habitual que los llamaran, pero después de la declaración de la vecina y de la canción, todo estaba patas arriba.

IVÁN

Las luces de la comisaría eran insoportablemente blancas. Como quirófanos sin bisturí. Iván se frotó los ojos con los nudillos mientras esperaba junto a una máquina de café que olía a neumático quemado. Alguien había escrito "PUTA VIDA" con un clip en la chapa.

—¿Tú crees que esto tiene algo que ver con lo del norte? —susurró Luna.

—No lo sé —mintió.

Porque sí lo sabía. O lo intuía. Y eso era peor.

Entraron en una sala pequeña, sin ventanas. Dentro estaba la agente que los había citado: Sara Aguilar. Era más joven de lo que Iván esperaba, pero con cara de haber dormido poco y tragado demasiado. Llevaba una libreta sin estrenar y una taza que ponía "*El que ríe último… piensa más lento*".

—Tomad asiento. Esto será rápido si no complicamos las cosas —dijo sin mirarles.

LUNA

Sara tenía ojeras profundas, manos nerviosas y un olor sutil a lavanda, probablemente de algún spray absurdo antiestrés. Luna la escaneó en dos segundos. No parecía una mala tía, pero era evidente que estaba a la defensiva. Y lo peor que podías hacer con alguien así… era ser tú misma.

Se sentó con las piernas cruzadas sobre la silla. Como en casa. Iván permaneció de pie.

—Nombre y apellidos —dijo Sara, mirando a Iván primero.

—Iván Lázaro Herrera.

—Luna Lázaro Herrera —intervino ella antes de que se lo pidieran—. Veintitres. Virgo. Vegetariana. Y sí, estoy nerviosa. ¿Puedo fumar?

Sara levantó una ceja. No dijo nada. Luna lo interpretó como un no y suspiró.

IVÁN

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó él, cortante.

Sara hojeó un par de papeles.

—Anoche hubo una denuncia vecinal. Una testigo asegura haber escuchado una canción. La misma que, según dice, sonaba cuando Clara jugaba en la calle. Hace tres semanas.

Iván tragó saliva.

—¿Qué canción?

Sara lo miró de reojo.

—¿La conoces?

—No. Pero anoche… escuché algo. Desde la ventana.

Sara tomó nota. Esa clase de anotación que uno hace por costumbre, no porque crea lo que está escribiendo.

—¿Y tú? —preguntó a Luna.

LUNA

—Dormía. Bueno, fingía dormir. ¿Eso cuenta?

Sara parpadeó. Un gesto involuntario, como un glitch.

—¿Conocíais a la niña?

—De vista —dijeron ambos a la vez.

—¿Última vez que la visteis?

Luna bajó la mirada. Iván se limitó a encogerse de hombros.

Sara respiró hondo. Luego, sin saber por qué, tocó el colgante que llevaba bajo la camisa: un pequeño cuarzo blanco. Era una de sus manías. Sentía que le absorbía las malas vibraciones.

—Por ahora es todo. No os alejéis del barrio.

IVÁN

Ya en la calle, Iván caminó en silencio.

—¿No vas a decirme nada? —preguntó Luna.

—No tengo nada que decir.

—¿No será que sí tienes… pero no quieres?

Iván la miró de reojo.

El problema no era lo que no quería decir.

El problema era lo que ya estaba empezando a recordar.

Y lo peor era que lo recordaba como si fuera un sueño.

Un sueño antiguo.

Pesado.

Incompleto.

Morriña.

Esta vez, no como nostalgia.

Sino como un murmullo que te llama por tu nombre desde un sitio al que juraste no volver.

Capítulo 6 – Leo Olmo

Málaga. Jueves, 10:04 h

Leo Olmo había aprendido dos cosas importantes en sus años como reportero de sucesos:

Una, que cuando alguien te dice "esto no es noticia", probablemente lo sea.

Y dos, que si esperas a que te den permiso, llegas tarde.

Aparcó su moto medio encima de la acera, frente a la comisaría. El casco aún colgaba del manillar cuando ya estaba abriendo la aplicación de notas de voz en el móvil.

—Posible reactivación del caso Clara. Testigo asegura haber escuchado una canción asociada a la menor. Pista no confirmada. Barrio de El Palo. Pescadores y supersticiones incluidos. Hora: diez cero cuatro. Día: jueves, maldito jueves —dictó con voz grave, casi teatral.

Se coló en el vestíbulo como quien ya ha estado mil veces. Y lo había hecho. Por eso lo miraban como si llevara escrita la palabra **"molesto"** en la frente.

—¿Ya estáis con esto otra vez? —dijo sin saludar, al agente de recepción—. Me dijeron que habían cerrado el caso.

—Oficialmente, no está abierto —respondió el otro, sin levantar la vista del ordenador.

—Y sin embargo, me han dicho que alguien escuchó una canción. Qué poético, ¿no?

Silencio.

Leo suspiró. Se quitó las gafas y se limpió los cristales con la manga de la chaqueta. Llevaba tres cafés, dos cigarrillos y media barra de cereales con sabor a cartón. Su estómago rugía, pero no por

hambre. Era otra cosa. Algo parecido a la vieja electricidad que sentía cuando una historia se revolvía sola.

Caminó hasta el baño. No porque lo necesitara, sino porque desde allí podía escuchar parte de lo que se hablaba en la sala contigua. Acústica por arquitectura. Lo había aprendido años atrás, cuando aún creía que algún día le darían un premio por una exclusiva. Ahora se conformaba con que le pagaran en fecha.

Escuchó un nombre.

Lázaro.

No le sonaba. O sí.

Apuntó en su libreta.

Al salir, se encontró de frente con una mujer alta, coleta apretada, cara de lunes eterno. Lo miró con una mezcla de sospecha y fastidio.

—¿Olmo?

—Presente.

—Ya me han advertido de ti.

—Espero que para bien.

Sara Aguilar no sonrió. Tampoco lo echó. Lo cual, viniendo de una policía nacional, era un gesto casi tierno.

—No tengo nada que decirte —dijo ella—. Y lo que tenga que decir, lo publicaré yo.

—Genial. Siempre quise colaborar con la policía —respondió él, mientras anotaba su nombre sin permiso.

Se giró y salió. No sin antes grabar una última nota:

—Sara Aguilar. Policía con cara de haber visto más de lo que quiere recordar.

Hay algo en su voz.

Y ese algo… huele a historia.

Flashback – Verano de los 90. Algo en el monte.

Los eucaliptos crujían con el viento como si respiraran.

Era noche de luna llena y la pandilla —o la "tropa", como les gustaba llamarse— avanzaba en fila india por el sendero detrás de la casa del pueblo. Habían dicho que solo irían a buscar luciérnagas, pero todos sabían que la verdadera misión era asustarse.

Luna llevaba la linterna. La había ganado en una apuesta absurda de ver quién se atrevía a robarle una mora al burro del vecino. Iván, como siempre, iba un par de pasos por detrás, cargando con una libreta, una linterna más pequeña y un trozo de pan duro para Rufo, que caminaba a su lado con su lengua colgando y cara de filósofo dormido.

—¿Sabéis lo que dicen del monte de atrás? —preguntó Nico, uno de los primos mayores, con voz baja y seria.

Todos callaron. Ese silencio exacto. El que precede a una historia.

—Dicen que si te adentras lo suficiente, llegas a una zona donde no crece nada. Ni hierba, ni flores, ni árboles nuevos. Solo tierra negra. Quemada. Como si alguien hubiera arrancado la vida de cuajo.

—¿Y por qué? —preguntó Luna, desafiante.

Nico bajó la voz aún más.

—Porque ahí enterraron a una bruja. Una de verdad. La llamaban ***A Sombra***. Nadie conocía su cara. Decían que era tan vieja que ya no tenía cuerpo, solo voz.

Iván anotaba mentalmente cada frase.

—¿Y qué pasó? —dijo otra prima.

—Una noche, alguien la oyó hablar. Una niña. Y al día siguiente, esa niña ya no hablaba. Ni dormía. Ni comía. Solo miraba al monte. Y una semana después, desapareció.

El viento sopló justo entonces. Rufo levantó la cabeza y soltó un gruñido leve. Nadie se rió.

—¡Va, tonto, eso no es verdad! —dijo Luna, intentando sonar fuerte.

Pero por dentro… algo se removió.

Cuando volvieron a casa, nadie quiso ir al baño solo. Y esa noche, mientras la orquesta tocaba pasodobles en el puerto de Figueras, Iván no pudo evitar mirar desde su ventana hacia el monte.

Allí, en lo negro.

En lo que no crecía.

En lo que parecía estar esperando.

Morriña.

No la alegre.

No la de "qué tiempos".

La otra.

La que se mezcla con el miedo cuando recuerdas algo que no debería haber pasado…

y sin embargo, pasó.

Capítulo 7 – Luna

Málaga. Jueves, 11:30 h

El Paseo del Parque empezaba a oler a feria. A cartón mojado, biznaga fresca y algodón de azúcar. Luna caminaba despacio, con los cascos puestos, pero sin música. Solo por tener algo que la separara del mundo.

Pasar por allí era un ritual extraño. El bullicio, los preparativos, los colores… deberían provocarle alegría. Pero no. No ese año.

Ese año todo parecía fuera de sitio.

Pasó por la iglesia de San Pablo y, sin querer, le vino a la cabeza la imagen del Cautivo. La última vez que lo vio fue esa Semana Santa, envuelto en su túnica blanca, con miles de personas llorando a su paso. Incluso ella, que nunca fue devota de nada, había sentido un nudo extraño en el estómago.

Hay dolores que no se entienden.

Hay símbolos que se clavan aunque no creas.

Cuando llegó a la playa, el sol brillaba con ganas. Se sentó en la arena, frente a las olas, y pensó en **la Noche de San Juan**. Las moragas. Las hogueras. El salto para quemar lo malo.

¿Qué tendría que quemar ella ahora para empezar de nuevo?

Cerró los ojos. Respiró hondo. Intentó desconectar.

Y entonces sonó el móvil.

Número desconocido.

Lo dejó sonar. Una vez. Dos. A la tercera, contestó sin decir nada.

—Luna… —dijo una voz al otro lado.

—¿Quién eres?

—No cuelgues. Solo escucha.

Hubo un silencio.

Y luego, la **melodía**.

La misma.

La del mensaje.

La que Iván también había oído.

La del pasado.

Pero ahora sonaba distinta. Más clara. Más cercana.

Como si alguien la estuviera tocando justo detrás de ella.

Se giró, de golpe.

Nada.

Solo el mar, el viento, y una pareja de turistas discutiendo por un selfie.

—¿Qué significa esto? —preguntó, apretando el teléfono.

Pero la llamada ya se había cortado.

Miró la pantalla. "Número privado". Ni rastro.

Volvió a mirar el mar. Pero ahora no era lo mismo.

Morriña.

No era solo el eco de un lugar.

Era la melodía exacta que alguien —o algo— estaba usando para llamarles desde allí.

Y ella, no estaba lista para volver.

Capítulo 8 – Helena Barreiro

A Veiga (cerca de Figueras). Jueves, 10:37 h

Helena Barreiro pensaba que el olor a eucalipto mojado debía poder embotellarse. No para vendérselo a los de Madrid, sino para tenerlo siempre a mano cuando le tocaba patrullar en días grises como ese.

Aparcó el todoterreno en el arcén, sacó la capucha y bajó con el bloc en una mano y el bolígrafo en la otra. La vecina que la había llamado —una señora con chubasquero fucsia y ojos como platos— la esperaba junto al portón oxidado.

—No quise entrar, *muller*, pero eso no estaba ahí ayer.

Helena asintió, sin decir nada. Abrió la verja, que chirrió como si se quejara de siglos sin uso, y entró.

La casa estaba abandonada, pero no completamente vacía. El tipo de lugar que los niños usan para jugar a ser valientes y los adultos para olvidarse de quienes fueron.

La humedad trepaba por las paredes como musgo con hambre. Había botellas rotas, marcas de zapatos en la tierra, y al fondo, en la pared de la antigua cocina…

Una palabra.

Escrita con carbón, o con algo más turbio. Grande. Apresurada. Con rabia.

MORRIÑA.

Helena se quedó quieta.

No por miedo.

Por algo más antiguo.

Como si la palabra se hubiera escrito sola. Como si siempre hubiera estado ahí.

—¿Algún vecino nuevo? —preguntó sin dejar de mirar la pared.

—Nadie. Solo los de siempre.

Helena sacó el móvil y tomó una foto. Luego, en silencio, tocó el cuarzo blanco que llevaba colgado bajo la ropa. No por creencia. Por manía.

Al salir, el viento sopló fuerte y se llevó parte del olor a humedad.

Pero no el eco de esa palabra.

Morriña.

Una palabra que no debería estar en una pared vacía.

Una palabra que, de alguna forma, ya había escuchado antes.

Aunque no recordaba cuándo.

Capítulo 9 – Leo Olmo

Málaga. Jueves, 12:56 h

Leo se había prometido que no volvería a fumar en casa. Ni escribir en tazas de cerámica con rotulador permanente.

Ni husmear lo que la gente dice en voz alta cuando va fingiendo que habla bajo en el metro.

Tres promesas rotas antes de la una.

Su piso olía a café requemado y a humo de tabaco barato. Había papeles por todas partes: post-its en la pared, notas sueltas en libretas gastadas, titulares subrayados y un par de fotos impresas en baja calidad. Una de ellas: Clara, ocho años, sonrisa tímida, ojos enormes.

Encendió otro cigarro. Lo encendía más veces de las que se lo fumaba.

Abrió su correo: nada útil. WhatsApp: dos mensajes sin leer de su ex (ignorados). Instagram: una mención en una historia absurda de su antiguo compañero de redacción. En TikTok se hacía viral un tipo que hablaba de crímenes sin saber ni conjugar los verbos.

—Periodismo moderno —murmuró, dándole una calada sin ganas.

Revisó sus notas. Había subrayado algo que uno de los policías soltó sin querer mientras él pasaba por allí fingiendo buscar el baño.

"Lázaro. Iván. El friki que dijo lo de la canción".

Volvió a mirar el nombre.

Y luego se acordó.

Ese apellido no era nuevo.

Abrió una carpeta en su portátil. Una de las muchas que no deberían estar ahí. Dentro, entre recortes y archivos de audio, encontró una mención breve en un informe de prensa antigua de Galicia: *"La*

familia Lázaro pasaba los veranos en una casa cercana a Figueras. No consta residencia fija. El inmueble permanece deshabitado desde hace más de una década".

Le dio al play en un audio marcado con la fecha **15 de julio de 2011**.

Se oyó viento. Ladridos lejanos. Y luego… una voz de niño. Lejana. Como si hablara desde una caja.

—No se lo digas a Luna. Si se entera, no volvemos nunca.

Leo pausó.

Tenía la espalda erizada. No por miedo. Por instinto.

Ese tipo de grabaciones no aparecen solas. Y si lo hacían, era por algo.

Se levantó, se puso una chaqueta, metió una libreta nueva en el bolsillo (aunque ya tenía cinco empezadas) y salió dando un portazo suave.

—A ver, Lázaro. Vamos a ver qué secretos guarda tu melodía.

Capítulo 10 – Helena Barreiro

Ría del Eo, jueves. 16:19 h

El aire olía a algas secas, salitre y a esa humedad que se mete hasta el tuétano cuando vives junto al mar. Helena estacionó el coche patrulla frente a la rampa del puerto de Figueras, junto a un grupo de barcas que dormían atadas con sogas reventadas por el tiempo.

Allí estaba **Antón "*o Vello*"**, sentado como cada tarde en su banquito de siempre, un gorro de lana raído y una camiseta de publicidad del Xacobeo 93. Dicen que sobrevivió a una galerna que se llevó a dos hermanos suyos. Desde entonces, hablaba más con el mar que con la gente.

—*Boas tardes*, Antón. ¿Podemos *falar* un minuto?

—*Xa falamos*… —respondió sin mirarla, con los ojos perdidos en la ría.

Helena sonrió. Con él siempre era así: primero el muro. Luego, quizás, una rendija.

—Encontramos una pintada en la *casa da Veiga*. La abandonada. Apareció de la noche a la mañana. Pone *morriña*.

Antón mascó tabaco sin decir nada.

—Y no está hecha con spray. Más bien con carbón. O ceniza.

Entonces, él giró la cabeza. Solo un poco.

Lo suficiente.

—¿Había símbolo?

—¿Símbolo?

—Un círculo dentro de otro. Como un *ollo*. Como un recordatorio.

Helena frunció el ceño. No lo había visto. Aún.

—A veces aparece cuando pasa algo. Cuando alguien vuelve. O cuando alguien llama sin querer.

—¿Llama?

—*Ás veces non é un sitio. É unha lembranza. Unha que non quere estar esquecida*. (1)

Se quedó en silencio, como si ya hubiera dicho demasiado. O como si no supiera más.

Helena anotó todo en su libreta. Dibujó un esbozo de lo que le había descrito: **círculo dentro de otro.** Parecía un símbolo infantil… pero había algo en su simetría que daba escalofríos.

Al volver al coche, sacó su móvil y revisó por impulso la foto de la pintada. Amplió una esquina. En la parte baja de la pared, casi en sombra… ahí estaba.

El símbolo.

Muy tenue.

Pero ahí.

Se le heló la sangre.

Y sin saber por qué, pensó en el mar.

Morriña.

Esa palabra no la escribió un turista.

Ni un crío aburrido.

Esa palabra era un faro encendido desde el otro lado de la niebla.

Y alguien lo estaba mirando de vuelta.

(1) A veces no es un sitio. Es un recuerdo. Uno que no quiere ser olvidado

Capítulo 11 – Luna

Málaga. Jueves, 23:17 h

El vinilo giraba lento. Una canción de Vetusta Morla que ni recordaba haber puesto sonaba en bucle. Luna se tumbó en el suelo del salón, las piernas cruzadas, una copa de vino con un resto de Mencía sin terminar sobre el suelo.

La luz estaba apagada. Solo el neón lejano de una farmacia teñía la pared de verde cada diez segundos. Iván no estaba. No dijo a dónde iba.

Respiró hondo. Había algo raro en el aire. Un silencio que no era normal. Como si el barrio estuviera conteniendo el aliento.

Le dolía la cabeza, pero no era físico. Era otra cosa. Como si llevara días esquivando una llamada que su cuerpo ya había contestado.

La melodía que había escuchado aquella mañana seguía dentro. No por el móvil. Por dentro.

Se incorporó. Abrió el portátil. No tenía intención de mirar nada en concreto. Solo… distraerse.

Pero entonces, un mensaje nuevo.

Archivo recibido: "voz1_diciembre.wav"

No reconocía el remitente.

Click.

Un crujido, como si el micrófono hubiera rozado tela. Y luego, una respiración agitada. Muy agitada.

Una voz distorsionada.

Y entre jadeos…

—Luna no vuelvas allí. No vuelvas.

Se le heló la sangre. Quiso parar el archivo, pero el ratón no respondía.

Entonces, la voz volvió. Más clara esta vez.

Como si la tuvieran al oído.

—No vuelvas. Porque hay cosas que aún te recuerdan.

Y quieren que lo recuerdes tú también.

La música del vinilo paró sola.

Sin que nadie la tocara.

Sin que nadie la detuviera.

Y entonces, en ese silencio absoluto…

sonaron pasos en el pasillo.

Luna se quedó inmóvil.

La casa estaba cerrada. Iván no había vuelto. No había nadie más.

Excepto esos pasos.

Uno.

Dos.

Pausa.

Y el eco de una palabra sin voz.

Morriña.

Esta vez, dicha como una advertencia.

Como una promesa.

Como si alguien estuviera llamando a la puerta de su memoria…

con los nudillos llenos de tierra.

Capítulo 12 – Iván

Málaga. Viernes, 00:14 h

La madrugada no era hora para investigar, pero Iván no podía dormir. Tenía la sensación de que si no salía ahora, algo se escaparía. Como si la información no estuviera en la red, sino en la calle, esperando a ser vista.

Condujo sin rumbo fijo por el centro, luego bajó hacia los Baños del Carmen. Se detuvo cerca del Balneario, bajó del coche y caminó hasta un banco. El aire olía a sal, a ceniza vieja de moraga, y a algo más… aire estancado, como de pozo.

Sacó una libreta. No lo hacía desde que era crío. Pero últimamente había vuelto a escribir a mano, como si el teclado no le alcanzara. Bocetos, patrones, ideas sueltas. Una de ellas:

"¿Y si la melodía es una marca? ¿Un anzuelo?"

Apuntaba eso cuando oyó el ruido.

Brrrrrrmmmmmmm.

Una moto amarilla, pequeña, vieja, que parecía zumbar como un insecto con esteroides. Se acercó despacio, haciendo caballito con desgana, y se detuvo justo frente a él.

El tipo que bajó de la Vespa tenía unos cincuenta y tantos, ojos como platos de anfetamina o insomnio, camiseta sin mangas con el logo de una orquesta antigua, y una sonrisa torcida como sacada de un cómic malo.

—¿Iván? —preguntó con voz ronca.

Iván se tensó.

—¿Te conozco?

—No. Pero me conoce tu hermana. Bueno… *conocía*. Hace años.

Iván no respondió. Guardó la libreta.

—No vengo a molestar —dijo el tipo, alzando las manos—. Solo a decirte que en este barrio, cuando suena una canción que nadie ha puesto, lo mejor es no ignorarla.

—¿Cómo sabes eso?

El hombre sonrió más.

—A mí también me sonó una vez. Pero yo no fui tan listo como tú. No investigué. Me cagué.

Iván dio un paso atrás.

—¿Quién eres?

—Nadie. Solo uno que escucha.

Se subió de nuevo a la Vespa, hizo chirriar la rueda y se fue como había venido, con el motor vibrando como un zumbido molesto que se queda en el oído mucho después de apagarse.

Iván se quedó mirando la oscuridad, sintiendo cómo las piezas se movían solas dentro de su cabeza.

Morriña.

Ya no era un recuerdo.

Era una red.

Y acababa de darse cuenta de que él también estaba atrapado en ella.

Capítulo 13 – Sara & Leo

Málaga. Viernes, 08:02 h

Sara Aguilar no se fiaba de los viernes. Había desarrollado una teoría absurda según la cual los viernes traían más muertes que los lunes, aunque no tenía pruebas estadísticas. Solo su instinto. Y su lista mental de muertos que la habían jodido un fin de semana.

Desayunaba té matcha templado en su termo cuando alguien se le cruzó en la puerta de la comisaría.

—¿Otra vez tú? —dijo sin necesidad de mirar.

Leo Olmo alzó las manos como si acabara de entrar en la escena del crimen por error.

—No venía por ti. Venía por... bueno, por una coincidencia.

—Aquí no existen las coincidencias, Olmo. Solo los que molestan sin llevar placa.

Él sonrió, esa media sonrisa que usaba cuando sabía algo que no debía.

—¿Y si te dijera que alguien encontró un símbolo extraño en Galicia, en una casa abandonada?

Sara parpadeó.

—¿Qué casa?

—Una cerca de Figueras. La Guardia Civil está encima. Una pintada. La palabra morriña.

Sara sintió un escalofrío. No lo dejó ver.

—¿Y por qué me cuentas esto?

Leo sacó el móvil y mostró una foto borrosa. Una captura de pantalla. Dos círculos concéntricos en una pared sucia.

—Porque vi algo igual en una foto del caso Clara. Justo en el callejón donde jugaba. Nadie lo mencionó. Pero ahí está.

Sara lo miró en silencio. Luego bajó la vista al móvil. Y algo se encendió en su cabeza.

—¿Me estás pidiendo que trabajemos juntos?

—No, por favor. Solo quiero saber si estás viendo lo mismo que yo.

Sara suspiró. Tocó el colgante que llevaba bajo la camiseta, sin darse cuenta. Un gesto automático. Como encender una linterna en una habitación donde ya hay luz.

—Dame la foto. Y no digas una palabra más.

Leo se la envió por AirDrop.

Y en ese instante, sin hablarlo, ambos entendieron lo mismo:

Esto ya no era solo un caso en Málaga.

Era algo que venía de lejos.

Algo que estaba volviendo.

Capítulo 14 – Helena Barreiro

Galicia. Viernes, 11:08 h

El cielo tenía el mismo color que el agua: gris con memoria.

Helena caminaba por un sendero que bordeaba la playa de Arnao, una franja que sólo existe cuando la marea baja. La bruma era densa, pero no hostil. Gallega. Como todo lo que allí dolía despacio.

Había recibido el aviso esa mañana. Un chaval del instituto local, que entrenaba remo en el club náutico, juraba haber visto "algo raro" enterrado cerca de las dunas. Al principio pensaron que era otro perro muerto, pero el chaval insistió.

—Parecía una caja. Como de lata. Con dibujos. Rara.

Ahora estaba allí. Sola. Porque nadie más quiso ensuciarse. Porque a veces hacía falta que alguien se manchara las manos.

Se agachó, escarbó entre la arena húmeda con los guantes puestos y la ayuda de un palo seco. Y entonces la vio.

Una caja metálica oxidada. Pequeña. Cerrada con cinta adhesiva marrón. No pesaba mucho. Pero al sostenerla, algo le recorrió el cuerpo.

La abrió con cuidado.

Dentro, envuelta en plástico, había una foto.

Dos niños.

Una niña con trenzas y un vestido de rayas. Un niño algo más alto, con gafas torcidas.

Ambos sonreían.

Detrás, con tinta azul corrida por la humedad:

"Verano 2003 – casa del bosque"

El resto del contenido la hizo fruncir el ceño.

—Una entrada rota de un concierto.

—Un trozo de casete sin carcasa.

—Un dibujo infantil: **círculo dentro de otro**, y una figura de palos dentro.

—Y al fondo… Una palabra escrita con letras de periódico:

LÁZARO.

Helena sintió que algo muy grande acababa de activarse.

Pero no dijo nada.

Guardó todo en una bolsa de pruebas.

Miró al mar.

Y susurró para sí:

—Vale. Queréis jugar con recuerdos… Juguemos.

Flashback – Verano de 2003. La promesa.

La casa del pueblo olía a humedad. Las paredes desconchadas, el suelo de madera que crujía cuando alguien iba descalzo, el silbido del viento en las rendijas de las ventanas.

Aquel verano, Luna tenía doce. Iván, catorce.

Ya no eran los mismos niños de otros años.

Rufo seguía allí, pero más lento.

Los primos venían menos.

Y el bosque, antes amigo, empezaba a parecer más grande.

Fue una tarde de tormenta seca, de esas en las que no llueve pero el cielo amenaza con abrirse en dos.

—¿Y si vamos esta noche? —dijo Luna, en voz baja, tumbada boca arriba sobre una alfombra que picaba.

—¿A dónde?

—A la casa del monte.

Iván no respondió.

—Nico dijo que hay una trampilla, detrás de la chimenea. Que allí guardaban cosas los de antes.

Iván la miró sin moverse. Sus gafas resbalaban un poco por el sudor.

—Nico es imbécil.

—Sí. Pero… ¿y si no miente?

Silencio.

Fuera, el viento movía los eucaliptos con un rumor de mar. Y entre las hojas, se oyó el graznido de un cuervo solitario.

Aquella noche fueron.

Sin decir nada a nadie.

Con una linterna medio descargada, una bolsa de gusanitos y una libreta.

Rufo los siguió, pero se quedó en el camino. No quiso entrar.

Dentro de la casa abandonada, todo olía a tierra seca y a cosas que habían querido ser olvidadas.

Encontraron la chimenea.

Y detrás de ella, efectivamente, una trampilla de madera claveteada.

No la abrieron esa noche.

No se atrevieron.

Pero justo antes de salir, alguien —Luna o Iván, nunca lo aclararon— encontró una piedra plana, bajo la que había algo escondido:

Una hoja arrugada. Un dibujo infantil.

Dos círculos. Uno dentro del otro. Y dentro del pequeño… un nombre: Clara.

Luna palideció.

—¿Quién es?

Iván negó con la cabeza.

—Aquí no vive nadie con ese nombre, ¿no?

Luna no respondió.

Guardó el papel en la libreta.

Y antes de marcharse, los dos se prometieron lo mismo, sin decirlo en voz alta:

No contarle esto a nadie. Nunca.

Morriña.

No la dulce, ni la que huele a verano.
Esta era distinta.
Era esa que se instala en los silencios, en lo que no se dice.
Esa que uno arrastra sin saber de dónde viene,
pero que te susurra, en voz baja:
lo que callaste… te está esperando.

Capítulo 15 – Luna

Málaga. Viernes, 06:11 h

Despertó sobresaltada. No recordaba haber soñado, pero tenía las manos frías y el corazón acelerado, como si hubiera corrido por un bosque en mitad de la noche.

Tardó unos segundos en ubicarse.

Su habitación.

Su ventana.

Su caos de siempre.

Pero había algo más. Un olor. Un eco.

Petricor - Tierra mojada.

Se incorporó en la cama. No era posible. No había llovido. No en Málaga. Y sin embargo… ese olor.

El móvil parpadeaba sobre la mesilla. Ninguna llamada, ningún mensaje. Solo la batería a punto de agotarse, como ella.

Se levantó. Buscó su cuaderno de letras. El de canciones que nunca terminaba. Lo abrió por la mitad.

Y ahí estaba.

Una hoja suelta.

No recordaba haberla escrito. Pero era su letra. Torcida, rápida. Como cuando algo se escapa si no lo apuntas.

"Morriña no es nostalgia.

Morriña es acordarse de lo que no viviste.

O de lo que viviste mal.

O de lo que te hicieron vivir y borraste a golpes".

Cerró el cuaderno.

Fue hasta la cocina. Preparó un té, pero no se lo tomó. Se sentó en el suelo, apoyada contra la nevera, y encendió un cigarro.

Sabía que Iván no estaba en casa.

Sabía que algo se estaba moviendo.

Y sabía —aunque aún no podía explicarlo— que ese nombre, *Clara*, ya lo había escuchado antes.

Solo que no en Málaga.

Y no de adulta.

Fue entonces cuando se dio cuenta.

El dibujo.

Los círculos.

El papel arrugado.

El verano.

La casa.

La promesa.

Se levantó de golpe.

Buscó su viejo estuche metálico. El que tenía de niña. Lo guardaba por nostalgia… o por miedo.

Dentro, entre pegatinas y notas dobladas, estaba.

Una hoja amarilla.

Un dibujo infantil.

Y en el centro, esa palabra escrita con trazo tembloroso:

Clara.

Morriña.

Ahora no era recuerdo, ni pena, ni perfume del pasado.

Ahora era prueba**.**
Testigo mudo de que lo que creyeron enterrar…
nunca dejó de respirar.

Capítulo 16 – Iván

Málaga. Viernes, 10:36 h

Iván llevaba casi dos horas en la biblioteca de la facultad, pero no recordaba una sola línea de lo que había leído. Tenía un portátil abierto delante, una libreta con esquemas, y cinco pestañas en el navegador abiertas con variaciones de la misma búsqueda:

"melodía + desaparición + símbolo círculo dentro de círculo"

Nada útil.

Suspiró. El zumbido de los fluorescentes lo estaba matando.

En un impulso, buscó entre sus discos duros antiguos. Había copias de seguridad de todo: fotos, vídeos, juegos pirata, incluso cintas de casete digitalizadas. Y justo cuando pensaba que era otra pérdida de tiempo… lo encontró.

Una carpeta sin nombre.

Un archivo sin extensión.

Una imagen.

Al abrirla, el corazón le dio un vuelco.

Era una página escaneada de una libreta infantil. Su letra. La suya de crío. Arrugada, sucia.

Dos círculos concéntricos.

Y en el centro, una figura hecha con palitos.

Y al pie, una palabra escrita en mayúsculas: **"NO VOLVER".**

Le temblaban los dedos.

No recordaba haberlo dibujado. Y sin embargo… sabía que sí.

Minimizó la ventana. Encendió el móvil. Dudó unos segundos. Y llamó a Luna.

Tardó en responder.

—¿Iván?

—¿Estás en casa?

—Sí. ¿Por?

—He encontrado algo.

Pausa.

—Yo también.

Silencio.

—Luna… ¿quién era Clara?

El silencio fue más largo.

Y al fondo, aunque no lo supieran aún, **la ría del Eo empezaba a respirar otra vez**.

Morriña.

No es solo lo que te arrastra al pasado.

Es lo que empieza a despertarse cuando el pasado recuerda quién eres tú.

Capítulo 17 – Helena Barreiro

Galicia. Viernes, 12:42 h

El laboratorio improvisado del puesto de la Guardia Civil en Ribadeo olía a café recalentado y a humedad sin ventilar. Helena hojeaba el informe preliminar con la ceja arqueada y el dedo índice golpeando el folio como si quisiera sacarle más información.

—¿Estás segura? —preguntó, mirando a la técnico forense.

—Tan segura como se puede estar con algo enterrado en arena salada durante años. Pero sí. Los restos de cinta contienen fragmentos de grabación. Y el espectro de audio coincide con una voz registrada en un archivo que nos llegó por error hace unos años, durante un curso online de prevención escolar.

—¿Y de quién era la voz?

La técnico dudó un segundo.

—De una niña llamada Clara.

Helena sintió un nudo seco en el estómago. No era posible.

—¿Y la entrada del concierto?

—Original. Verificada. Pero sin valor directo. No hay forma de saber quién la guardó. Lo que sí es curioso es esto —añadió, mostrando la foto en alta resolución del reverso—: al microscopio, se aprecia escritura borrada. Letras apretadas, como si alguien hubiera querido hacer desaparecer algo.

Helena se inclinó. Leyó en voz alta:

—"Si Luna se entera, no volvemos nunca".

Silencio.

La frase era una cápsula de miedo. De infancia.

De secreto.

Volvió a mirar el nombre en la foto: *Lázaro*.

No eran gallegos.

No constaban como residentes.

Pero habían estado allí.

Y no solo un verano.

Helena salió al patio trasero del cuartelillo. El cielo seguía cargado, como si no acabara de decidir si llorar o callar. Se sacó del bolsillo su cuarzo blanco. Lo sostuvo un momento. No por superstición. Por costumbre. Por miedo.

Marcó un número.

—Sargento, necesito pedir una colaboración con Policía Nacional de Málaga. Sí. Es por un caso de desaparición, pero creo que lo que estamos encontrando aquí tiene muchas más raíces de las que pensábamos.

Morriña.

A veces no es una emoción, es una advertencia.

Un faro encendido en la niebla.

Y ahora alguien está navegando hacia él.

Capítulo 18 – Sara & Helena

Málaga – Galicia. Viernes, 13:02 h

Sara sostenía el móvil entre el hombro y la mejilla mientras ordenaba compulsivamente los clips de colores del escritorio por tamaño y tono. Una fila perfecta. Rojo, azul, verde, plata. Siempre así. Siempre en pares.

Cuando sonó la llamada, casi se atraganta con una almendra que llevaba en el bolsillo de la chaqueta "por si acaso".

—¿Guardia Civil de Galicia? —preguntó con un tono neutro de persona que no espera buenas noticias.

—¿Agente Aguilar? Le habla la agente Barreiro, del cuartel de Ribadeo. Disculpe que la moleste, es por una posible conexión entre un caso abierto aquí y la desaparición de una menor… Clara G.

Sara detuvo la fila. Se le erizó un brazo.

—¿Diga?

Del otro lado, Helena sostenía el móvil con la izquierda, mientras con la derecha giraba entre los dedos su cuarzo blanco. Tres vueltas a la piedra. Pausa. Tres vueltas más. Desde que había empezado a trabajar en la zona, había sustituido el clic de boli por ese gesto.

—Tenemos una evidencia física —continuó Helena—. Una caja enterrada en una playa. Contenía objetos que podrían pertenecer a alguien vinculado con la menor. Una entrada de concierto, un dibujo, una cinta de casete. Y un nombre: *Lázaro*. ¿Le suena?

Sara tragó saliva.

—Sí. Dos hermanos. Iván y Luna Lázaro. Viven en el mismo bloque que la niña desaparecida. Ya han declarado. No constan vínculos directos, pero hay un detalle extraño.

Hace unas noches, una vecina asegura haber escuchado una melodía muy concreta, justo bajo su ventana. Dice que era la misma

que Clara canturreaba cuando jugaba en la calle.

Y tanto Iván como Luna, al escucharla, se quedaron, digamos que afectados. Como si la reconocieran, aunque no quisieran decir de dónde.

Pausa al otro lado.

Helena no respondió enseguida. Su expresión se tensó apenas.

—¿Esa melodía… la tienen grabada?

—No aún. Pero estamos en ello. ¿A usted le suena?

Helena desvió la mirada hacia la carpeta con la foto de la caja. Allí, en una esquina, casi imperceptible, se veían unas notas musicales dibujadas a lápiz, como garabatos de alguien aburrido.

—De momento no, pero lo revisaré.

Ambas callaron.

En Málaga, Sara se puso de pie sin dejar de mirar la fila de clips, ahora desordenada. Se agachó para recuperar el tercero que se le había caído, lo sopló tres veces "por si acaso tenía algo pegado", y volvió a colocarlo en la secuencia.

En Galicia, Helena miró el cielo plomizo por la ventana mientras se sacaba una pelusa invisible del hombro del uniforme. Manía nueva. La había desarrollado en los últimos meses sin saber por qué.

—Puedo enviarle un informe preliminar —dijo Helena.

—Y yo le paso los detalles de los testimonios. Quizá… podamos cruzar algo.

—Sería útil. Gracias.

—Gracias a usted.

Corte limpio.

Helena dejó el móvil sobre la mesa. Respiró hondo.

Sara lo soltó como si quemara y fue directa a hacerse otro té matcha… aunque no se lo fuera a tomar. O tal vez sí. Según cómo

oliera el sobre.
Ninguna de las dos lo dijo.
Pero ambas lo sintieron.

Morriña.

No solo de lugares, también de certezas.
De esas que se oxidan en la memoria
y vuelven con barro y nombres propios.

Capítulo 19 – Iván & Luna

Málaga. Viernes, 15:10 h

El ascensor del bloque llevaba semanas averiado, así que Iván subió los cuatro pisos bufando entre dientes, con el portátil bajo el brazo y la cabeza a punto de explotar.

Tocó la puerta con los nudillos tres veces, como hacía de niño cuando jugaban a que venían "los otros".

Luna abrió sin decir nada. Tenía los ojos hinchados y el pelo recogido como si se lo hubiera hecho en medio de un incendio. Iba descalza. Eso ya decía mucho.

—¿Tenemos que hablar? —dijo ella, antes de que él pudiera abrir la boca.

—Sí.

Entró. El salón estaba como siempre: caos ordenado. Cojines por el suelo, vinilos fuera de sus fundas, una taza con un cepillo de dientes clavado como bandera pirata.

—Yo también me acordé de algo —dijo ella, cruzándose de brazos.

—¿De qué?

—De Clara. Del dibujo.

Iván parpadeó. Luego asintió.

—Yo lo tenía escaneado. Ni me acordaba.

—¿Crees que nos lo dieron? ¿O que lo hicimos nosotros?

Silencio.

—No lo sé.

Llamaron a la puerta. Dos golpes rápidos y uno más fuerte. El toque de Yoli.

—¿Qué? —gritó Luna sin moverse.

—¡Nada, niña! Solo pasaba a ver si habéis visto al chico nuevo del tercero, que va sin camiseta en diciembre y yo ya me he tenido que abanicá como si fuera agosto.

—No, Yoli. No lo hemos visto —dijo Iván, sin levantar la voz.

—Vale, pero si veis algo raro me avisáis, ¿eh? Que últimamente aquí se oyen cosas por la noche que yo no sé si son sueños o el alma en pena de mi suegra subiendo por el ascensor.

La voz venía de fuera, pero era como si ya estuviera dentro.

Yoli vivía en el bajo. Tenía una tienda de uñas en el mismo barrio, aunque allí hacía de todo: extensiones, mechas, cejas, incluso reiki si venías con mal de amores.

Escuchaba a Junco y a Los Chichos a volumen de feria y olía siempre a colonia fuerte y a lentejas recién hechas.

Tenía más calle que Google.

Y más memoria que la nube.

—Gracias, Yoli —dijo Luna, sonriendo apenas.

—¡A mandar, hija! Pero si veis algo raro ¡me mandáis un WhatsApp, que yo soy muy sensitiva!

Y se fue, con sus sandalias de plataforma y su moño apretado como si fuera a una boda.

Silencio.

—¿Y tú? —preguntó Luna, volviendo a lo serio—. ¿Te acuerdas de algo más?

Iván dudó. Luego abrió el portátil y le mostró la imagen. El dibujo. Los círculos. El nombre en el centro: **Clara**.

—Eso no lo inventamos —dijo ella en voz baja.

Iván negó con la cabeza.

—¿La canción te sigue sonando?

—Sí. Y cada vez más fuerte.

Se miraron sin hablar.

Dos adultos con la cara de los niños que no quisieron recordar.

Y que ahora no tenían escapatoria.

Morriña.

A veces no es querer volver,

es saber que ya estás ahí…

aunque no te hayas movido del sitio.

Capítulo 20 – Helena Barreiro

Ribadeo. Viernes, 20:44 h

El bar no tenía nombre visible. Solo un cartel de madera gastada que ponía "Se sirve vino".

Y se servía.

Mucho.

Helena entró buscando un rato de pausa y algo más. No vestía el uniforme. Solo vaqueros, botas embarradas y un abrigo de lana que picaba como los de antes. Aún llevaba en el bolsillo la copia de la foto de la caja.

Dentro, el ambiente era cálido y acogedor, con el aroma de empanada recién hecha, pimientos de Padrón y pulpo *á feira*. Sobre la barra, una fuente de callos con garbanzos humeaba, ofreciendo una tapa generosa con cada bebida.

Un grupo de hombres mayores jugaba a las cartas cerca del ventanuco. En la barra, tres turistas italianos hablaban en voz alta sobre lo "auténtico" del lugar. Y al fondo, solo, con una boina ladeada y la camisa abierta hasta el ombligo, estaba Sindo.

Sindo era de esos que parecían haber estado siempre ahí.

De joven pescador, luego mecánico. Ahora, filósofo de taberna.

—Un blanco, por favor —pidió Helena al camarero.

Le sirvieron ribeiro en una *cunca* de cerámica blanca, sin mediar palabra.

Al primer trago, Sindo habló sin mirarla:

—Tienes cara de no estar de paso.

Helena giró la cabeza. Él seguía mirando su cunca.

—No lo estoy.

—Entonces vienes a por algo. A por alguien. ¿Quién se ha ido?

—Una niña. De Málaga.

Sindo soltó una carcajada seca.

—¿Y vienes a buscarla aquí? ¿O vienes porque crees que aquí empezó algo?

Helena no respondió. Solo bebió otro trago.

Sindo se levantó. Caminó hacia ella arrastrando una pierna que no parecía dolerle, pero que usaba como argumento.

—¿Sabes lo que es la morriña de verdad?

—Ilústreme.

—Es cuando el sitio te llama, aunque tú no quieras volver.

Y si no haces caso, el sitio viene a por ti.

—Eso suena muy a amenaza.

—No, mujer. Es folclore. Pero a veces el folclore acierta más que el GPS.

Se rió de su propio chiste. Luego volvió a sentarse y sacó del bolsillo una hoja arrugada.

—Vi esto hace años —dijo, dejándola en la barra—. Me la enseñó un niño que lloraba solo, en la playa de Las Catedrales, al amanecer.

Dijo que había perdido a su hermana.

Pero cuando fuimos a buscarla, no había nadie.

Helena desplegó la hoja.

Un dibujo infantil.

Dos círculos.

Y dentro, un nombre medio borrado.

Luna.

Morriña.

Hay lugares que no se olvidan.

Pero lo peor no es eso.

Lo peor es cuando el lugar tampoco te olvida a ti.

Capítulo 21 – Leo Olmo

Málaga. Viernes, 21:27 h

La redacción de la emisora estaba vacía. Los viernes por la noche solo quedaban los locutores de guardia y los técnicos de sonido. El resto, cervezas, conciertos o sofá.

Leo no era el resto.

Aunque su trinchera diaria estaba en el Diario Sur, a veces colaboraba en la emisora para no perder el instinto radiofónico.

Ahora estaba encerrado en la pequeña sala de documentación, rodeado de cajas con etiquetas descoloridas y CDs marcados con rotulador. Hacía horas que había cruzado la línea del periodista metódico y había entrado en terreno de obseso funcional.

Había buscado audios relacionados con desapariciones, ruidos extraños, psicofonías amateurs, cualquier cosa que incluyera una melodía sin origen claro.

Y entonces, en una caja etiquetada como *Verano 2003 - Especial Galicia*, lo encontró.

Un minidisc.

Una grabación sin locución.

Solo una melodía instrumental.

La misma.

El corazón le dio un vuelco.

La escuchó dos veces. Luego tres. La cuarta cerró los ojos.

Al fondo, un sonido. No era música. Era otra cosa.

Una respiración.

Y una voz, apenas perceptible:

—No vuelvas.

No vuelvas.

No vuelvas.

Leo se quitó los cascos. Respiró hondo. Fue a apuntar algo…

y entonces reparó en la etiqueta del disco: *Figueras – No emitir*.

En la esquina inferior, un número de expediente.

Lo buscó.

Archivo policial cerrado. Clasificado.

Un caso de desaparición infantil en 2003.

Una niña.

Zona: **Ría del Eo.**

Nombre: **Clara.**

Leo se quedó inmóvil.

No por miedo.

Sino por la certeza de que acababa de encontrar el primer hilo real.

Y al tirar de él, **podía deshacerse todo**.

Morriña.

A veces no se hereda.

Se contagia.

Y una vez dentro,

empieza a sonar desde el fondo.

Flashback – Clara

Figueras. Verano de 2003. Al atardecer

El vestido le rozaba las rodillas mientras corría entre los eucaliptos. Llevaba los zapatos en la mano. Los pies llenos de barro. No le importaba.

Mamá decía que no fuera tan lejos.

Papá decía que en el bosque no había monstruos.

Clara sabía que ambos se equivocaban.

Esa tarde se había escondido en un rincón que no era suyo.

Entre ramas y piedras.

Cerca de una casa con las ventanas tapiadas.

Allí encontró la caja.

Pequeña.

Metálica.

Con dibujos.

La abrió.

Dentro había un papel doblado en cuatro.

Y un nombre: **Luna**.

Al principio pensó que era un juego.

Un mensaje para otra niña.

Un mapa.

Pero entonces oyó la melodía.

Primero bajita, como un silbido. Luego más fuerte.

Una canción sin letra.

Como las que tarareaba su abuela cuando lloraba sola en la cocina.

Intentó volver.

Pero ya no encontraba el camino.

Y entre los árboles, alguien más la llamaba.

Pero no por su nombre.

—No vuelvas —dijo la voz.

Ella giró.

La caja cayó al suelo.

Y todo se volvió gris, como un día sin verano.

Morriña.

No es solo echar de menos.

Es que alguien también te eche de menos a ti,

aunque no recuerdes por qué.

Capítulo 22 – Iván & Luna

Málaga. Viernes, 23:52 h

No hablaban desde hacía casi una hora. Luna miraba por la ventana. Iván tecleaba sin pensar. Ambos respiraban despacio, como si el aire estuviera en huelga.

Sobre la mesa había tres cosas:

El dibujo.

La libreta vieja de Iván.

Y una nota de Luna con apenas dos palabras: **"Tenemos que volver".**

—¿Y si no hay nada? —preguntó Iván, sin levantar la vista.

—¿Y si sí?

Silencio.

—¿Y si nos equivocamos de casa?

—No nos equivocamos.

Iván cerró el portátil.

—He estado revisando todo. Lo que encontramos. Lo que recordamos.

Y hay algo más. Un periodista me contactó. Leo Olmo. Dice que encontró una grabación de 2003 con la misma melodía. La etiquetaron como "Figueras – no emitir". Y hay una palabra que se repite.

Clara.

Luna lo miró en silencio.

—¿Y por qué te ha escrito a ti?

—Subí parte del audio a un foro. Estaba buscando respuestas. No pensé que nadie me leería.

Pero parece que alguien más está atando cabos.

No somos los únicos.

Luna bajó la mirada.

—¿Crees que alguien más… ha visto lo mismo?

—Sí.

O está a punto de verlo.

Entonces, sin decirlo, decidieron que era hora.

Hora de mirar de frente a la morriña.

Aunque escociera.

Morriña.

Hay veces que no es volver a un sitio.

Es que ese sitio sabe que estás volviendo…

y empieza a prepararse para recibirte.

Capítulo 23 – Helena Barreiro

Ribadeo. Sábado, 07:38 h

El ordenador tardó en arrancar como si le costara asumir lo que iba a mostrar.

Helena sorbía un café solo, sin azúcar, mientras pasaba una a una las imágenes escaneadas del informe enviado desde Málaga. Declaraciones, fotografías, parte del expediente abierto por la desaparición de Clara, y al final…

Una transcripción.

"La melodía no estaba en ningún lado. Pero la reconocí.

Era la misma que escuchábamos cuando jugábamos en la casa del pueblo".

—Declaración de Luna Lázaro.

Helena apartó la taza y sacó un trocito de regaliz negro de su chaqueta. Masticó con fuerza. Odiaba el sabor, pero le ayudaba a pensar. Lo hacía desde la academia. Decía que si algo te sabía mal, pero te aclaraba las ideas, entonces funcionaba.

Volvió a leer.

¿La misma melodía?

Abrió la carpeta que ella misma había titulado "Caja Arnao".

La foto.

La cinta.

El dibujo.

Y en la esquina de uno de los papeles… unas notas musicales a lápiz, borrosas pero reconocibles.

Encendió el pequeño teclado digital que tenía en su despacho para relajarse cuando no podía dormir. Probó.

La secuencia coincidía.

Do. Re. Fa. Mi. Fa. Re. Do.

Una melodía sencilla. Casi infantil.

Pero inquietante en su cadencia.

Releyó los nombres:

Iván y Luna Lázaro.

Veranos en Galicia.

Un dibujo con el nombre *Clara*.

Y ahora… Una conexión sonora imposible.

Entonces recordó algo. Se levantó, fue hasta el archivo físico, y sacó una carpeta olvidada bajo llave. Expediente archivado hacía más de veinte años. Ni ella sabía por qué no se había destruido con el resto.

Al abrirlo, lo primero que vio fue una nota en papel cebolla:

"No insistir. La madre no quiere remover nada. Ha dicho que no volverán".

Y una dirección tachada.

Málaga.

Helena se quedó quieta. Se sacó el cuarzo blanco del bolsillo y lo hizo girar entre los dedos.

Una vuelta. Dos.

Y luego, antes de escribir, **susurró en voz baja**:

—Uno, dos, tres.

Solo entonces tomó su libreta de campo.

Pegó una nota adhesiva amarilla en la primera página.

Escribió una palabra.

"Lázaro".

Y debajo, otra.

En mayúsculas.

“ABRIR”.

Morriña.

Hay silencios que no son olvido.

Son decisiones.

Pero el pasado, cuando quiere hablar,

no pide permiso.

Capítulo 24 – Luna

Málaga. Sábado, 00:21 h

No podía dormir.

No del todo.

Había cerrado los ojos varias veces, pero siempre volvía a oír algo. Un compás. Un eco. Una palabra susurrada por alguien que no estaba allí.

Se levantó descalza y fue a la cocina.

El suelo frío le hizo recordar el pasillo de la casa del pueblo.

Ese en el que sonaban pasos, incluso cuando no había nadie.

Se preparó un té de melisa, aunque sabía que no se lo iba a tomar.

Era el ritual lo que importaba.

Té, infusión, fuego. Algo caliente para fingir que había paz.

Abrió un cajón buscando un mechero.

Encontró una caja de cerillas. De esas de propaganda.

Casa Camiño – Bar-Restaurante – Ribadeo.

No recordaba haber estado allí.

Pero sabía que sí.

Entonces miró hacia la estantería, hacia la caja donde guardaba las cintas antiguas.

Sacó una, la más gastada.

La que no tenía etiqueta.

La puso en el reproductor.

Y cerró los ojos.

La melodía empezó.

Su melodía.

La de Clara.

La que nadie más debería conocer.

Y de pronto, sin saber por qué, lloró.

Pero no por miedo.

Ni por dolor.

Lloró como quien recuerda algo que aún no ha ocurrido.

O que ocurrió y fue tan fuerte que el cuerpo decidió borrarlo a la fuerza.

Se abrazó a sí misma.

Pensó en Iván.

En los veranos.

En Clara.

Y en una frase que nunca había dicho en voz alta,

pero que ahora le pesaba como plomo:

—Yo tenía que haberla cuidado…

Morriña.

A veces no es querer volver.

Es saber que en algún lugar de ti

hay alguien que **aún no ha regresado**.

Capítulo 25 – Sara Aguilar

Málaga. Sábado, 08:11 h

Sara llevaba dos horas despierta. Se había levantado sin despertador, como si el cuerpo supiera que algo se iba a mover. Había hecho yoga exprés, tostada con aguacate para desayunar, como mandan los cánones de lo sano, lavado la taza del té matcha tres veces por seguridad, y ahora… estaba frente al ordenador, pestañeando más de lo normal.

—No puede ser casualidad —murmuró.

El correo de la Guardia Civil de Ribadeo llevaba anclado toda la noche en la bandeja de entrada.

Había leído tres veces el informe de Helena Barreiro.

La caja.

El dibujo.

El nombre: **Lázaro**.

Encajaba.

Y eso la ponía muy nerviosa.

Abrió su cuaderno de anotaciones y subrayó, por sexta vez, la palabra "conexión".

Luego marcó las letras con una línea roja.

Y después, como siempre que algo la alteraba, sacó su botecito de aceite esencial de lavanda, lo abrió, lo olió tres veces —ni una más ni una menos— y lo volvió a cerrar sin que tocara la piel.

"Para purificar las decisiones", pensaba. Aunque sabía que era una chorrada. O no.

—Vale, Sara. Respira. Ponte lógica.

Pero la lógica no servía si todo apuntaba a que el origen del caso estaba a mil kilómetros, enterrado en arena, salpicado de música infantil y nombres con peso.

Llamó al inspector.

—¿Otra vez tú, Aguilar? ¿Qué ha pasado ahora? ¿Te salió el horóscopo raro?

—No es broma. Tengo un cruce con un caso archivado de hace veinte años en Galicia. Coincide con lo de Clara. El mismo apellido, un dibujo, una melodía. Necesito autorización para desplazarme. Al menos para hacer una consulta oficial.

Silencio al otro lado.

—¿Has dormido algo?

—No mucho.

—¿Has comido?

—Avena, lino y chía.

—Eso no cuenta como comida. Mándame el informe.

—Ya está en tu bandeja.

—Dame una hora.

—¿Y si mientras voy sacando billetes?

—No saques nada, Sara. Espera. No me obligues a suspenderte la tarjeta de nuevo.

Sara colgó, mordiéndose el interior del labio. Luego miró la taza del té.

La había dejado justo encima de su libreta.

La mancha que se había formado parecía… una espiral.

Casi como el dibujo.

Frunció el ceño.

—Vale, universo. Muy sutil.

Tiró el té al fregadero.

Cogió su maleta pequeña.

Y empezó a hacerla.

Por si acaso.

Morriña.

Hay impulsos que parecen irracionales,
hasta que descubres que eran órdenes
de algo que aún no entiendes.

Capítulo 26 – Luna & Iván

En tránsito. Sábado, 13:05 h

El tren surcaba Castilla como una cuchilla oxidada. Afuera, campos resecos y pueblos dormidos bajo un sol sin prisa. Dentro, aire acondicionado y conversaciones bajas de viajeros que fingían no espiar a los demás.

Luna iba junto a la ventana. Tenía los cascos puestos, pero no sonaba nada. Solo los llevaba por costumbre, como quien se protege del mundo con una barrera invisible.

Miraba los árboles pasar. Pensaba en moras, en bicicletas, en una lechuza que se posaba en el tejado solo cuando alguien lloraba.

Y pensaba, sin quererlo, en Clara.

Iván, al lado, jugaba con su portátil. Tenía abiertas tres ventanas: una con un mapa de Figueras, otra con un foro de audios paranormales, y una tercera con una vieja carpeta de archivos que él mismo había escaneado años atrás.

Ninguno hablaba.

—¿Crees que alguien nos espera allí? —preguntó Luna, sin apartar la vista del cristal.

—No lo sé —respondió él—. Pero hay algo allí. Lo siento. Como si algo nuestro estuviera esperando bajo tierra.

Ella sonrió sin ganas.

—¿Te acuerdas de la playa de Las Catedrales?

—No sé… creo que sí. Borroso. ¿Por qué?

—Leí en un foro algo raro. Un tipo hablaba de un niño que lloraba solo en la playa. Decía que buscaba a su hermana.

Eso fue en 2003.

—¿Y tú crees que…?

—No sé. Pero suena demasiado cerca como para ignorarlo.

Un pitido. El tren anunciaba la próxima parada.

Iván abrió el buscador y tecleó una frase:

“Melodías asociadas a rituales de protección infantil en Galicia”.

Luna se quitó los cascos.

Los dejó caer sobre sus rodillas.

Cerró los ojos.

Y por primera vez en años, se le ocurrió una idea tan absurda como devastadora:

¿Y si no era Clara quien desapareció?

¿Y si fueron ellos los que se perdieron?

Morriña.

A veces no es un lugar.

Es una versión de ti mismo

que se quedó esperando…

y ya no sabe si quiere que vuelvas.

Capítulo 27 – Antón "*o Vello*"

Figueras. Sábado, 06:22 h

La niebla era tan espesa que parecía lana mojada. El puerto estaba en silencio, salvo por el crujido de las amarras y el graznido ocasional de una gaviota desorientada.

Antón estaba sentado en su banco de siempre, el que daba al agua.

Camiseta de tirantes, por supuesto.

A su lado, el desayuno: un tupper con tocino frito y una copa de orujo.

Y en las manos, un cuchillo que afilaba sin necesidad.

—Hoy tampoco saldrán los barcos —dijo en voz baja, como si alguien lo escuchara.

Nadie lo hacía.

O eso creían todos.

A lo lejos, en medio de la ría, una lancha flotaba sin moverse.

Sin luces.

Sin sonido.

Sin nadie a bordo.

O al menos, eso parecía.

Antón entrecerró los ojos.

—Demasiado pronto para que suba la marea así.

Se levantó despacio. Caminó hasta el borde del muelle.

El cuchillo seguía en la mano.

—Esto ya lo he visto antes…

Un escalofrío le bajó por la espalda.

Y no por el frío.

Era otra cosa.

Se acercó a un poste de madera donde alguien había clavado un papel.

Una hoja plastificada, empapada de humedad.

Tenía un dibujo infantil.

Dos círculos.

Y dentro, un nombre escrito con lápiz: **Clara**.

Antón se santiguó con la mano que sostenía el cuchillo.

Luego lo guardó en el cinturón, se bebió el orujo de un trago y murmuró:

—A ver si esta vez escuchan antes de que vuelva.

Se fue sin mirar atrás.

Pero la lancha seguía allí.

Sin moverse.

Como si esperara a alguien.

Morriña.

Hay cosas que no se arrastran contigo.

Se te adelantan.

Y te esperan donde más duele.

Capítulo 28 – Maruxa

Ribadeo. Sábado, 08:14 h

Maruxa ya había vendido media docena de barras, cuatro hogazas, dos empanadas y un pan sin sal para una clienta que se lo llevaba "pa un perro con el estómago delicado". Y todavía no eran ni las ocho y cuarto.

La panadería olía a horno antiguo y a café de termo.

El cartel colgado en la puerta decía:

"Aquí no se fía, pero se escucha".

Ella lo había escrito.

Y lo cumplía.

—¿Viste a Antón esta mañana? —preguntó una señora con gafas y visón de mercadillo.

—Como siempre, con su camiseta de tirantes y el cuchillo al cinto. Dice que el mar hoy "murmura".

—Ay, Dios nos coja confesadas…

Maruxa cobró, sonrió y volvió al mostrador.

Al fondo del local, una niña rubia miraba los bollos sin moverse.

—¿Quieres algo, *miña rula* (1)?

La niña negó con la cabeza. Tenía el pelo húmedo, como si viniera de la lluvia.

Pero no llovía.

Maruxa frunció el ceño.

—¿Estás sola?

Silencio.

—¿Sabes dónde está tu madre?

Nada.

Parpadeó, y la niña ya no estaba.

Solo quedaba una hoja doblada junto al cesto de pan de centeno.

La abrió.

Era un dibujo.

Dos niños. Un perro grande. Un árbol. Y una casa con tejado rojo.

Detrás, en letra infantil:

"Verano 2003. Casa del pueblo".

Maruxa se santiguó sin hacerse la tonta.

Miró al techo. Luego al horno.

Y dijo en voz baja:

—A mí no me metáis, eh. Yo ya avisé que la Santa Compaña volvía.

Morriña.

A veces no es lo que te falta.

Es lo que vuelve…

aunque nadie lo haya llamado.

(1) Término cariñoso en gallego que es similar a decir "mi niña"

Capítulo 29 – Iván & Luna

Figueras. Sábado, 18:06 h

El tren los dejó en una estación intermedia. Desde allí, un autobús local con olor a gasoil y eco de orquesta de verbena los dejó en Figueras.

Última parada.

Nada más bajar, Luna se abrazó la chaqueta.

—Huele igual.

—A mar, a madera mojada y a... ¿resina?

—A recuerdo.

La plaza estaba vacía. Era temprano, pero la bruma empezaba a espesar.

Una vaca mugió a lo lejos.

Una gaviota cruzó el cielo como una frase a medio decir.

—¿Vamos directos a la casa? —preguntó Luna.

—No.

—¿No?

—Quiero ver el puerto primero.

—¿Por qué?

—No lo sé. Siento que deberíamos.

Caminaron en silencio, cruzando callejuelas estrechas con las mismas fachadas desconchadas de siempre. Pasaron frente al bar donde de pequeños jugaban a meter cubitos de hielo en los vasos vacíos de los adultos, como si eso les hiciera formar parte de algo.

Estaba cerrado.

Una cuerda de pimientos colgaba seca de un balcón.

En el muelle, todo parecía detenido.

El agua, inmóvil.

Ni un motor. Ni un alma.

Solo un par de botes atados que chirriaban con cada leve cambio de brisa.

Iván se acercó al borde.

—¿Notas eso?

—¿El qué?

—No sé… como si el aire pesara más aquí.

Luna asintió, tragando saliva.

Pegada a una columna del muelle, con cinta aislante y a la altura de las rodillas, había una hoja plastificada. Iván se agachó y la despegó.

Un dibujo infantil.

Un perro grande. Dos niños. Un árbol. Una casa.

Detrás, una palabra escrita con trazo tembloroso:

"LÁZARO".

Luna dio un paso atrás.

—No puede ser…

Iván no dijo nada.

Solo se quedó mirando el dibujo, como si reconociera algo que aún no recordaba del todo.

Y por un segundo, ambos sintieron que el pueblo entero había contenido el aliento.

Morriña.

A veces no es el sitio el que da miedo.

Es todo lo que sabes que está esperándote allí.

Capítulo 30 – Moncho "*o Taxista*"

Carretera Ribadeo–Taramundi. Sábado, 19:42 h

Moncho llevaba más de veinte años conduciendo aquel coche. Un diésel viejito, con la tapicería remendada con cinta americana y la radio siempre encendida.

Siempre.

No porque quisiera oír música.

Sino porque, cuando se apagaba, el silencio era peor.

La carretera subía serpenteando entre eucaliptos y prados.

Era el trayecto de siempre.

Pero esa tarde algo se le erizaba en la nuca.

Miró por el retrovisor.

Nada.

Solo la niebla entrando lenta por las curvas como si también viajara.

La radio, sintonizada en una emisora local, empezó a crujir.

Chasquidos. Interferencias.

Y luego, entre zumbidos, una melodía bajita.

La misma que había oído semanas antes, cuando llevó a una señora mayor hasta el cementerio de Figueras.

—No... —susurró Moncho, bajando el volumen.

Pero la canción siguió.

Como si no viniera de la radio.

Como si estuviera dentro del coche.

Frenó.

Apagó el motor.

La melodía paró.

Encendió de nuevo.

La radio seguía en estático.

Y entonces, desde el asiento de atrás, una voz susurró:

—¿Estamos cerca de la casa del bosque?

Moncho giró tan rápido que se golpeó con el respaldo.

El asiento estaba vacío.

Solo había un folio doblado, manchado de barro.

Lo abrió con manos temblorosas.

Un mapa infantil.

Un árbol. Un camino. Un nombre:

"Casa del pueblo".

Y, en letra de caligrafía torpe, algo escrito con bolígrafo azul:

"Verano 2003. No olvides".

Moncho respiró hondo.

Se puso en marcha.

Y habló en voz alta, aunque no había nadie:

—Yo solo conduzco. No me pidáis más.

Morriña.

A veces no viene del pasado.

Te entra en el coche

y se sienta detrás…

Sin pedir permiso.

Capítulo 31 – Helena Barreiro

Figueras. Sábado, 19:58 h

Helena dejó el coche oficial en una de las calles empedradas de Figueras, junto a una casa baja con canalones oxidados. No era normal patrullar tan tarde. No en un sábado de verano en el que los abuelos sacaban las sillas a la calle y los niños jugaban a la pelota sin mirar el reloj.

Pero esa tarde había algo distinto en el aire.

Se ajustó la chaqueta. Respiró hondo.

El olor a eucalipto y mar viejo era más fuerte que de costumbre.

Caminó hacia el puerto, siguiendo su instinto.

No era turno oficial. No había parte. No había aviso.

Solo esa pulsación vieja, como si el propio pueblo quisiera que alguien estuviera allí.

Pasó frente al Bar Porto, uno de esos bares de puerto donde el suelo siempre huele a vino derramado y salitre.

Maruxa, que vivía en Figueras pero regentaba la panadería en Ribadeo, salía con una caña en la mano y el delantal todavía puesto.

Le hizo un gesto con la barbilla, como diciendo "hoy hay meneo".

Helena asintió, sin pararse.

Al llegar al muelle, se detuvo en seco.

Una pareja de espaldas.

Un chico agachado junto a una columna, con algo en la mano.

Una chica abrazada a sí misma, como si tuviera frío en pleno julio.

Helena no se movió.

Se quedó a unos metros, en la penumbra.

Los Lázaro.

Tenían que ser ellos.

Sintió la tentación de acercarse, preguntar, identificarse.

Pero algo —un pellizco de intuición— le dijo que aún no.

Que primero debía ver.

Los observó.

Levantaron la cabeza.

Se miraron entre ellos.

Y luego desaparecieron calle abajo, como si el pueblo los hubiera tragado.

Helena salió de la sombra y caminó hasta el lugar donde habían estado.

En la columna, quedaba un trozo de cinta aislante, aún pegado.

No quedaba rastro del dibujo.

Pero justo debajo, escrito a mano, como si alguien lo hubiera garabateado a toda prisa con un bolígrafo, había una palabra:

"NO OLVIDAR"

Morriña.

A veces no es memoria.

Es deuda.

Capítulo 32 – Leo Olmo

Málaga. Sábado, 21:17 h

La redacción del Diario Sur estaba casi vacía. Las pantallas iluminaban más que las lámparas, y alguien al fondo se comía unas patatas que olían a queso rancio.

Leo no las olía.

Tenía la cabeza enterrada entre recortes, capturas de pantalla y notas desordenadas que cubrían su escritorio como una tormenta de papel.

La foto de la caja.

El nombre "Lázaro".

La melodía que Clara tarareaba antes de desaparecer.

Una llamada anónima que había recibido esa misma mañana, con voz distorsionada y una sola frase:

—**"No es la primera".**

Desde entonces, no había vuelto a sentarse del todo.

Tenía en la pantalla una cronología a medio montar.

2003: desaparición de Clara G.

2023: desaparición de otra niña, Clara, en Málaga.

Coincidencia de apellido.

Melodía idéntica.

Círculos. Dibujos. Cajas.

Silencios policiales.

Marcó en rojo una línea:

“Lázaro = ¿clave o eco?”

Alguien pasó por detrás de su silla.

—¿Sigues con lo de la niña?

—Sigo con lo que no me deja dormir —respondió Leo sin girarse.

El redactor resopló.

—Mira que tú antes hacías reportajes de festivales y conciertos, ¿eh?

—Y por eso tengo oído —dijo Leo, apuntando al altavoz del portátil —. Esa canción no es una nana. No es pop. No es ninguna melodía comercial. Es… otra cosa.

Cerró el portátil.

Se quedó mirando el corcho con hilos rojos que había improvisado.

Y por primera vez, no pensó en publicar.

Pensó en viajar.

A Galicia.

A Asturias.

A cualquier rincón donde aún viviera el eco de 2003.

Morriña.

A veces no es volver.

Es desenterrar.

Capítulo 33 – Iván & Luna

A las afueras de Figueras. Sábado, 20:33 h

La casa del pueblo no estaba exactamente igual.

Pero tampoco había cambiado tanto como temían.

El camino de tierra seguía ahí, bordeado de eucaliptos y ortigas.

La verja de entrada, oxidada, crujió al mínimo empujón.

La fachada blanca, desconchada, parecía más un lienzo a medio borrar que una casa.

Luna fue la primera en cruzar el umbral.

—Huele igual —murmuró.

Iván la siguió, cerrando la verja tras ellos.

Subieron la pequeña pendiente hasta la puerta principal.

Iván sacó la llave vieja que habían encontrado entre las cosas de su padre.

Temblaba un poco al meterla en la cerradura.

—¿Estás seguro de que deberíamos...?

—No hay nadie más que pueda hacerlo —dijo Iván.

La puerta cedió con un chirrido largo, que se perdió en la bruma de la tarde.

Dentro, el aire estaba cargado.

A madera vieja, humedad, polvo.

Pero también a algo más: una electricidad contenida, como si las paredes recordaran.

Entraron despacio.

El salón seguía igual.

La chimenea apagada, la mesa de pino, los sillones cubiertos con sábanas viejas.

En un rincón, el viejo radiocasete donde Luna grababa canciones de la radio.

Una zapatilla pequeña bajo un mueble.

Una foto descolorida en la pared:

Ellos dos, con Rufo, el mastín bonachón, tirados sobre la hierba.

Iván la miró de reojo.

—¿Lo oyes?

—¿El qué?

—Nada.

—Exacto —dijo Luna.

La casa respiraba.

Pero lo hacía demasiado en silencio.

Iván encendió la linterna del móvil y la pasó por una estantería.

Una figura de cerámica cayó al suelo con un golpe seco.

No estaban solos.

O quizá sí.

Pero los recuerdos pesaban más que cualquier presencia.

Morriña.

No siempre extrañas lo que perdiste.

A veces extrañas quien eras cuando todavía no sabías que lo habías perdido.

Flashback - *Verano de 2003. Casa del pueblo.*

Rufo corría por el prado como si fuera eterno.

Aquel mastín leonés tragaba tierra, viento y sol a partes iguales. Luna le lanzaba una piña, y él volvía con ella en la boca como si fuera un trofeo.

Iván estaba tirado boca abajo sobre una toalla, con una Game Boy sin pilas. Fingía jugar, pero en realidad escuchaba.

—¡Dicen que este año viene la orquesta Panorama! —gritaba uno de los primos desde la cocina exterior, donde una tía picaba pimientos.

—¡Y que hay concurso de dibujo en la plaza! —decía otra voz más pequeña.

Luna tarareaba algo mientras se balanceaba en el columpio de cuerda.

Era una canción que nadie conocía.

O que todos habían olvidado.

Alguien se la había enseñado en secreto.

O eso decía ella.

—Se llama "la melodía del bosque" —susurró, mientras empujaba el columpio hacia atrás—. Si la tarareas con los ojos cerrados, te protege de las pesadillas.

—¿Y si no tengo pesadillas? —preguntó Iván, sin moverse.

—Entonces las atraes.

Iván se giró.

Luna lo miraba con una media sonrisa.

Detrás de ella, entre los árboles, algo crujió.

Rufo levantó la cabeza. Gruñó una vez, bajo.

Después corrió hacia los eucaliptos, desapareciendo en el verde espeso.

Nadie se levantó a buscarlo.

No entonces.

Morriña.

Hay veranos que solo parecen felices

porque no recuerdas el ruido que vino después.

Capítulo 34 – Iván & Luna

Casa del pueblo. Sábado, 20:55 h

La linterna del móvil proyectaba sombras largas en las paredes.

Cada paso que daban levantaba polvo de recuerdos, como si la casa respirara con ellos.

Iván abrió la puerta del viejo trastero.

Una bocanada de humedad vieja y madera mojada les golpeó en la cara.

—¿Seguro que quieres entrar ahí? —preguntó Luna, abrazándose los codos.

—Tenemos que mirar todo.

Dentro, las cajas de cartón parecían pequeñas tumbas torcidas.

Todo lo que alguna vez fue de uso diario: juguetes olvidados, vajillas desportilladas, una bici oxidada que ya no aguantaba peso.

Iván empezó a apartar cosas con cuidado.

Luna encendió la linterna de su móvil también, cruzando el haz de luz con el de él.

—Mira —dijo Iván.

En una de las cajas más al fondo, envuelto en una bolsa de tela estampada con girasoles, había un radiocasete portátil.

Viejo.

Pesado.

Lleno de polvo.

—¿No es el de los veranos? —preguntó Luna.

Iván asintió.

Lo sacó con cuidado.

La tapa estaba rota, pero dentro seguía una cinta metida.

Sin carátula, sin título.

Un casete virgen.

—¿Funcionará?

—¿Tú qué crees?

La respuesta era obvia.

Pero Iván, que nunca dejaba una curiosidad sin probar, buscó pilas entre las cajas.

Milagrosamente, encontró dos.

Encajaron a presión, no sin esfuerzo.

El radiocasete hizo un ruido eléctrico, como un susurro asmático.

Iván pulsó Play.

Un pitido.

Ruido blanco.

Luego, muy bajito, algo que parecía una voz infantil tarareando.

La misma melodía.

La que no sabían que recordaban.

La que ahora parecía flotar en el polvo.

Luna se quedó quieta.

Tenía los ojos vidriosos.

Iván tragó saliva.

Pausó la cinta.

—¿Somos nosotros? —preguntó Luna.

—No lo sé —susurró Iván.

Se miraron, rodeados de cajas, polvo y eco de infancia.

Y por primera vez desde que volvieron, sintieron que alguien más estaba allí dentro, escuchando con ellos.

Morriña.

No siempre recuerdas lo que perdiste.

A veces es lo que perdiste quien te recuerda a ti.

Capítulo 35 – Iván & Luna

Casa del pueblo. Sábado, 21:12 h

El radiocasete dejó de sonar de golpe.

Un chasquido eléctrico y luego silencio.

Iván golpeó el aparato suavemente.

Nada.

El aire pareció cargarse un segundo, como si la propia casa contuviera la respiración.

Entonces escucharon el ruido.

No venía de dentro.

Venía de fuera.

Un crujido seco en la gravilla del camino.

Pasos.

Lentos.

Medidos.

Luna apagó su linterna instintivamente.

Iván hizo lo mismo.

Se quedaron en la oscuridad, respirando apenas.

Otro paso.

Y otro.

Cada vez más cerca.

Iván se agachó, tanteando en la oscuridad.

Su mano dio con un hierro: un viejo atizador de chimenea.

—¿Quién anda ahí? —gritó, intentando que su voz sonara firme.

Silencio.

Luego, algo golpeó contra la verja de entrada.

Un sonido metálico, como si alguien hubiera tirado algo.

Luna agarró a Iván por el brazo.

Estaba temblando.

Se asomaron por la ventana rota del trastero.

Bajo la tenue luz amarilla del farolillo exterior, se veía algo tirado en el suelo.

Un objeto pequeño.

Envuelto en plástico.

Iván dudó.

Después, con un gesto rápido, abrió la puerta trasera de la casa.

Salieron al exterior.

El aire húmedo del anochecer les erizó la piel, a pesar del calor que aún quedaba.

Iván se agachó, cogió el paquete.

Era una bolsa de congelados reutilizada.

Dentro, algo crujía.

La abrió.

Un casete nuevo.

Con una nota escrita a mano, en tinta roja:

“NO LO RECORDÁIS TODO”.

Y entonces oyeron el motor.

Un coche viejo arrancando a lo lejos.

Ruedas resbalando sobre la grava.

Y después, solo viento.

Morriña.

No siempre son los recuerdos los que te persiguen.

A veces son las promesas que hiciste…

y no cumpliste.

Capítulo 36 – Iván & Luna

Casa del pueblo. Sábado, 21:38 h

Se quedaron un rato dentro de la casa, escuchando el silencio.

Después de encontrar el casete en la bolsa de plástico, no se atrevieron a volver a salir de inmediato.

El motor del coche ya se había perdido en la distancia.

Pero el miedo se había quedado.

Iván examinó el casete bajo la linterna.

Era viejo, pero estaba etiquetado a mano: solo la palabra "**Recuerda**" garabateada con tinta roja.

La nota aparte, en letras más grandes, decía: **"NO LO RECORDÁIS TODO."**

Luna negó con la cabeza.

—No ahora —susurró—. No aún.

Iván la miró.

—¿Seguro?

—Necesito acordarme primero de otra cosa. Algo que... —se abrazó a sí misma—. No sé. Algo.

Iván asintió despacio.

Guardó el casete y la nota en su mochila, cerrándola con una lentitud casi ritual.

Solo entonces se atrevieron a moverse.

—¿Te acuerdas del jardín? —preguntó Luna, rompiendo el silencio.

—¿El de las moras y el sauce? —Iván forzó una sonrisa—. Donde nos jurábamos ser astronautas y exploradores.

—Donde escondíamos tesoros —corrigió ella.

Ambos se miraron.

Sin decir nada más, cogieron las linternas de los móviles y salieron al patio trasero.

El suelo de tierra estaba cubierto de maleza, ortigas y hojas secas.

La verja trasera que daba al bosque crujía cada vez que el viento pasaba.

Iván, sin saber por qué, se dirigió a una esquina del jardín.

Algo lo arrastraba.

—Aquí enterrábamos cosas —murmuró.

Apartó una piedra plana que parecía colocada a propósito.

Debajo, la tierra estaba removida, más blanda.

Se agachó, apartando la tierra húmeda con las manos.

Luna alumbraba.

—¿Ves algo?

—Algo duro.

Unos minutos después, Iván sacó una caja metálica, pequeña y oxidada.

La reconoció al instante: una vieja caja de galletas, de esas que acababan guardando carretes de fotos, hilos de costura o cromos.

La limpió contra el pantalón y forzó la tapa.

Dentro, envuelto en un plástico de supermercado, había varios papeles doblados.

Luna se arrodilló a su lado.

El olor a humedad y óxido les llenó la nariz.

Iván desplegó los papeles con cuidado.

Un dibujo infantil: dos círculos, uno dentro del otro.

Una hoja de libreta arrancada con torpeza: palabras sueltas, como un juego.

"Cantar. No contar. No decir. Jugar siempre. No romper el círculo."

Un mechón de pelo atado con hilo rojo.

Luna tragó saliva.

—¿Recuerdas esto?

—No.

Pero siento como si debiera.

Iván pasó el dedo por las letras temblorosas.

Había algo en esa letra, algo en ese dibujo, que encajaba en un rincón olvidado de su memoria.

—¿Quién nos hacía escribir esto? —susurró Luna.

Iván levantó la vista hacia el bosque, donde los eucaliptos se mecían como sombras vivas.

Ninguno se atrevió a decirlo en voz alta.

Tal vez **no fue un juego**.

Tal vez nunca lo fue.

Morriña.

A veces no duele lo que perdiste.

Duele lo que aún guardas… enterrado en ti.

Flashback – Verano de 2003. Fiesta en el pueblo.

El pueblo olía a pulpo, pimientos de Padrón y globos de helio.

Era la gran fiesta de agosto, y los niños corrían por la plaza como si nunca fueran a cansarse.

En el escenario, la orquesta montaba sus instrumentos.

Un teclado Casio, guitarras, luces de colores que parpadeaban incluso de día.

Un hombre mayor, con sombrero de paja, probaba el micrófono con un eco metálico.

—Un, dos... probando… ¡Un, dos!

Iván tenía los codos apoyados en la barra de madera improvisada.

Concentrado en hacer girar un vaso de plástico medio lleno de gaseosa, como si fuera una brújula.

Luna reía a su lado, manchada de chocolate de la feria.

Se balanceaba al ritmo de una canción que nadie más parecía escuchar.

—¿Bailamos? —dijo ella.

Iván arrugó la nariz.

—¿Aquí? ¿Delante de todo el mundo?

—¡Claro! —gritó ella, ya tirándolo de la mano.

Se dejaron arrastrar entre la gente.

Rufo, el mastín, los seguía como una sombra bonachona.

Algunos se apartaban al verlo; otros, sobre todo los más pequeños, intentaban acariciarlo.

La música empezó.

Una rumba rápida, de esas que obligaban a palmear aunque no quisieras.

Los altavoces crujían.

El cantante animaba a los mayores a salir a la pista.

—¡Venga, que el mundo se va a acabar bailando!

Iván y Luna giraban y saltaban, torpes pero felices.

Por un momento, todo fue perfecto.

Por un momento, creyeron que el verano sería eterno.

Hasta que Luna, en mitad de una carcajada, se detuvo en seco.

Miraba hacia los eucaliptos, más allá de la plaza.

—¿Qué pasa? —preguntó Iván.

Luna frunció el ceño.

—Creí ver a alguien.

—¿Quién?

Ella negó con la cabeza.

—Nada. Debe de ser el calor.

Iván miró también.

No había nadie.

Solo árboles moviéndose perezosamente bajo el sol.

Solo sombras en el suelo.

Solo la sensación de que, en algún rincón, alguien los estaba mirando desde mucho antes de que supieran jugar.

Morriña.

No es volver a lo que duele.

Es saber que nunca fuiste tan libre como creías.

Capítulo 37 – Leo Olmo

Ribadeo. Domingo, 09:12 h

Leo había llegado a Ribadeo la noche anterior.

Un viaje improvisado, con más dudas que certezas.

Solo un billete de autobús barato y una mochila a medio hacer.

No le dijo nada a su editor.

No quería tener que dar explicaciones.

Solo necesitaba ver con sus propios ojos si el norte guardaba aún la historia que se negaba a morir.

Desayunaba café aguado en un bar que olía a fritanga y humedad.

No había dormido bien en el autobús.

Demasiadas piezas sueltas en la cabeza.

Demasiadas respuestas que solo llevaban a más preguntas.

El camarero, un tipo flaco con voz de aguardiente, dejó una taza en la mesa sin mirarlo siquiera.

—¿Algo más?

—¿Sabe si por aquí hubo desapariciones hace años? —preguntó Leo, tanteando.

El camarero se encogió de hombros.

—Aquí se pierden más borrachos que niños, amigo.

Se alejó refunfuñando.

Leo sacó su portátil y lo abrió a tientas.

La conexión a Internet era tan lenta como el tic-tac de un reloj roto, pero algo encontró.

Una noticia antigua.

Borrada en casi todos los medios.

Conservada solo en hemerotecas locales de mala calidad.

"Verano de 2003. Dos menores desaparecen brevemente en una zona rural. Figueras y Ribadeo movilizados. No hubo denuncias formales. Se cerró como travesura infantil."

Leo apoyó los codos en la mesa.

Miró la foto borrosa que acompañaba el recorte: niños corriendo descalzos por una fiesta popular.

Unos podían ser Iván y Luna.

O podían ser otros.

El móvil vibró.

Un mensaje anónimo.

Solo decía:

"No eran los únicos."

Leo sintió un escalofrío.

Miró por la ventana.

Una furgoneta blanca, sin matrículas visibles, estaba aparcada frente al bar.

Vacía.

O quizá no.

Morriña.

No es el pasado el que te atrapa.

Es el silencio que dejas crecer a su sombra.

Capítulo 38 – Iván & Luna

Casa del pueblo. Domingo, 00:42 h

El casete seguía guardado en la mochila.

El miedo, no.

Iván no podía dormir.

Tumbado en el viejo colchón, miraba el techo desconchado iluminado por la linterna del móvil, colocada en modo mínimo.

Luna tampoco dormía.

Lo sabía porque su respiración era demasiado irregular.

Como si cada inhalación fuera una decisión.

—¿Y si ponemos música? —susurró ella, intentando romper el peso del silencio.

Iván negó con la cabeza.

—Prefiero escuchar si pasa algo.

La madera de las paredes crujía.

La casa respiraba como un ser viejo y cansado.

De pronto, un golpe seco.

Ambos se incorporaron.

Otro golpe.

Más fuerte.

Desde fuera.

Luna cogió el móvil a toda prisa.

La batería estaba en rojo.

Iván agarró el atizador que había dejado apoyado junto a la cama.

Cruzaron miradas.

Salieron al pasillo en puntillas.

La puerta trasera seguía cerrada.

Las ventanas, selladas con tablones viejos.

Otro golpe.

Más cerca.

Venía del patio.

Iván, sin pensarlo, abrió la puerta de golpe.

La linterna iluminó una escena vacía.

O casi.

En la verja oxidada, colgaba algo que no estaba allí antes.

Un muñeco de trapo.

Hecho con jirones de tela, atado con hilo rojo.

Colgado cabeza abajo.

Luna soltó un jadeo.

Iván se acercó despacio.

El muñeco tenía una nota sujeta al pecho, garabateada con tinta corrida:

“NO ESTÁIS RECORDANDO BIEN.”

Y, en la parte de atrás, una melodía dibujada en líneas torcidas.

Una partitura infantil.

Tres notas.

Suficientes para reconocer el eco de una canción que ya se había cobrado demasiado.

Morriña.

A veces no importa lo que perdiste.

Importa lo que dejaste libre para volver a ti.

Capítulo 39 – Sara Aguilar

Málaga. Domingo, 10:27 h

Sara cerró el informe policial con un golpe seco.

El aire del despacho olía a café recalentado y sudor de nervios.

La desaparición de Clara había removido más lodo del que nadie quería admitir.

Apoyó los codos sobre la mesa y se frotó las sienes.

Tenía delante las fichas de varios casos de niños desaparecidos en veranos anteriores.

Casos antiguos.

Mal documentados.

Casi olvidados.

Ninguno en Málaga.

Casi todos, curiosamente, en pueblos del norte.

Sara mordisqueaba un bolígrafo sin tinta, obsesiva.

—Coincidencias... coincidencias...—masculló.

Cogió una libreta nueva —de esas que compra compulsivamente aunque nunca las llene— y anotó:

Norte.

Verano.

Niños.

Melodía.

Lázaro.

Subrayó la palabra "melodía" tres veces, presionando tanto que rasgó la hoja.

Una compañera pasó por delante del despacho.

—Sara, ¿estás bien?

—Claro —sonrió forzadamente—. Solo que mi tercer ojo no deja de picarme, y eso nunca es buena señal.

La compañera soltó una risa incómoda y siguió su camino.

Sara se puso de pie de un salto.

Necesitaba salir.

Aire.

Conexión.

Se puso los auriculares y puso música.

Casi al azar, le sonó una lista de reproducción de indie español.

Primera canción: Vetusta Morla.

Segunda: Arde Bogotá.

La tercera, una vieja grabación instrumental…

Algo parecido a la melodía que Clara tarareaba.

Sara se detuvo en mitad de la calle.

Bajó el volumen.

El corazón le latía en las orejas.

No era la misma canción.

No del todo.

Pero era demasiado parecida como para ser casualidad.

Miró hacia el cielo despejado.

Ni una nube.

—Vale —dijo en voz alta—.

Mis supersticiones y yo nos vamos al norte.

Y empezó a buscar vuelos en el móvil, tarareando sin querer las primeras tres notas que nunca debieron aprender.

Morriña.

A veces no es el hogar lo que llama.

Es la herida abierta que crece sola.

Capítulo 40 – Iván & Luna

Bosque cerca de la casa. Domingo, 19:43 h

No querían salir de la casa.

No después del muñeco de trapo.

No después de la partitura torcida.

Pero quedarse quietos era peor.

—No podemos esperar a que vengan a por nosotros —dijo Iván, abrochándose la chaqueta con ligereza.

—¿Y si ya están aquí? —murmuró Luna.

El bosque olía a eucalipto caliente y a humedad vieja.

El sendero que recordaban de niños —aquél donde hacían carreras con bicicletas oxidadas— ahora era un pasillo estrecho entre sombras.

Luna iba en silencio, mirando a los lados como si algo fuera a abalanzarse de la maleza.

Iván avanzaba rápido, demasiado rápido.

Hasta que se detuvo en seco.

—¿Qué? —preguntó Luna.

Iván no respondió.

Se agachó.

Allí, entre las raíces de un árbol retorcido, había algo enterrado.

No era tierra removida como en el jardín.

Era... otra cosa.

Una especie de montículo cubierto de musgo, piedras apiladas en forma de cruz torcida.

—¿Un túmulo? —susurró Luna.

Iván apartó las piedras con cuidado.

Bajo ellas, había una caja de madera.

Antigua.

Hinchada por la humedad.

Con símbolos tallados a mano: círculos, triángulos, líneas cruzadas.

Luna dio un paso atrás.

—Iván, no la abras.

—Tenemos que saber.

Iván forzó la tapa.

Dentro había solo una cosa.

Un trozo de espejo roto.

En el reverso, escrito con marcador rojo ya casi borrado:

"MÍRATE."

Iván alzó el espejo.

Su reflejo, roto en líneas que deformaban su rostro, devolvía una imagen que no reconocía del todo.

Y entonces oyó el tarareo.

No el suyo.

No el de Luna.

El de otro.

Cercano.

Demasiado cercano.

Iván bajó el espejo de golpe.

No había nadie.

Solo la sensación punzante de que en ese bosque, entre esos árboles, algo recordaba mejor que ellos.

Y no iba a dejarlos irse tan fácilmente.

Morriña.

No siempre regresas para recordar.

A veces regresas porque el olvido... no te perdona.

Flashback – Verano de 2003. El Juego del Bosque

El bosque olía a escondites húmedos y hojas masticadas por el viento.

La ría, a lo lejos, murmuraba bajo el sol como un animal somnoliento.

Iván sostenía una rama como si fuera una espada mágica.

Luna reía, descalza, saltando de raíz en raíz.

Alrededor, los primos y los amigos de verano formaban un círculo irregular.

Rufo, el mastín, los vigilaba desde la sombra, con la lengua colgando y la mirada sabia.

—¡Vamos a jugar al círculo sagrado! —gritó Luna, liderando la improvisada ceremonia.

—¿Y cómo se juega? —preguntó uno de los niños más pequeños.

Iván se encogió de hombros.

—Hay que cerrar el círculo.

Y cantar para que no entre "lo malo".

—¿Qué es lo malo? —insistió otro.

Luna bajó la voz, teatral.

—Lo que viene cuando cae la niebla.

Lo que roba recuerdos.

La mayoría se rió.

Era solo un juego, una de esas historias inventadas entre playa y bocatas de tortilla.

Pero entonces el cielo, hasta entonces limpio, se cubrió de una nube sucia, pesada.

Un viento repentino agitó los eucaliptos.

Las hojas susurraban algo que no era viento.

Iván sintió un escalofrío que no pudo explicar.

—Vamos —dijo Luna—.

Hay que empezar.

Se cogieron de las manos.

Cantaron.

Una melodía tonta, sin letra.

Solo sílabas inventadas, como un mantra infantil.

Pero a medida que la repetían, algo en el aire cambió.

El sonido no parecía quedarse solo en ellos.

Rebotaba entre los árboles.

Se alargaba como un eco distorsionado.

Rufo gruñó.

Primero bajito.

Después más fuerte.

Los niños dejaron de cantar.

—¿Rufo? —preguntó Luna, soltándose del círculo.

Iván la siguió.

El perro, tieso como una estatua, miraba hacia un claro más adelante.

—¿Hay alguien? —dijo Iván en voz alta, sin esperar respuesta.

No la hubo.

Solo otro susurro, más humano que vegetal.

Una figura borrosa entre los árboles.

Alta.

Quietísima.

La niebla empezaba a trepar desde la ría.

—¡Vámonos! —gritó uno de los primos.

Corrieron.

Corrieron como solo se corre a los siete u ocho años, cuando el miedo aún no tiene forma pero ya tiene dientes.

La melodía seguía vibrando en sus cabezas.

Y, mucho tiempo después, cuando creyeran haberla olvidado, cuando creyeran haber crecido lejos de ella…

Volvería.

Más fuerte.

Más clara.

Más suya.

Morriña.

No es lo que ves lo que te persigue.

Es lo que dejaste mirar demasiado tiempo.

Capítulo 41 – Iván & Luna

Casa del pueblo. Domingo, 23:57 h

La noche olía a madera vieja y electricidad quemada.

Luna sacó el casete de la mochila con manos temblorosas.

Iván encendió el viejo reproductor que habían encontrado entre las cosas de la casa, uno de esos con teclas de plástico duro y letras ya borradas.

—¿Estás segura? —preguntó Iván, con el dedo sobre el botón de "Play".

Luna asintió.

—Prefiero saberlo.

La cinta crujió al comenzar.

Unos segundos de silencio.

Luego, una voz infantil.

—Iván, ¿estás grabando?

La propia voz de Iván, más aguda, más inocente, respondió:

—Sí. Está grabando. Vamos, dilo.

Una carcajada de Luna niña.

El ruido de pasos sobre hojas secas.

Luego, tarareos.

Esa melodía.

La misma.

Tres notas imposibles de olvidar.

Pero entonces, otra voz.

No infantil.

No humana del todo.

Más baja.

Más arrastrada.

—Canta. No rompas el círculo. No rompas el círculo. No rompas el círculo.

La voz repetía la frase, una y otra vez, con un ritmo hipnótico.

Iván y Luna se miraron, pálidos.

Esa parte ninguno la recordaba.

La cinta siguió.

Sonidos de niños corriendo, gritos lejanos, Rufo ladrando furiosamente.

Y al final, algo más.

Una frase susurrada, casi inaudible, como arrancada de otro plano:

—Cuando crezcáis, os estaré esperando.

La cinta se detuvo con un chasquido seco.

Iván se levantó de un salto, como si algo hubiera estallado dentro de él.

Luna seguía sentada, las manos sobre las rodillas, la mirada fija en el aparato como si pudiera quemarla.

—¿Era... era parte del juego? —balbuceó.

Iván negó.

No lo sabían.

No recordaban haber grabado eso.

No recordaban esa voz.

Y lo peor era que, en algún lugar profundo de sus cabezas, algo dentro de ellos sí reconocía esas palabras.

Morriña.

No es el eco del pasado lo que te atrapa.

Es el eco que nunca dejó de susurrarte.

Capítulo 42 – Sara Aguilar

Galicia. Lunes, 08:15 h

El cielo era una sábana gris.

La ría del Eo parecía un animal dormido, pero Sara sentía que observaba.

Salió del tren arrastrando su mochila —una de esas ultraligeras, sostenible y con más compartimentos que un submarino.

Lo primero que hizo fue tocar su amuleto de cuarzo blanco, como si necesitara anclarse.

—Vale —murmuró para sí—. Aire nuevo. Vibras nuevas. Que no me dé un síncope aquí, por favor.

El pequeño apeadero olía a humedad vieja, café de máquina automática y resignación.

Sara respiró hondo —dos, tres veces— y sacó su móvil.

Dos llamadas perdidas de su madre.

Un mensaje de su compañera de Málaga: "¿Te has llevado la infusión de jengibre? Aquí la oficina huele a rancio."

Sonrió.

Un instante.

Después, guardó el teléfono y se ajustó la chaqueta impermeable.

Una furgoneta de la Guardia Civil la esperaba frente al apeadero.

Helena Barreiro estaba apoyada en el capó, con las manos en los bolsillos y una bufanda deshilachada hasta los tobillos.

Sara se acercó.

—¿Helena Barreiro?

—Sara Aguilar —respondió la otra, asintiendo con una seriedad gallega que ni la lluvia podía diluir.

Se dieron la mano.

Fría.

Firme.

—¿Primeras impresiones? —preguntó Helena.

Sara miró alrededor: la ría, las casas bajas, los muros de piedra, el cielo plomizo.

—Que he visto ataúdes con más alegría que este pueblo.

Helena esbozó una media sonrisa.

—Entonces encajarás bien.

Subieron al coche.

Sara se quitó la mochila como quien se quita un peso innecesario y se ató el cinturón tres veces, supersticiosa.

Mientras arrancaban, la radio soltó una melodía suave, casi imperceptible.

Sara se tensó.

Reconoció el ritmo.

Tres notas.

La misma secuencia infantil que había escuchado en Málaga.

Helena bajó el volumen.

—Es una canción popular de aquí. Se canta en algunas fiestas. ¿Te molesta?

Sara tragó saliva.

—No.

Solo... me recordó a algo.

Miró por la ventanilla.

El paisaje se deslizaba como una postal triste.

Y, en algún lugar entre la niebla y los recuerdos que no eran suyos, supo que el norte no la había traído para resolver un caso.

La había traído para despertarla.

Morriña.

No siempre es tu hogar el que te llama.

A veces es la herida de otros... que ya te incluye.

Capítulo 43 – Leo Olmo

Ribadeo. Lunes, 11:22 h

El bar olía a vino peleón, café requemado y conversación gastada.

Leo dejó caer su mochila junto a la silla más arrinconada y pidió un café doble sin mucha esperanza.

El camarero, un tipo de pocas palabras y menos sonrisas, solo señaló una mesa junto a la ventana.

Allí estaba Sindo.

Sombrero de pescador, chaqueta de lana a pesar del calor, mirada que no terminaba de estar del todo en este mundo.

—¿Sindo? —preguntó Leo, acercándose con cautela.

El viejo asintió, como si supiera que venía.

—Tú no eres de aquí —dijo, con la voz rota de tanto ribeiro.

—No —sonrió Leo, sentándose—.

Pero busco historias.

Historias viejas.

Sindo se rascó la barba desordenada.

—¿Historias o advertencias?

Leo ladeó la cabeza.

—Quizá las dos cosas.

El camarero dejó un café que parecía alquitrán y una taza de vino turbio delante de Sindo.

—Había niños —empezó el viejo—.

Muchos.

Todos los veranos eran iguales.

Las fiestas, la música, las verbenas…

Y luego, los juegos en el bosque.

Sorbió un trago largo de vino.

—No eran juegos normales.

Eran círculos.

Canciones.

Promesas que los mayores no veían.

Leo abrió su grabadora.

—¿Qué tipo de promesas?

Sindo rió, un sonido más triste que alegre.

—Promesas de no romper el círculo.

De no dejar que "lo otro" entrara.

Porque si entraba... no se iba solo.

Leo notaba cómo se le erizaba la piel.

—¿Hubo desaparecidos?

Sindo bajó la mirada.

—No siempre.

A veces solo cambiaban.

Volvían... distintos.

Leo tragó saliva.

—¿Y tú lo viste?

El viejo asintió lentamente.

—Yo ya era viejo cuando ellos jugaban a eso —dijo Sindo, sonriendo torcido—.

Viejo, pero no ciego.

—¿Ellos?

Sindo sonrió, mostrando dientes marrones.

—Los dos que buscan ahora.

Los que creen que han olvidado.

Pero la ría no olvida.

El bosque no olvida.

Y "lo otro" tampoco.

Leo quiso preguntar más.

Pero Sindo ya no estaba realmente allí.

Miraba por la ventana, a la ría, como si esperara ver algo surgir de la niebla.

Y Leo, por primera vez en mucho tiempo, deseó no haber preguntado nada.

Morriña.

No es lo que se fue lo que importa.

Es lo que decidió quedarse... dentro de ti.

Capítulo 44 – Iván & Luna

Bosque cerca de la casa. Lunes, 19:06 h

El sendero se volvía cada vez más estrecho.

Las zarzas les arañaban los tobillos, como manos pequeñas que no

querían soltarlos.

Iván iba delante, apartando ramas con el brazo.

Luna le seguía de cerca, sujetando la linterna como si fuera una antorcha mágica capaz de ahuyentar monstruos.

Había algo en el aire.

No sólo humedad.

Algo eléctrico.

Como si el bosque contuviera la respiración.

—¿Dónde estamos yendo exactamente? —preguntó Luna,

rompiendo el silencio.

Iván no respondió enseguida.

—Hacia el claro —dijo al fin—.

El de los juegos.

Luna tragó saliva.

No había querido pensar en ello.

El claro de los círculos.

El de las promesas.

El de la canción.

Llegaron.

Todo parecía igual.

Y todo era distinto.

El círculo de piedras seguía allí, semioculto por la maleza.

Pero algo brillaba en el centro.

Iván se acercó despacio.

Era un trozo de tela.

Luna enfocó mejor.

Un vestido.

Pequeño.

Demasiado pequeño.

Un vestido infantil, de color claro, sucio de barro y algo más oscuro que no quisieron identificar.

Junto a él, una pulsera de cuentas de plástico de colores.

Las letras formaban un nombre.

C L A R A

Luna retrocedió un paso.

—¿Es... es de la niña?

Iván asintió en silencio.

Y entonces lo oyeron.

Un crujido de ramas.

Una figura moviéndose entre los árboles, demasiado rápido para ser humana.

Iván cogió la mano de Luna.

—Corre.

Corrieron.

Corrieron como no habían corrido en veinte años.

Corrieron sin mirar atrás.

Sin saber que, en realidad, ya era demasiado tarde para escapar.

Morriña.

No siempre es el lugar el que te retiene.

A veces es el eco de una promesa que nunca rompiste del todo.

Capítulo 45 – Iván & Luna

Casa del pueblo. Lunes, 20:03 h

La casa apareció entre la maleza como un refugio conocido y ajeno a la vez.

Iván y Luna llegaron jadeando, los pulmones en llamas, las piernas temblorosas.

No se atrevieron a hablar.

No se atrevieron a mirar atrás.

La puerta principal estaba cerrada.

O eso creyeron.

Iván sacó las llaves del bolsillo.

Manos sudadas.

Dedos torpes.

Al girar la llave, la puerta cedió demasiado fácil.

Sin resistencia.

La mirilla de la cerradura colgaba torcida.

Luna tragó saliva.

—¿Iván?

Él asintió, entendiendo sin que ella terminara la frase.

Alguien había entrado.

Avanzaron despacio.

La casa olía distinto.

Ya no era sólo humedad y polvo.

Era un olor... metálico.

Como de sangre vieja.

El salón estaba igual.

El pasillo, también.

Hasta que llegaron al dormitorio donde dormían.

Sobre la cama, perfectamente colocados, había dos objetos.

—Un casete nuevo, de color rojo, con una etiqueta que decía: **"Recordad la melodía"**. —Y un sobre.

Iván lo abrió con dedos torpes.

Dentro, una fotografía.

Dos niños cogidos de la mano.

De espaldas.

Caminando hacia el bosque.

No eran Iván y Luna.

Era otra niña.

Con el vestido claro que acababan de ver en el claro.

Y alguien más junto a ella.

Una figura alta.

Demasiado alta para ser un niño.

La cara difusa.

Casi como si el propio papel se negara a mostrarla.

Luna retrocedió hasta chocar contra la pared.

—Iván —susurró, apenas audible.

Él no respondió.

Porque en ese momento, en algún lugar de la casa, alguien empezó a tararear la melodía.

No desde fuera.

Desde dentro.

Morriña.

No siempre es la memoria lo que regresa.

A veces son las cosas que decidieron quedarse... esperando.

Capítulo 46 – Helena Barreiro

Puerto de Figueras. Martes, 09:42 h

El puerto olía a sal y gasoil.

Ese olor pegajoso que se mete en la ropa y tarda días en desaparecer.

Helena caminaba por el muelle como si buscara algo que no sabía describir.

Llevaba la caja de pruebas bajo el brazo, otra copia de la foto en el bolsillo, y su cuarzo blanco colgando del cuello como una brújula sin norte.

Había quedado con alguien.

No en comisaría, no en un despacho.

Aquí.

El banco más alejado del puerto lo ocupaba Antón "*o Vello*", un anciano de camiseta de tirantes —en pleno julio o en diciembre, siempre la misma— que desayunaba tocino con un vaso de orujo y le hablaba al mar como quien discute con su suegra.

—¿Hoy tampoco habla? —preguntó Helena mientras se sentaba a su lado.

Antón no contestó.

Se limitó a darle un trago al vaso y señalar la ría con el mentón.

—Cuando hay niebla, el mar escucha.

Y a veces responde.

Helena sacó del bolsillo la copia plastificada de la foto hallada en Arnao.

La de los dos niños que sonreían como si nada doliera aún.

Se la tendió sin decir palabra.

Antón la miró un largo rato.

—Yo conozco esa mirada —murmuró.

—¿La de los niños?

—No. La de quien se cree a salvo.

—¿Y quién la ha hecho?

Antón tragó orujo como si fuera agua.

—Eso no lo sé —dijo Antón, dándole un sorbo al orujo—.

Pero si esa foto salió de esta tierra, no estáis solos.

Helena se giró hacia él.

—¿Quién más la ha visto?

Antón no respondió al momento. Mojó los labios con el orujo y bajó la voz:

—Moncho, el taxista.

Lleva semanas diciendo que recoge siempre a la misma mujer. Pero no la ve nadie más.

Dice que huele a barro. Que tararea como una niña.

Y que nunca se sube al coche por la puerta correcta.

Helena lo miró con recelo.

—¿Y tú te lo crees?

Antón sonrió, mostrando más huecos que dientes.

—Yo no.

Pero la ría sí.

Y justo en ese instante, una lancha cruzó el agua dejando un eco agudo.

Helena se llevó el cuarzo al pecho sin pensarlo.

Antón se levantó.

—La próxima vez, tráeme pan de Maruxa.

—¿Para sobornarte?

—No, *rapaza*. Para calmar los muertos.

Morriña.

A veces se cuela en lo que comes, en lo que bebes.

A veces no es por lo que recuerdas, sino por lo que te hace volver.

Capítulo 47 – Iván Lázaro

Casa del pueblo. Figueras. Martes, 10:17 h

—No me jodas —dijo Iván por tercera vez mientras rebobinaba el casete con un boli Bic azul.

—¿Qué haces? —preguntó Luna desde la cocina, aún en camisón, café en mano.

—Pues lo típico, volver veinte años atrás. Y cruzar los dedos para que este trasto no nos explote en la cara.

La minicadena portátil, de esas con lector de CD y doble pletina, gruñó cuando Iván pulsó el play.

Un pitido. Un zumbido. Un chasquido.

Y luego… música.

No era una canción.

Era una melodía infantil. Tres notas, repetidas una y otra vez.

Como una cajita de música oxidada.

Como una risa encerrada.

Luna apareció en el umbral de la puerta.

Pálida.

—Es la misma —susurró.

—¿Qué misma?

—La que sonó anoche.

La que tocaba Clara cuando jugábamos de pequeños.

Iván se quedó quieto.

No por el nombre.

Sino porque algo no encajaba.

Volvió a mirar el casete.

No tenía tierra.

No estaba agrietado, ni traía restos de humedad como el que encontraron en el claro.

Este estaba limpio.

Perfecto.

Como si alguien lo hubiera dejado allí aposta.

—Luna... —susurró—. Este no es el mismo.

—¿Cómo que no?

—El otro lo enterraron hace veinte años.

Este apareció esta mañana en mi mesilla.

Y suena… demasiado bien.

Pausó. Rebobinó. Pulsó play otra vez.

Pero ahora, al final de la melodía, había algo más.

Una voz distorsionada. Baja. Apenas un susurro:

—*Los niños mienten. La tierra no.*

Iván se levantó tan rápido que tiró la silla.

—Nos están mirando, Luna. Desde hace días.

Luna no respondió. Solo se giró hacia la ventana.

Fuera, el bosque estaba en calma.

Demasiado en calma.

—¿Y si no es que quieren que recordemos?

¿Y si quieren que confesemos?

Morriña.

A veces no es un anhelo.

Es una trampa disfrazada de infancia.

Capítulo 48 – Sara Aguilar

Puesto de la Guardia Civil. Ribadeo. Martes, 11:02 h

Sara apretaba el bolígrafo con tanta fuerza que parecía querer sacarle confesiones.

Llevaba media hora frente al informe y aún no había pasado de la tercera línea.

Volvió a releer el parte.

Había llegado esa misma mañana, metido en un sobre arrugado, con letra temblorosa.

"Anoche, en el patio, sonaba una melodía como de carrusel. Triste.

No se veía a nadie. Pero se oía como si alguien la cantara.

Parecía… bajo tierra."

Sara frunció el ceño.

Otro aldeano sugestionado, seguro.

O no.

Levantó la vista.

El pequeño cuartel de Ribadeo parecía más una casa rural que un edificio oficial.

La humedad resbalaba por las paredes como si quisieran decirle algo.

Y el agente que la había recibido le ofreció una taza de ribeiro a las diez de la mañana.

En taza de loza. Con flores.

Sara se rascó la muñeca —una manía nueva desde hacía días— y se obligó a concentrarse.

Había dejado la valeriana en la maleta. Otra vez.

Y no se fiaba de tomar té matcha allí. Preguntó por él y le miraron como si hubiera pedido gasolina para el alma.

Entró un guardia con cara de disculpa.

—Esto… ha llegado para usted.

Era un sobre.

Sin remitente.

Con su nombre escrito a mano.

Sara lo miró de lado, como si pudiera explotarle en la cara.

—¿No llevaba sello?

—No, señora. Dice el cartero que lo encontró ya en el buzón esta mañana. Que no recuerda haberlo metido él.

Sara suspiró.

Se recogió el pelo con una goma como si se preparara para entrar en quirófano y abrió el sobre con cuidado.

Dentro, una sola hoja impresa.

Con una línea.

> *"Ella no se cayó. La empujaron. Tenía barro en los dientes."*

Sara no supo si era una amenaza, una confesión o una cita de una novela.

Pero supo que esa mañana ya no iba a ser normal.

Se puso en pie.

Se colocó la chaqueta.

Y murmuró:

—Vale. Si queréis jugar, juguemos.

Morriña.

A veces te llama desde dentro.

Y otras… te espera en la puerta.

Capítulo 49 – Leo Olmo

Bar "Porto", Figueras. Martes, 13:23 h

—¿No me digas que vienes tú solo a Galicia a investigar leyendas de niñas fantasma?

—No. Vengo a huir de mi jefe, de mi ex y del tráfico de Málaga. Lo de las niñas es... un efecto colateral.

Leo sonrió mientras devolvía el teléfono a la mesa.

Su madre le llamaba cada dos días desde que se enteró de que había ido al norte a "meterse en cosas raras otra vez".

—¿Quieres otra taza o ya has tenido suficiente orujo por hoy?

El camarero no era muy hablador, pero servía como cronómetro local.

A cada hora, ofrecía una tapa distinta: primero callos, luego empanada, ahora pimientos de padrón.

Leo no se quejaba.

—Ponme una más. Y si me ves hablando solo, es que estoy grabando notas de voz, ¿vale?

El bar "Porto" estaba casi vacío.

Solo un par de hombres mayores jugaban al dominó en la esquina.

Uno de ellos tenía una camiseta con el lema: *"La ría oye más que el confesionario"*.

Leo lo apuntó mentalmente.

Abrió su portátil.

En la carpeta "Proyecto Morriña" ya había archivos de audio, capturas de WhatsApp, una cronología incompleta y dos posibles títulos para el reportaje.

Pero lo que más le inquietaba era la imagen ampliada que tenía frente a él.

La foto de la caja.

El dibujo infantil: un círculo dentro de otro, y dentro, una figura de palos con los brazos en cruz.

Ese símbolo.

Ya lo había visto antes.

En un reportaje sobre desapariciones antiguas.

En un pueblo del Bierzo.

Y en una esquina borrosa de una imagen de archivo de la hemeroteca… relacionada con un caso sin resolver de 1984.

Leo bajó la tapa del portátil.

El camarero le dejó la tapa del día. Algo caliente, con chorizo y garbanzos.

—¿Cómo se llama esto?

—Lo de menos es el nombre —respondió uno de los viejos sin girarse—. Lo importante es que aquí se sirve caliente.

Lo que viene frío... es lo que da miedo.

Leo se quedó quieto.

Luego sonrió.

—Joder, aquí hasta los abuelos dan más miedo que mi ex.

Morriña.

Hay lugares que no necesitan leyendas.

Solo tiempo y silencio suficiente para volver a respirarte encima.

Capítulo 50 – Luna Lázaro

Casa del pueblo. Figueras. Martes, 20:04 h

Luna no podía dormir.

El sol aún no se había puesto del todo, pero la casa ya tenía sombras donde no tocaba.

Iván estaba en el salón, rodeado de papeles, cables y casetes.

Ella necesitaba aire.

Caminó descalza hasta la cocina, y luego hacia la despensa.

Siempre le había dado mala espina ese rincón. Incluso de niña.

La puerta de la despensa estaba entreabierta.

La empujó.

Nada.

Solo polvo, algunas botellas viejas de licor, latas caducadas y... algo más.

Un cuaderno.

Pequeño, con espiral, cubierto de tierra seca y marcas de dedos.

Lo cogió.

En la portada: *"Verano 2003 – Cosas que no se cuentan"*

Abrió la primera página.

La letra era infantil.

Suya.

> *"Hoy Clara lloró. Dijo que no quería entrar en el claro. Pero la empujaron. Dicen que si no lo haces, te lleva la procesión."*

Luna sintió que el estómago le daba un vuelco.

Pasó otra página.

> *"Iván dijo que no había que decir nada. Que luego nos daban la pulsera. Que Clara volvería. Pero no volvió."*

La tinta estaba corrida.

Algunas páginas arrancadas.

En la contraportada, con bolígrafo rojo y tembloroso:

> *"Lo que enterramos no era solo un juego."*

Luna cerró el cuaderno de golpe.

No podía respirar.

Volvió al salón.

Iván alzó la vista.

—¿Qué pasa?

Ella le lanzó el cuaderno.

—¿Esto es tuyo?

Él lo abrió, leyó dos líneas… y palideció.

—No. O no recuerdo haberlo escrito.

Luna le miró.

Por primera vez, no supo si estaba mintiendo.

Fuera, en el bosque, sonaron tres notas.

Como un carrusel.

Como una advertencia.

Morriña.

Hay recuerdos que no duelen hasta que los abres con tus propias manos.

Capítulo 51 – Leo Olmo

Camino a Taramundi. Miércoles, 10:46 h

Leo conducía como quien huye de algo que todavía no sabe que lo está siguiendo.

La carretera se estrechaba a cada curva, rodeada de un verde húmedo que no era de este siglo. Eucaliptos altos, espesos, y silencio. El tipo de silencio que parece llevar dentro un secreto.

Tenía una cita en el Museo de Taramundi. No era oficial. Ni profesional. Pero Roi, el artesano de las navajas, había respondido a uno de sus mensajes con un escueto:

"Tengo algo que tal vez estés buscando."

Cuando llegó, Roi estaba esperándolo fuera. Llevaba las manos en los bolsillos y una chaqueta vieja de lana que parecía tener más historias que botones.

—No recordaba que esto estuviera tan arriba —dijo Leo al bajar del coche.

—Aquí todo está arriba. Hasta lo que debería estar enterrado.

Roi lo condujo hasta una pequeña sala trasera, más almacén que exposición.

Sobre una mesa había una caja de madera sin cerrar. Dentro, varios objetos envueltos en papel de estraza.

—No sé por qué me lo trajo. Solo dijo que venía "del claro". Que alguien tenía que guardarlo.

Leo desenrolló el primer paquete.

Un cuaderno escolar de tapas blandas. En la portada, con rotulador desvaído:

"Verano 2003 – Cosas que no se cuentan"

El mismo título que el cuaderno que Luna había encontrado.

El segundo objeto era una navaja pequeña, oxidada, con un símbolo grabado en la hoja:

dos círculos concéntricos, y una figura de palitos en el centro con los brazos abiertos.

Leo se quedó mirando aquello en silencio. Ya lo había visto antes.

En un caso antiguo del Bierzo. En una foto de archivo borrosa, archivada bajo la etiqueta *desaparición sin resolver*.

El último paquete era una chapa infantil con un nombre escrito a mano:

"Luqui"

Leo tragó saliva.

Sabía a quién pertenecía.

Había visto ese apodo en un viejo recorte de prensa, en una entrevista de hace años a una vecina del pueblo.

Mencionaba que "la niña Lázaro siempre firmaba los dibujos como Luqui".

El nombre había quedado flotando en su archivo mental.

Ahora cobraba cuerpo.

—¿Quién te lo dio? —preguntó.

Roi se encogió de hombros.

—Un chaval. Alto. Callado. Parecía más sombra que persona. Dijo que "esto ya no le servía".

Leo sacó su grabadora, pero no pulsó el botón.

—¿Te dijo su nombre?

—No. Pero antes de irse, me miró como si esperara que lo reconociera.

Y me dijo una sola frase:

"La tierra no olvida. Solo espera."

Morriña.

Hay cosas que no se entierran del todo. Solo se quedan debajo, respirando despacio.

Flashback – Verano de 2003. El claro. Tarde.

La tierra estaba blanda.

El claro olía a savia y a algo más. Algo que no se nombra cuando eres niño.

Clara lloraba.

Tenía barro en las rodillas y una ramita enredada en el pelo.

Los demás la rodeaban. Silencio alrededor.

Iván sostenía la caja con ambas manos.

Sacó del bolsillo un objeto pequeño, envuelto en un pañuelo deslucido.

Lo colocó dentro sin decir palabra.

Nadie preguntó qué era.

Nadie quería saberlo.

—Hay que hacerlo —dijo uno de los niños.

—Si no lo haces, no puedes quedarte —dijo otro.

—La Santa Compaña viene si no lo entierras tú —susurró una voz, casi en risa.

Clara negó con la cabeza.

Luna también.

Pero nadie la escuchó.

Iván metió dentro algo que no se ve.

Clara dio un paso atrás.

Otro niño la empujó al centro del círculo.

Alguien empezó a tararear.

Tres notas.

Lentas. Repetidas.

Y luego, todo se aceleró.

Gritos.

Un ruido como de piedras cayendo.

La caja cerrándose.

Clara desapareciendo.

Y el silencio de después.

Luna, con las trenzas medio sueltas, tenía la cara blanca.

Iván miraba al suelo.

Y alguien dijo:

—Si no lo contamos, no ha pasado.

Morriña.

Hay recuerdos que se entierran tan bien, que al desenterrarlos te entierran contigo.

Capítulo 52 – Sara Aguilar

Puesto de la Guardia Civil. Ribadeo. Miércoles, 11:22 h

Sara no sabía si las notas sonaban fuera… o dentro de su cabeza.

Las había oído en el baño del hostal la noche anterior. Tres. Como un silbido torcido, con eco. Como si alguien las dejara colgando.

Despertó empapada en sudor.

No creía en lo paranormal. Pero sí en el subconsciente.

Ahora estaba sola en el cuartel, hojeando papeles viejos que olían a moho y a café rancio.

A los agentes gallegos no les hacía gracia que se metiera en sus archivos, pero tampoco se lo habían prohibido.

Buscaba nombres. Fechas. Algo que conectara los puntos.

Y entonces, ahí estaba.

Informe: Desaparición infantil – verano 2003

Nombre: Clara G.

Estado: no resuelto.

Observaciones: juego con otros menores. Uno identificado: Iván

Lázaro. Sin declaración oficial. Caso cerrado por falta de

pruebas.

Sara se quedó en blanco.

Cerró la carpeta.

Se apoyó en la mesa.

Contó hasta diez.

Diez y medio.

Ese nombre.

Esa fecha.

Ese silencio administrativo.

—¿Qué coño pasó aquí?

Entonces el agente joven —el que no hablaba mucho pero siempre parecía saber cosas— apareció en la puerta con un sobre en la mano.

—Esto acaba de llegar. No tiene remitente. Está a su nombre.

Sara lo abrió con cuidado. Ya no le sorprendía nada.

Dentro había una sola cosa:

Una foto. En blanco y negro.

Una niña con el pelo mojado, barro en la boca, los ojos cerrados.

Y escrita a mano, con rotulador rojo:

> *"La tierra habla. La tierra entierra."*

Sara no parpadeó.

Solo se rascó la muñeca, se ató el pelo con gesto quirúrgico, y

murmuró:

—Vale. Vamos a ver si la tierra canta también.

Morriña.

A veces no es nostalgia. A veces es culpa. Pero nadie quiere escuchar la diferencia.

Capítulo 53 – Luna Lázaro

El claro. Miércoles, 13:30 h

Luna había dicho que salía a caminar.

Que necesitaba despejarse.

Iván ni siquiera la oyó. Llevaba horas delante de una libreta, haciendo listas de cosas que no recordaba.

Ella fue directa al claro.

El camino seguía igual. Solo que más estrecho. Como si la maleza quisiera evitar que alguien volviera allí.

Al llegar, se detuvo.

El aire era distinto. No más frío. Más denso.

Como si las palabras no quisieran sonar bien en ese lugar.

Se acercó al centro.

La hierba estaba aplastada, como si alguien más hubiera estado allí.

No hace días.

Anoche.

Se agachó. Algo brillaba entre las raíces.

Tiró con cuidado.

Una cuerda. Vieja, casi deshecha.

Atada a un colgante de plástico.

Un corazón.

Rosa.

Con letras negras mal escritas: **“Luqui”**

Luna tragó saliva. No lo recordaba.

O sí.

Como una imagen arrugada en la memoria, como si alguien la hubiera doblado muchas veces.

Al darle la vuelta al colgante, vio otra cosa:

Una piedra.

Plana.

Y encima, escrito con rotulador permanente:

"Luqui dijo que no hablaría nunca."

El corazón le latía en la garganta.

Tuvo un impulso: salir corriendo.

Otro: quedarse.

Y uno más que no entendió del todo… pero que le hizo mirar al bosque.

Allí, entre dos eucaliptos, creyó ver algo.

Al principio una sombra.

Luego, una niña.

No se movía.

No tenía rostro.

Pero llevaba una trenza suelta.

Y la cabeza inclinada.

Cuando Luna pestañeó… ya no estaba.

Morriña.

A veces no son recuerdos.

Son deudas.

Con alguien que nunca dijo adiós.

Capítulo 54 – Yoli la del Bajo

El Palo, Málaga. Jueves, 08:02 h

Yoli puso la cinta de Junco en su viejo radiocasete mientras se echaba un último toque de laca.

Ese día tenía doble cita en la peluquería: uñas a las nueve y extensiones a las once.

Pero algo en el aire estaba raro. No sabía si era la humedad o la mala noche.

Al abrir la puerta del bloque, frenó en seco.

Había una caja en el felpudo.

Pequeña. De lata.

Con restos de cinta adhesiva y una pegatina torcida que decía:

"Para la vecina que siempre escucha."

Se la quedó mirando unos segundos.

Luego miró al pasillo. Vacío.

La cogió con cuidado. Olía a metal viejo y colonia barata.

Dentro, envueltos en un trozo de papel, había tres cosas:

—Una cinta de casete.

—Un pendiente rosa en forma de mariposa.

—Y una nota escrita a mano:

"Gracias por no dormir."

Yoli tragó saliva.

No sabía si era una broma de mal gusto o algo serio.

No tenía hijas. No usaba pendientes así desde que llevaba hombreras.

Pero algo en ese mensaje le apretó el pecho.

Cerró la puerta despacio.

Puso la cinta en el radiocasete del salón.

La música tardó en sonar.

Cuando lo hizo, era una melodía suave, con tres notas repetidas.

Como una canción infantil, tarareada… desde muy lejos.

En ese momento se dio cuenta de que no estaba sola.

No en la casa.

En el bloque.

Alguien más escuchaba con ella.

Lo supo sin saber por qué.

Y lo peor: no le sorprendía.

Morriña.

En algunos lugares, no hace falta mirar atrás.

Porque el pasado nunca se ha ido.

Capítulo 55 – Helena Barreiro

Puerto de Figueras. Jueves, 18:12 h

Helena volvió al banco de siempre.

El de Antón "*o Vello*".

Pero Antón no estaba.

Solo una bolsa de tela apoyada junto al respaldo.

Color crudo, con su nombre bordado a mano: *Helena B.*

La tocó con desconfianza.

Pesaba poco.

Olía a humedad y a algo parecido al tabaco seco.

Dentro había tres cosas:

—Un mapa dibujado a mano.

Con trazos temblorosos, pero precisos.

Marcaba tres lugares con cruces rojas:

el claro,

la playa del Tesón,

y el cementerio pequeño que se alza entre la ría y el monte.

—Una navaja. Antigua. Rota por la mitad.

En el mango, tallado a cuchillo: *"Verano 2003"*

—Y un trozo de fotografía quemada por un borde.

Solo se veía parte de una figura infantil y una mano de adulto.

Dio la vuelta a la foto.

Detrás, escrito con tinta corrida:

"No fue un juego. Fue un pacto."

Helena tragó saliva.

Se ajustó el abrigo, aunque no hacía frío.

El cielo se oscurecía sin avisar.

Caminó hasta el borde del muelle, la foto en la mano.

Desde allí, vio a alguien cruzar hacia el otro lado.

Una figura alta.

Con una chaqueta de cuero que reconoció al instante.

Leo.

—¡Leo!

Él no se giró.

Se detuvo junto a una farola apagada.

Y entonces… se desvaneció.

No caminó.

No corrió.

Simplemente… no estaba.

Helena no gritó.

Solo bajó la vista hacia el mapa.

Y por primera vez en muchos años, pensó algo que no quería pensar:

¿Y si el pasado también mata?

Morriña.

A veces no es el sitio al que quieres volver.

Es el que no te ha dejado irte.

Capítulo 56 – Iván Lázaro

Casa del pueblo. Jueves, 06:11 h

Iván no dormía.

No por el café, ni por los nervios.

Porque alguien había puesto algo en su mesilla de noche. Otra vez.

Un casete.

Limpio. Sin polvo.

Con una nota doblada dentro del estuche:

> *"Luqui mintió."*

No lo despertó el ruido.

Ni un portazo. Ni la melodía.

Lo despertó el olor. A eucalipto húmedo… y a electricidad estática.

Luna no estaba en su cama.

Revisó la cocina. El baño. La galería trasera.

Nada.

Fue a la planta baja.

La puerta del jardín estaba abierta.

Una brisa suave entraba como si no pasara nada.

Pero pasaba.

Al agacharse para cerrar, vio algo en el felpudo.

Una piedra con el mismo símbolo de siempre: los dos círculos, la figura dentro.

Y grabado a cuchillo por el reverso:

“Tú sí sabías.”

Sintió algo que no sabía poner en palabras.

Una mezcla de culpa y vértigo. Como estar al borde de recordar algo que no quieres saber.

Subió a su cuarto y metió el casete en el reproductor viejo.

La cinta sonaba distorsionada.

Pero las tres notas estaban ahí.

Y luego… una voz infantil.

Tarareando.

Y diciendo una sola frase:

“¿Jugamos otra vez?”

Morriña.

Cuando te llaman por tu nombre de niño…

es porque alguien sigue jugando contigo.

Capítulo 57 – Sara Aguilar

Archivo municipal. Ribadeo. Jueves, 08:26 h

El polvo era parte del aire.

Sara tenía la sensación de estar respirando siglos.

Había ido allí a buscar una cosa, pero acababa de encontrar otra.

En el archivo había una caja de documentos sin catalogar, con papeles del antiguo centro escolar.

Y allí, entre boletines de notas y hojas amarillas con bordes mordidos por la humedad, encontró algo inesperado.

Un dibujo.

Fechado en 2003.

Firmado con letra temblona: *"Luqui"*

Mostraba un círculo. Otro dentro.

Y, en el centro, una figura humana con los brazos en cruz.

Rodeada de lo que parecían velas.

Y algo parecido a una caja.

Sara parpadeó.

Miró a su alrededor.

Solo la acompañaban una bombilla parpadeante y el ruido de su propio estómago.

Se rascó el cuello.

Contó mentalmente cuántas veces había comido fuera de casa esa semana.

Cinco. Y solo una vez vegetariano.

—Me va a dar un aire —murmuró.

Metió el dibujo en una funda y se lo guardó en el bolsillo interior.

Al salir, alguien la estaba esperando apoyado en la verja:

Leo Olmo.

—Bonito día para revolver cadáveres de papel —dijo él, con una sonrisa torcida.

Sara lo miró de arriba abajo.

—¿Vienes a husmear o a ayudar?

—Hoy… a confesar.

Sara levantó una ceja.

—¿Tú? ¿Confesar?

Leo se sacó del bolsillo una pequeña navaja oxidada.

—¿Esto te dice algo?

Sara la cogió con cuidado.

Era antigua. El mango estaba rayado.

No tenía nombre, pero algo en su forma le resultaba familiar.

—¿Y esto qué es?

—Yo la llamo *Proyecto Morriña*.

Es como he decidido bautizar todo esto.

Lo que nadie quiere hablar. Lo que sigue escarbando.

Sara lo miró en silencio durante un segundo.

Luego bufó, pero no con desprecio.

Con resignación.

—Poético. Y bastante inquietante.

Leo sonrió.

—Gracias. No pretendía que sonara bonito.

Sara se giró hacia el archivo, se ajustó la chaqueta y dijo:

—Vale. Vamos a hablar.

Morriña.

A veces no se heredan los recuerdos.

Se heredan las heridas.

Capítulo 58 – Leo Olmo

Ribadeo. Jueves, 09:12 h

La cafetería estaba medio vacía, como si todo el pueblo se hubiera puesto de acuerdo para dejarles espacio.

Sara pidió un té verde con jengibre. Leo, un café solo con hielo,

aunque no hacía calor.

—¿Y bien? —dijo ella, cruzando los brazos—. Empieza a hablar.

Leo dejó sobre la mesa un cuaderno de anillas, una libreta pequeña llena de post-its y garabatos. En la portada, con rotulador azul:

Proyecto Morriña.

—He estado tirando de hilos. Algunos oficiales, otros menos.

—¿Y tú cómo accedes a "hilos oficiales"?

—Periodismo de raza —sonrió—. Y algún favor pendiente.

Sara no se rió.

—He encontrado patrones. Simbología repetida. Niños que

desaparecen en verano. Juegos que empiezan como inocentes y

acaban con alguien llorando en un claro.

—Eso suena a película de terror barata.

Leo pasó una hoja.

Dibujos infantiles. Figuras en círculo. Cajas. Cruces.

Y un nombre subrayado varias veces: **Clara G.**

—Esa niña no fue la primera. Ni la última. Tengo al menos tres casos similares desde los noventa.

Mismo patrón: círculo, música, silencio.

—¿Y qué tienen en común? —preguntó Sara.

—Un símbolo que no aparece en ningún archivo oficial.

Y la ausencia de adultos. Siempre.

Sara bajó la mirada.

Pensó en Luna. En Iván. En la foto quemada.

En la voz de la niña diciendo *"Gracias por no dormir"*.

—Y entonces, ¿qué? ¿Una secta de niños? ¿Un ritual? ¿Un trauma colectivo?

Leo negó con la cabeza.

—Eso es lo que aún no sé. Pero hay algo.

Algo que se reactiva. Que estaba dormido… hasta ahora.

Sara se quedó callada.

Sintió un escalofrío que no era de frío.

Leo sacó una última cosa del bolsillo.

Una cinta de casete.

—Esta apareció en el buzón del bar Porto. No es mía. No sé de quién es.

Pero alguien quiere que la escuchemos juntos.

Sara la cogió.

Era igual que las otras.

Limpia.

Marcada con rotulador rojo.

"No os acordáis. Pero lo jugasteis todos."

Morriña.

Hay juegos que nunca terminan.

Solo dejan de sonar hasta que alguien vuelve a poner la cinta.

Capítulo 59 – Luna Lázaro

Casa del pueblo. Jueves, 12:44 h

Luna estaba en el suelo de la cocina.

No sabía cuánto tiempo llevaba ahí.

El colgante con su nombre —*Luqui*— seguía colgado del pomo de la nevera, como si alguien lo hubiera puesto allí para recordarle quién era.

Pero ella no lo recordaba.

O sí.

Pero solo a ratos. Como si los recuerdos fueran casettes viejos: iban, venían, chirriaban y se callaban justo antes de lo importante.

Se levantó despacio.

Tenía las piernas entumecidas.

La boca seca.

Y un nudo en el estómago que no era solo hambre.

En el salón encontró a Iván con una libreta.

La había llenado de listas. De fechas. De símbolos.

De nombres.

Él la miró de reojo, sin levantarse.

—¿Estás mejor?

Luna asintió en silencio.

—Te dejé espacio. Ya sabes… como otras veces.

Ella no respondió.

Solo se sentó frente a él. Como si el pasado también se pudiera discutir en una mesa de cocina.

—¿Dónde estabas anoche? —le preguntó Iván sin levantar la vista.

—No lo sé.

—¿Saliste?

—No lo sé.

—¿Escuchaste la cinta?

Luna negó.

—He soñado con Clara.

Iván levantó la cabeza.

No con sorpresa. Con miedo.

—Estaba en el claro. Tenía la misma ropa. Las trenzas. Me dijo que me tocaba a mí.

—¿Que te tocaba qué?

—Eso no lo recuerdo. Pero cuando se giró… no tenía cara.

Iván cerró el cuaderno.

—¿Te acuerdas del colgante?

Luna asintió.

—Y de la caja.

—¿Qué caja?

—La del juego. La de las reglas.

Iván se puso de pie.

—Nunca hubo reglas.

Luna lo miró con ojos vacíos.

—Por eso se rompió el juego.

Morriña.

No todos los olvidos son voluntarios.

Algunos te los arranca alguien que no quiere que recuerdes.

Capítulo 60 – Helena Barreiro

Cementerio de Figueras. Jueves, 19:02 h

El cementerio no tenía nombre.

Solo un cartel oxidado a la entrada:

"Campo Santo"

Y una verja que chirriaba como si le doliera abrirse.

Helena entró con paso firme.

Había seguido las marcas del mapa sin cuestionarlas.

El claro. La playa del Tesón. Y ahora… esto.

A esa hora, el sol se estaba rindiendo.

Los cipreses dibujaban sombras largas y la ría apenas se oía.

Todo estaba quieto. Demasiado.

Buscó la tumba marcada.

No estaba en el centro ni en la parte vieja.

Estaba en un lateral, casi tapada por las zarzas.

El nombre de la lápida estaba borrado.

Pero alguien había colocado encima una piedra lisa.

Con el símbolo.

Dos círculos.

Una figura de palos en el centro.

Helena se agachó.

A su lado, medio enterrado, había un tarro de cristal.

Dentro, algo que al principio creyó que era ceniza.

Pero no.

Eran retales de papel.

Papel mojado.

Y un mechón de pelo trenzado.

Tuvo que apartar la mirada.

Respiró hondo.

Contó hasta cinco.

Tocó su cuarzo blanco como si fuera un botón de reinicio.

Entonces se oyó una voz.

—¿La has visto?

Helena se giró.

Nadie.

—¿La has oído cantar?

La voz no venía de un lado.

Venía de dentro.

De la tierra.

Helena se obligó a no huir.

A no gritar.

A quedarse.

Porque si alguien estaba preguntando…

es que **alguien más sabía**.

Morriña.

Hay lugares que no entierran a nadie.

Solo guardan lo que otros no quieren cargar.

Capítulo 61 – Iván Lázaro

Casa del pueblo. Viernes, 06:04 h

No sonó nada.

Eso fue lo raro.

El casete giraba, pero no emitía ninguna melodía.

Solo el sonido seco de la cinta corriendo, como si alguien la hubiera grabado en silencio a propósito.

Hasta que, justo antes del final, una voz infantil habló:

—Uno de vosotros mintió.

Iván se quedó inmóvil.

No Luna.

No ellos.

Uno de "vosotros". Eso era más grande.

Rebobinó. Escuchó otra vez. Misma frase. Misma entonación.

La voz no parecía real.

O lo era demasiado.

Luna apareció en la puerta, descalza, con el pelo alborotado y ojeras marcadas.

—¿Otra vez?

Iván asintió.

Ella se sentó en el suelo, frente a él, como cuando eran niños y hacían pactos de sangre en el jardín con palillos de madera.

—¿Crees que fuimos nosotros?

Iván no contestó.

—¿Que mentimos? ¿Tú o yo?

—No lo sé —murmuró él—. Pero cada día que pasa me fío menos de mi memoria.

Luna acarició la cinta con los dedos.

—Igual no era mentira. Igual solo… nos lo hicieron olvidar.

Iván se quedó mirando la grabadora.

La cinta se había parado.

Pero la sensación de amenaza seguía en el aire.

Como si alguien estuviera aún ahí.

Esperando.

Morriña.

Hay verdades que no se olvidan: se entierran con cuidado.

Y luego... excavan solas.

Capítulo 62 – Sara Aguilar

Taramundi. Viernes, 09:17 h

La humedad tenía olor a hierro.

O eso pensó Sara mientras recorría las callejuelas empedradas de Taramundi, ese pueblo detenido en una postal húmeda de Asturias.

Leo caminaba delante, nervioso, como si supiera que no estaban preparados para lo que iban a encontrar.

Roi los esperaba junto a la forja.

Tenía las manos sucias, la mirada limpia.

Y una caja de cartón en el regazo.

—Esto no lo hice yo —dijo sin saludo—. Lo dejaron aquí anoche.

Sin nombre. Solo con esto pegado.

Les entregó un papel doblado.

Sara lo abrió.

"Ya no importa si es del norte o del sur. Clara es de todos."

Leo tragó saliva.

Roi sacó el contenido de la caja.

—Una muñeca —murmuró Sara.

Era de trapo. De esas que ya no se venden.

Con un vestido azul desteñido, un lazo mal cosido…

y una grabación cosida dentro del pecho.

Leo la acercó al oído.

Una voz.

—Clara no mintió. Clara avisó.

Sara apartó la muñeca de golpe.

—¿Eso es una amenaza?

Roi negó con la cabeza.

—Eso es un mensaje. De alguien que sabe dónde están los cuerpos…

aunque no los haya tocado.

Leo la observó en silencio.

—Esto no es del 2003. Esta tela... es de ahora.

Y ese hilo —señaló el lazo mal cosido— lo he vendido yo este verano.

Aquí, en la tienda.

Sara se apoyó contra la pared.

Sintió el corazón más rápido de lo normal.

Contó. No sirvió.

—¿Y sabes quién lo compró?

Roi asintió.

—Un hombre. Muy delgado. Piel blanca. Pelo casi gris.

Pero no era mayor.

Hablaba como si no estuviera solo, aunque venía solo.

Sara y Leo se miraron.

Por primera vez… pensaron lo mismo.

Morriña.

A veces lo que vuelve no es el recuerdo.

Es quien quedó atrapado dentro de él.

Flashback – Verano de 2003. El claro. Noche.

La caja ya estaba cerrada.

La enterraron entre todos.

O al menos eso creían.

Luna tenía las manos sucias.

Iván, una pequeña herida en la ceja.

Ella lloraba bajito**.** No sabía si por miedo, por rabia… o por lo que habían enterrado.

Aún nadie la llamaba *Luqui* en voz alta, pero ya todos sabían que ese sería su nombre secreto.

—No digáis nada —susurró uno de los mayores—. Si se entera, no vuelve.

—¿Quién? —preguntó Luna.

—La niña del vestido blanco.

Silencio.

Sólo se oía el zumbido de los insectos y algún grillo aislado.

—Eso no existe —dijo Clara, la que siempre quería llevar la voz cantante.

—¿Y si no es una niña? —preguntó alguien más.

Entonces todos miraron hacia el borde del claro.

Y la vieron.

No caminaba.

Parecía suspendida.

No tenía rostro.

Pero algo brillaba en su pecho, como una piedra… o una luz que no era de este mundo.

Nadie gritó.

Nadie corrió.

Solo Iván susurró:

—¿Quién más ha jugado con nosotros?

Morriña.

Algunos veranos no se olvidan.

Porque todavía están ocurriendo.

Capítulo 63 – Helena Barreiro

Ribadeo. Viernes, 13:10 h

Helena odiaba comer deprisa.

Pero esa empanada de zamburiñas la había devorado sin darse cuenta mientras Sara le explicaba lo de Taramundi.

—¿Una muñeca con una grabación dentro? —preguntó.

—Y un mensaje que decía que Clara no mintió. Que avisó —repitió Sara, aún con la voz tensa.

Helena sacó del bolso el tarro de cristal.

Aún lo tenía desde el cementerio.

—¿Y si no están hablando de la misma Clara?

Sara arqueó una ceja.

—¿Cómo?

—¿Y si esto no es una historia de víctimas… sino de herederas? ¿Y si Clara, la de Málaga, no es una repetición sino una continuación?

Sara se quedó en silencio.

Tenía una servilleta en la mano y se la arrugaba sin darse cuenta.

Pensó en el dibujo que tenía guardado. En las voces. En las trenzas. En el símbolo que volvía siempre.

—¿Crees que saben algo? Los Lázaro, digo.

—Creo que saben algo que no recuerdan bien. O que no quieren recordar.

Y creo que la única manera de sacarlo… es volver al origen.

—¿El claro?

Helena negó.

—Más atrás.

—¿Dónde?

—A la noche donde empezó todo.

Sara suspiró.

—¿Y cómo haces eso?

Helena la miró con una seriedad que no parecía suya.

—Con una linterna, una grabadora… y las preguntas que nunca nadie quiso hacerles.

Morriña.

No siempre vuelve el pasado.

A veces, somos nosotros los que regresamos… sin darnos cuenta.

Capítulo 64 – Luna Lázaro

Casa del pueblo. Viernes, 04:03 h

Luna hablaba dormida.

No murmuraba. Hablaba con frases completas**.** Como si estuviera en una conversación... que solo existía al otro lado del sueño.

Iván no se atrevía a despertarla.

Había aprendido que a veces, al sacarla de golpe, olvidaba todo. Y otras, recordaba demasiado de golpe.

—No se puede salir del círculo…

—Yo no quería eso…

—Fue Clara la que dijo sí.

Se revolvió.

Se tapó los oídos.

Pero seguía hablando.

—Luqui no miente. Luqui no miente. Luqui no…

Iván se acercó.

Le apartó el pelo de la frente. Estaba sudando, pero tenía frío.

—Luna —susurró—. Soy yo.

Entonces, de repente, se incorporó.

Abrió los ojos.

Vacíos.

Y dijo algo con una voz que **no parecía la suya:**

—No es Clara. Es la que la encontró.

Después, cayó de nuevo en la almohada.

Iván no pudo dormir más esa noche.

Al amanecer, llamó al número que Leo le había pasado la semana anterior.

Una tal Helena Barreiro.

Tardó en contestar.

—¿Sí?

—Soy Iván Lázaro. Tú no me conoces, pero creo que sabes quién soy.

Tenemos que volver al claro.

Morriña.

Hay recuerdos que no son tuyos.

Pero si los sueñas… ya no puedes devolverlos.

Capítulo 65 – Helena Barreiro

Bosque junto al claro. Viernes, 21:33 h

No hacía viento.

Y aun así, los eucaliptos sonaban como si se quejaran.

Helena había llegado una hora antes que los demás.

Quería asegurarse de que no hubiera sorpresas.

O, al menos, que no fueran las equivocadas.

Llevaba una linterna de cabeza, una grabadora digital y su cuaderno con los dibujos.

Había marcado con cintas naranjas los árboles más cercanos al lugar donde apareció la primera caja.

En el centro del claro, una tela plástica cubría una estructura de ramas entrelazadas.

No la había hecho ella.

Pero estaba allí.

Y no había estado la última vez.

Sara llegó poco después, con gesto tenso y manos en los bolsillos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó.

—No —respondió Helena.

Sara bufó.

—Me encanta tu honestidad.

—Por eso funcionamos tan bien.

Después, llegaron Iván y Luna.

Ambos pálidos, ambos con esa forma de andar que tienen los que caminan hacia un recuerdo que preferirían no abrir.

—¿Qué se supone que va a pasar? —preguntó Iván.

—Lo que tenga que pasar —dijo Helena—. Pero esta vez, nosotros preguntamos.

Encendió la grabadora.

Luna miró a su alrededor.

—Este sitio huele distinto.

—¿Distinto cómo?

—A hierro. Y a algo que no es nuestro.

Entonces Sara, que no solía asustarse por nada, sacó de su bolsillo un pequeño amuleto en forma de nudo celta.

Y lo apretó con fuerza.

—No quiero estar aquí cuando se haga del todo de noche.

Helena encendió la linterna y miró a Iván.

—Empecemos.

Morriña.

No hay lugar más oscuro que aquel donde escondiste lo que no te atreves a recordar.

Capítulo 66 – Iván Lázaro

El claro. Viernes, 21:48 h

No había luces cerca.

Solo la linterna de Helena, temblando en su frente cada vez que respiraba hondo.

Y el círculo.

Siempre el círculo.

Iván miraba al suelo como si esperase encontrar algo.

Pero lo que sentía no venía de fuera.

—¿Sabes qué hicimos aquí? —preguntó Helena, voz grave.

—Enterramos una caja —dijo él.

—¿Solo eso?

Iván cerró los ojos.

Luna estaba a su lado, inmóvil, como si su cuerpo recordase más que su mente.

—Había una palabra… una que repetíamos antes de empezar —dijo él, con la voz rasgada—. Era como… como una contraseña.

Sara encendió la grabadora.

El clic sonó como un disparo en la noche.

—¿Qué palabra? —preguntó.

Iván se agachó.

Pasó los dedos por la tierra, como si la estuviera leyendo.

—No lo sé. Pero tenía tres sílabas. Como una canción rota.

Y si no la decías bien… no te dejaban jugar.

Luna lo miró.

—Iván… ¿te acuerdas de la cuerda?

Él la miró en silencio.

—La ataron a un árbol. Y dijeron que era para no perdernos.

Sara se tensó.

—¿Quién dijo eso?

Luna parpadeó.

—No eran niños. No todos.

Un golpe seco la interrumpió.

Como si algo hubiera caído al otro lado del claro.

Helena giró la linterna.

No había nadie.

Pero en el centro del círculo, junto a la estructura de ramas, ahora había algo más.

Una pequeña caja de metal oxidado.

No estaba allí hacía un minuto.

Sara se adelantó un paso.

—¿Esa la habéis traído alguno?

Todos negaron.

La linterna iluminó el lateral.

Alguien había escrito con letras recortadas de periódico:

“Gracias por volver.”

Morriña.

Hay sitios donde no necesitas llave.

Solo volver a pronunciar la palabra que prometiste olvidar.

Flashback – Verano de 2003. Alguien más.

No hablaba mucho.

A veces decía que su madre vivía lejos.

O que no tenía madre.

Depende de quién preguntara.

Jugaba con los demás, pero desde fuera del grupo.

Si hacían corro, él estaba un paso detrás.

Si enterraban algo, él sujetaba la pala.

Una noche, mientras todos dormían en sacos o colchones, él se levantó solo.

Fue al claro.

Descalzo.

En silencio.

La caja ya estaba cerrada.

Pero la desenterró con las manos.

Quería ver si Clara estaba dentro.

Porque no la había visto marcharse. Solo desaparecer.

La abrió.

No había cuerpo.

Solo objetos. Dibujos.

Y un casete que no recordaba haber metido.

Estaba etiquetado con su nombre.

Pero él… no sabía escribir.

Se quedó allí, temblando.

Escuchó algo.

Un ruido de arrastre.

Como si alguien —o algo— estuviera volviendo al claro desde el bosque.

Y entonces supo que el juego no se había acabado.

Solo se había quedado sin jugadores.

Morriña.

Hay niños que no desaparecen.

Solo cambian de forma.

O de nombre. O de voz.

Capítulo 67 – Sara Aguilar

El claro. Viernes, 22:01 h

Sara se agachó con cuidado.

La caja era distinta a las anteriores. Más pequeña. No tan oxidada.

Como si no hubiese estado bajo tierra… sino esperando a ser colocada.

Helena sacó los guantes de su mochila. Se los puso con movimientos lentos.

—No la abras aún —dijo Luna.

Todos la miraron.

—¿Por qué?

—Porque cuando abríamos una caja… empezaba otra parte del juego.

Iván tragó saliva.

Sara la abrió igual.

Dentro había solo tres cosas:

Un botón rojo, de chaqueta escolar.

Una hoja de cuaderno doblada en cuatro.

Y una figura de madera tallada: un niño sin rostro, con una cuerda en el cuello.

Sara abrió la hoja.

Era un dibujo infantil.

El símbolo.

Y debajo, escrito con letras torcidas:

“No era Clara. Clara se fue. La otra se quedó.”

Helena levantó la figura de madera.

—¿Esto… estaba en alguna de las cajas anteriores?

—No —dijo Iván—. Pero lo he visto antes. En casa de la abuela, cuando éramos pequeños. Tenía uno igual.

Luna negó con la cabeza.

—Ese no era igual.

Ese tenía cara.

Sara se puso en pie.

Tenía la figura en la mano. Le pesaba más de lo que debería.

—Sea quien sea el que ha dejado esto… nos está observando.

Helena miró hacia los árboles, pero no se veía nada.

Solo sombras.

Morriña.

A veces el pasado no regresa como recuerdo… sino como castigo.

Capítulo 68 – Leo Olmo

Casa del pueblo. Sábado, 00:07 h

Leo no podía dormir.

No por el cansancio ni por el miedo.

Sino por **la cinta que alguien había dejado en su mochila**.

No estaba allí antes.

Lo sabía. Era meticuloso. Controlador.

Obsesivo hasta el ridículo.

Pero ahora, entre sus libretas y bolígrafos, había un casete envuelto en papel de cocina.

Y en el papel, con bolígrafo azul y letra de niño:

> "Si lo oyes tú, es porque estás en medio."

Se encerró en el baño con su vieja grabadora portátil.

Le quitó el polvo, metió la cinta y le dio al play.

Ruidos.

Estática.

Y después, una voz.

Infantil. Tensa.

Susurrando.

> —No sé si esto va a servir, pero tengo que dejarlo.
>
> No me acuerdo de todo, pero **la cuerda la tenía yo**. Me la dieron ellos.

Dijeron que si no hablaba, podía quedarme.

Pero luego… luego se la llevaron a ella.

La niña no lloraba.

Ni hablaba.

Pero cantaba.

El casete se cortó con un sonido seco.
Leo lo rebobinó. Volvió a escucharlo.
Una frase se le quedó clavada:

"Si no hablaba, podía quedarme."

Se miró en el espejo.
—¿Quién no hablaba? —murmuró.
Alguien llamó a la puerta.
Dos golpes cortos. Uno largo.
No era el toque de nadie que conociera.

Morriña.

No todo lo que grabamos es para recordar.
A veces, es para advertir… a quien aún no ha llegado.

Capítulo 69 – Leo Olmo

Casa del pueblo. Sábado, 00:12 h

Dos golpes cortos.

Uno largo.

Leo se quedó congelado frente a la puerta.

—¿Yoli? —dijo en voz baja, sabiendo que era absurdo.

Miró por la mirilla.

Nada.

Solo oscuridad y la silueta de un castaño lejano moviéndose con el viento.

Abrió igual.

Porque los periodistas hacen eso. Porque su miedo siempre llega cinco segundos tarde.

En el suelo, había una bolsa de supermercado arrugada.

Dentro, otro casete.

Y algo más.

Un dibujo infantil, hecho con lápiz negro.

Era el mismo símbolo de siempre…

pero esta vez, alguien había tachado el círculo exterior con rabia.

Y debajo, con trazo tembloroso:

> "Ya no hay salida."

Leo dio un paso atrás. Cerró la puerta.

Le temblaban las manos.

Colocó el nuevo casete en la grabadora.

Reprodujo.

Nada.

Solo estática.

Hasta que una voz masculina, más mayor, más rota, dijo:

—No eres observador. Ese dibujo no es para ti.

Pero si insistes, te toca ser parte.

Es tu turno.

La cinta se cortó.

Leo la sacó.

No era una copia moderna.

Era una cinta original, vieja, casi deshecha.

Y tenía algo escrito en el lateral.

"Luqui 03"

Leo se quedó en silencio.

No por el nombre.

Sino porque la letra… era suya.

Morriña.

No todos los fantasmas vienen a asustarte.

Algunos solo vienen a devolverte lo que enterraste.

Capítulo 70 – Luna Lázaro

El claro. Sábado, 05:11 h

No le había dicho a nadie que se marchaba.

Solo dejó una nota escrita con letra torcida:

"Necesito hacerlo sin ti."

Iván dormía.

O eso creía.

El claro no estaba tan oscuro como recordaba.

Ni tan callado.

Los árboles crujían como si se movieran a su alrededor, aunque el viento no soplaba.

Y el centro del claro…

parecía distinto. Más hundido. Como si respirara.

Se acercó.

El símbolo seguía allí, dibujado en la tierra.

Alguien lo había rehecho con piedras pequeñas.

Las tocó con los dedos. Estaban calientes.

Se sentó en el centro, cerró los ojos y murmuró:

—Ya volví. ¿Ahora qué?

Entonces oyó pasos.

No fuertes.

Pequeños.

Como de pies descalzos.

Abrió los ojos.

Nadie.

Pero delante de ella, sobre la tierra, había una piedra blanca.

Y en ella, grabado con lo que parecía una llave, una sola palabra:

"Luqui."

No recordaba haberla escrito.

Pero su mano sí.

Y al leerla en voz alta, sintió algo que no era miedo.

Era vértigo.

Como si su cuerpo estuviera recordando algo… antes que su mente.

Morriña.

Hay nombres que no te ponen al nacer.

Te los da el bosque, cuando aún no sabías que ibas a olvidarlo todo.

Capítulo 71 – Helena Barreiro

Figueras. Sábado, 07:40 h

Helena había dormido dos horas.

Lo justo para que el cuerpo creyera que había descansado.

Lo justo para que la mente no se fiara de nada.

La casa rural que la Guardia Civil les había habilitado como base provisional olía a café recalentado y humedad de piedra. Estaba a las afueras de Figueras, lo bastante apartada como para no cruzarse con vecinos… ni con rumores.

Sara daba vueltas por el salón con la taza de café en la mano, pero sin beber.

Se sabía de memoria las etiquetas de las botellas de orujo del aparador.

No dejaba de mirar el móvil, como si esperara una señal que no sabía cómo sería.

Entonces sonó el teléfono fijo.

Ese que nadie usa.

Helena levantó la mirada.

—¿Tienes llamadas aquí?

Sara negó con la cabeza.

Helena descolgó.

—¿Sí?

Una voz cascada, con acento de puerto, respondió:

—Sois las de los niños, ¿no?

—¿Quién llama?

—Moncho. El del taxi. El que lleva años cruzando la ría.

Anoche vi algo.

—¿Dónde?

—En el muelle viejo. El de Figueras.

Una figura. Blanca. Cantando.

Pero no estaba sobre la tierra.

Estaba… **flotando en el agua.**

Sara se acercó, ya más pálida que el café.

—¿Está seguro?

—No. Pero no era la primera vez.

Solo que esta vez... me miró.

Silencio.

—¿Y qué vio en sus ojos?

Moncho respiró fuerte al otro lado de la línea.

—A mí mismo. Pero cuando tenía nueve años.

Y una voz que decía: **"Tú también estuviste."**

La línea se cortó.

Sara dejó la taza sobre la mesa.

—Vale. Hasta aquí el café.

Helena ya estaba cogiendo la chaqueta.

—Vamos al muelle.

Morriña.

Hay lugares donde no necesitas testigos.

Solo fantasmas que aún saben tu nombre.

Capítulo 72 – Sara Aguilar

Muelle viejo de Figueras. Sábado, 08:02 h

El muelle tenía ese aire de lugar olvidado, pero no abandonado.

Las tablas de madera estaban húmedas.

El aire olía a sal y a óxido viejo.

Sara bajó del coche con la linterna aún en la mano.

No había dormido, pero la adrenalina bastaba para engañar al cuerpo.

—¿Dónde está Moncho? —preguntó.

Helena miró a su alrededor.

—Dijo que estaría aquí.

No lo estaba.

Pero había algo.

Una figura colgaba del borde del embarcadero.

Pequeña.

Mecida por las olas.

Enganchada con una cuerda a uno de los postes.

Sara se acercó.

—¿Eso es…?

Helena asintió.

—Otra figura de madera.

La sacaron con cuidado.

Era idéntica a la del claro.

Salvo por un detalle:

esta sí tenía rostro.

Y no era un rostro cualquiera.

Sara retrocedió un paso.

—¿Lo ves?

Helena ladeó la cabeza.

—Parece...

—Parece Iván.

En la base de la figura, grabado con una navaja, una palabra torcida:

"Recordar."

Sara tragó saliva.

—¿Y si no es una amenaza?

Helena la miró.

—¿Entonces qué es?

—Una advertencia.

Como si el mar nos devolviera lo que no enterramos bien.

Morriña.

Hay recuerdos que no se olvidan porque nunca fueron tuyos…

solo prestados por el miedo.

Capítulo 73 – Luna Lázaro

Bosque. Sábado, 22:16 h

La piedra seguía en su bolsillo.

Pesaba poco, pero le había cambiado el centro de gravedad.

Cada vez que la tocaba, sentía como si la palabra "Luqui" vibrara desde dentro.

No le dijo nada a Iván.

Él dormía raro últimamente.

Hablaba con nombres que no eran suyos.

Y a veces se levantaba con sangre en la nariz.

Así que volvió al claro.

Sola.

Con una linterna de esas pequeñas, de las que nunca iluminan suficiente.

El claro estaba igual.

Solo que no lo estaba.

La figura de ramas había sido deshecha.

O alguien la había roto a propósito.

Y en el centro, sobre la tierra… había un espejo.

Pequeño. Ovalado. Antiguo.

Como de tocador.

Con la parte trasera grabada.

Luna se agachó. Lo giró.

En el reflejo no vio su cara.

Vio la de una niña con trenzas.

Cantando.

La misma melodía.

Y detrás de la niña…

una figura sin rostro, con la cabeza ladeada.

Luna cayó hacia atrás. El espejo quedó boca abajo.

Pero no se rompió.

Al incorporarse, notó que alguien la observaba.

Giró en seco.

Nada.

Solo los árboles.

Y una figura al fondo, a contraluz.

Ni niño ni adulto.

Ni hombre ni mujer.

La figura levantó la mano…

Y le mostró una piedra igual que la suya.

Luna no gritó.

Solo pensó:

"Somos dos."

Morriña.

Hay recuerdos que no se clavan en la mente, sino en la piel.

Y no se borran, se multiplican.

Capítulo 74 – Iván Lázaro

Casa del pueblo. Domingo, 04:46 h

Despertó con un zumbido en el oído.

No era el timbre.

Ni una alarma.

Era un sonido grave, como de cinta rebobinando en bucle dentro de su cráneo.

—Luna —llamó, aún con voz espesa.

No obtuvo respuesta.

Se levantó. Recorrió la casa descalzo, el suelo frío y pegajoso.

El cuarto de Luna estaba vacío.

El baño también.

Sobre la mesa, una taza de té… aún caliente.

Y en la mesilla de Iván, una nota escrita a lápiz:

> "No me sigas.
>
> Ya sé quién soy.
>
> Si no vuelvo, recuerda tú por los dos."

Iván se quedó mirando las palabras hasta que dejaron de tener sentido.

Las leyó al revés.

Las leyó sin voz.

Entonces sintió algo bajo su pie.

Algo duro.

Se agachó.

Era una ficha de dominó.

La doble tres.

La giró.

Por detrás, a boli:

"Hay dos. Siempre hubo dos."

La dejó caer.

Volvió a la habitación. Abrió la mochila.

Entre las libretas de apuntes y los casetes…

había una figura de madera.

La suya.

Solo que ahora tenía los ojos pintados…

Y eran los de su hermana.

Morriña.

Algunos vínculos no se rompen.

Se desgastan hasta doler.

Y después se clavan… justo donde no puedes tocarlos.

Capítulo 75 – Leo Olmo

Casa del pueblo. Domingo, 07:09 h

Leo estaba en la cocina, con los auriculares puestos y las manos en las sienes.

Llevaba más de una hora rebobinando la cinta.

Esa. La que apareció en su mochila.

"Luqui 03".

Había limpiado el cabezal de la grabadora. Había bajado la velocidad de reproducción.

Y fue entonces cuando lo oyó.

No una voz infantil.

Sino una de fondo. Grave.

Como si alguien estuviera hablándole **al niño que grababa**.

—Dilo otra vez.

¿Dónde empezó?

—En la casa del sur.

Detrás del mercado.

Donde jugábamos a los espejos.

Donde estaba la canción.

Donde nos prometieron que no dolía.

Leo se incorporó.

—¿La casa del sur?

Rebobinó.

Volvió a escuchar.

"Detrás del mercado."

"Donde jugábamos a los espejos."

"Donde estaba la canción."

Abrió su libreta.

Empezó a anotar palabras clave.

Y en la esquina superior, como un acto reflejo, escribió:

"El Palo – Málaga"

Detuvo la reproducción.

Y murmuró para sí:

—Morriña…

No es solo del pasado.

Es del lugar al que nunca volviste.

Morriña.

A veces las respuestas no están donde ocurrió el daño… sino donde empezó el silencio.

Capítulo 76 – Yoli la del Bajo

El Palo, Málaga. Domingo, 09:42 h

Yoli ya había barrido dos veces.

No porque hiciera falta, sino porque era su forma de pensar.

La persiana medio bajada, las gafas de cerca en la cabeza, y el moño con pinza que sostenía desde antes de que existiera Instagram.

Escuchaba de fondo a Los Chichos y decía que era por nostalgia, pero era mentira: era por rutina.

De repente, algo la sacó de su espiral de fregona y cotilleos pendientes.

Una canción.

No en la radio.

Desde el patio.

Débil, repetitiva. Como un bucle.

Yoli dejó el trapo en el cubo.

—No. Otra vez no.

Bajó las escaleras en zapatillas.

Atravesó el portal.

Y ahí estaba.

Una grabadora antigua.

Pequeña. Negra.

Sobre uno de los bancos del patio común.

Y una nota pegada encima:

“Tú la conocías.”

Yoli miró a su alrededor.

No había nadie.

Pulsó “play”.

Y la canción sonó.

La misma que Clara tarareaba cuando jugaba con su muñeca.

La que no salía en ninguna lista de Spotify.

La que nadie más conocía.

Y entonces, detrás de la música, una voz.

Una de hombre.

O de algo que imitaba a un hombre.

—Estuvo aquí.

Aún no se ha ido.

Yoli dejó caer la grabadora.

Se persignó.

Y murmuró, como si fuera un conjuro andaluz de toda la vida:

—Santa madre, que esto se lo lleve el aire, que yo aquí no me meto.

Morriña.

El pasado también se hereda por vecindad.

A veces solo hace falta haber estado cerca… para llevarlo contigo.

Capítulo 77 – Leo Olmo

Estación María Zambrano, Málaga. Domingo, 14:22 h

El calor lo recibió como un puñetazo.

El aire olía a crema solar, cañas derramadas y promesas incumplidas.

Leo bajó del tren con su mochila colgando y las ideas mal sujetas.

Tenía una dirección anotada: una antigua casa baja detrás del mercado de El Palo.

Al salir de la estación, buscó un taxi.

Solo había uno.

El conductor era un tipo con gafas negras, camiseta del Málaga CF y olor a chicle de menta.

—¿Dónde vamos, colega?

—El Palo. Calle Rodrigo de Triana.

—Uy, zona antigua. Por ahí hay muchas casas que ya no existen.

—Ésta sí —respondió Leo.

Durante el trayecto, revisó la libreta.

El fragmento de la cinta que no podía quitarse de la cabeza:

> "Donde jugábamos a los espejos…"

Al llegar a la dirección, se bajó en silencio.

La calle estaba medio vacía.

Un perro dormía a la sombra de un coche.

Y al fondo, una casa encalada con la persiana medio bajada.

Tocó al timbre.

Nadie respondió.

Iba a irse cuando notó algo bajo la puerta.

Una nota doblada.

La deslizó con cuidado.

Era una hoja amarilla, con letra en mayúscula:

"NO LA BUSQUES. YA SABES CÓMO EMPIEZA EL JUEGO."

Y justo debajo…

pegada con celo:

una ficha de dominó.

La misma que encontró Iván.

Doble tres.

Leo se dio la vuelta.

En la acera de enfrente, un tipo en moto amarilla lo observaba desde lejos.

La moto no hacía ruido.

Morriña.

Hay viajes que no haces para llegar a un sitio.

Los haces para que el sitio te encuentre a ti.

Capítulo 78 – Iván Lázaro

Casa del pueblo. Domingo, 14:22 h

El ordenador estaba encendido, pero Iván no miraba la pantalla.

Tenía el móvil entre las manos.

El mensaje de Leo seguía ahí, clavado como una chincheta en la sien:

> "Ha aparecido otra ficha. La misma. Doble tres. En El Palo."

Había algo en esa repetición que le revolvía el estómago.

Como si el pasado no se desenterrara, sino que brotara por sí solo, como el agua en las fincas malditas.

Se levantó.

El suelo crujió bajo sus pasos.

Fue hasta la cocina, se sirvió un café que no pensaba beber y volvió al salón con la taza caliente entre las manos.

Encima de la mesa, la caja de los recuerdos seguía abierta.

Dentro, la foto de Clara.

La entrada rota del concierto.

Y la ficha.

La que él encontró en el norte.

La misma que ahora Leo tenía en Málaga.

Las fichas no hablaban.

Pero se repetían.

Y eso, en el código de Iván, era casi lo mismo.

Abrió su cuaderno de notas y garabateó una frase:

Doble tres. Tres por dos. Seis.

Debajo, otra:

¿Y si esto es el marcador? ¿Y si es un contador?

La lógica le decía que estaba yendo demasiado lejos.

Pero su intuición —esa que odiaba tanto como necesitaba— le decía lo contrario.

Se levantó de nuevo.

Cogió su mochila.

Metió la ficha.

Y salió al porche.

Helena lo vio desde el gallinero.

—¿Te vas otra vez?

Iván asintió sin mirarla.

—No sé si me voy. Pero algo me está llamando.

Morriña.

A veces no es una tierra.

Es un eco.

Y cuando lo oyes, no puedes quedarte quieto.

Capítulo 79 – Sara Aguilar

Cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Domingo, 16:40 h

Sara había aprendido a detectar el momento exacto en que una tarde tranquila se torcía.

El cuartel estaba en silencio, salvo por el zumbido flojo del fluorescente que se negaban a cambiar. Revisaba informes con su infusión de cúrcuma y jengibre cuando llegó el aviso.

Una vecina de Figueras.

Un hombre husmeando por la antigua casa del pueblo.

Decía que no era de allí. Que no era normal.

Sara cerró el informe con resignación.

—Otra excursión al pasado…

Le pidió a Barreiro que la esperara en el coche. Subió con su carpeta y su cuarzo blanco en el bolsillo, como si eso pudiera espantar los fantasmas de esa maldita casa.

Cuando llegaron, el lugar estaba vacío.

Solo un banco de piedra con marcas de haber sido usado.

Una colilla reciente.

Y un olor extraño, como a metal quemado y… ¿vinagre?

Sara entró en la casa por costumbre, aunque no debería.

La puerta crujía como si se quejara.

En el salón, todo seguía igual.

El reloj de pared parado.

El sofá cubierto con una sábana.

Y en la repisa, la foto de los hermanos Lázaro, con el marco torcido.

Helena apareció detrás.

—¿Sabes qué creo?

Sara se giró.

—Que alguien está volviendo los escenarios. Uno por uno.

—¿Para qué?

—Para reactivarlos —dijo Barreiro, tocando la mesa como si buscara huellas invisibles—. Como si necesitara que todo volviera a ponerse en marcha.

Sara sacó la ficha del dominó que llevaba en su libreta.

La miró fijamente.

Doble tres.

Se la había enviado Leo desde Málaga por foto.

Y ahora aparecía también en el norte.

Demasiadas coincidencias.

O ninguna.

Helena olió el aire.

—¿Hueles eso?

—Sí —respondió Sara—. Morriña.

Morriña.

A veces no es nostalgia.

A veces es una advertencia con forma de recuerdo.

Capítulo 80 – Yoli la del Bajo

El Palo, Málaga. Domingo, 18:21 h

El calor se había pegado al suelo como una mancha de aceite.

Yoli estaba en bata, sentada frente al ventilador, con una horchata medio derretida y una novela de crímenes que no acababa de engancharla.

Le pesaban los pies.

Y también la cabeza.

Desde lo de la grabadora no dormía igual.

El silencio del patio ya no le parecía un descanso, sino un hueco.

Alguien llamó al timbre.

Una vez.

Luego dos, seguidas.

Yoli se asomó al telefonillo sin responder.

No dijo nada.

—Señora —dijo una voz ronca, casi educada—. Me han dicho que usted conocía a Clara.

Se quedó helada.

—¿Quién es usted?

—Uno que ha llegado tarde.

Cuando bajó, no encontró a nadie.

Solo una caja pequeña, envuelta en papel de embalar y con su nombre escrito a bolígrafo:

"YOLANDA MARTÍNEZ".

La llevó a la cocina.

La abrió con unas tijeras.

Dentro, un casete.

Y una nota:

"El final empieza por el principio."

Yoli sintió un nudo en el estómago.

Metió la cinta en su viejo radiocasete, el de las bodas.

Le dio al play.

Una risa.

Femenina.

Y luego una voz de hombre, la misma que aquella vez:

—Clara cantaba para no tener miedo.

Pero no todos los juegos son para niños.

Yoli apagó la radio de un manotazo.

No sabía si avisar a alguien o rezar.

Así que hizo lo que llevaba haciendo toda la vida:

puso agua a calentar, abrió la ventana…

y se asomó, no para ver si la espiaban,

sino para comprobar que el mundo seguía ahí fuera.

Que el sol seguía saliendo por el este.

Que las vecinas colgaban las sábanas.

Que, al menos de puertas para fuera,

todo parecía en orden.

Aunque por dentro, ella ya sabía que no.

Morriña.

Hay veces que no vuelve solo el recuerdo.

Vuelve el eco.

Y detrás, quien lo provoca.

Capítulo 80 – Iván

Casa del pueblo, Figueras. Domingo, 19:11 h

Nunca había prestado atención a esa habitación del fondo.

Demasiado pequeña. Demasiado fría.

Pero ahora le llamaba.

Como si algo ahí dentro hubiese estado esperando.

Empujó la puerta con la manga del jersey.

Hacía años que nadie la abría.

Dentro, una cómoda, un espejo manchado y paredes que olían a humedad y tiempo estancado.

Se agachó junto al armario empotrado.

El doble fondo seguía encajado, pero no estaba vacío.

Detrás de una tabla suelta, encontró lo que parecía un cuaderno infantil.

Tapas rosas. Esquinas mordidas.

Y una pegatina: "Clara"

Abrió la primera página.

Un dibujo en ceras: tres niños cogidos de la mano.

Él. Luna. Clara.

Debajo, un título: "El juego del espejo".

Las siguientes hojas estaban llenas de reglas.

Reglas infantiles. Pero con algo más.

—Si te mira, no parpadees.

—Si llama, no abras.

—Si aparece doble… corre.

Iván tragó saliva.

Reconocía su letra en un par de frases.

Había estado allí. Lo había jugado.

Y lo había olvidado.

Buscó con el móvil y comparó el símbolo dibujado en la última hoja.

Era un hexagrama con un dominó en el centro.

Se parecía al grabado que Luna había visto en la caja de la muñeca.

El mismo que aparecía en los papeles que robó Leo.

Volvió a levantar la vista.

Uno de los espejos estaba empañado.

Solo uno.

Y alguien había escrito una palabra con el dedo.

"CLARA."

Iván retrocedió un paso.

Pero no huyó.

Sacó el cuaderno, se sentó en el suelo y empezó a leer en voz baja.

Porque si esto era un juego, había que saber las reglas.

Todas.

Morriña.

El pasado no siempre vuelve como un recuerdo.

A veces regresa disfrazado de reflejo.

Capítulo 81 – Leo

Taller mecánico, zona puerto de Málaga. Domingo, 19:43 h

Leo tenía la ficha en una mano y la nota arrugada en el bolsillo.

Había dudado en venir.

Dani 'el Pinocho' no era precisamente el tipo más fiable del mundo.

Pero sabía cosas.

Siempre las sabía.

Y si alguien podía darle una pista fuera de foco, era él.

El taller olía a gasoil, pintura y fritanga.

La tele encendida con el volumen muy alto.

Un loro enjaulado soltaba insultos entre bocinazos.

—¿Se puede? —preguntó Leo, asomándose entre las motos.

Dani levantó la cabeza desde debajo de un capó.

Pelo grasiento, tatuajes viejos, camiseta del Unicaja roída.

—Coño, el reportero —dijo con una sonrisa de dientes manchados— ¿Vienes a sacar mierda o a que te ajuste la cadena?

—Vengo a que me digas la verdad por una vez —le tendió la ficha—. ¿Te suena este nombre?

Dani la leyó.

Torció el gesto.

—Clara G. —murmuró—. Sí. Esa era… la rara. La que no tenía a nadie.

Leo no se inmutó.

Esperó.

Dani dejó la ficha sobre la mesa.

Se limpió las manos con un trapo lleno de grasa.

—Mira, yo no me meto en cosas de críos. Pero te diré algo. Clara no fue la única. Hubo otra. Antes. Mucho antes. Pero nadie habló de ella.

Leo frunció el ceño.

—¿Otra niña?

Dani asintió, mirando a los lados como si pudieran oírle las paredes.

—Esto no lo sabes por mí, ¿vale? Ni salió en los papeles ni la poli quiso mover el culo. Pero en el barrio se habló. Años noventa. Una niña que desapareció saliendo del cole. Dijeron que la había recogido un primo. Que todo estaba bien. Pero no volvió.

—¿Nombre? —preguntó Leo.

—No lo sé. Pero la madre estaba medio loca. Gritaba por las esquinas. Decía que se la habían llevado unos "de traje".

Leo se quedó inmóvil.

Un escalofrío le subió por la espalda.

—¿De dónde era?

—La Palmilla. O por ahí. No me acuerdo. Pero sí te digo una cosa, reportero: eso fue en abril. Y luego, diez años después, volvió a pasar. Y otra vez. Y otra. Siempre abril. Siempre niñas.

Leo sacó la nota del bolsillo.

La desdobló.

Dani la miró.

Se encogió.

—Tú sabrás dónde te estás metiendo. Pero si yo fuera tú, lo quemaba todo. Esa gente no olvida.

Leo no respondió.

Solo guardó la nota.

Y se marchó sin mirar atrás.

Morriña.

A veces no es el pasado lo que te persigue.

Es lo que creíste haber enterrado.

Capítulo 82 – Luna

Cementerio de Figueras. Domingo, 20:36 h

No sabía por qué había ido allí.

Bueno, sí lo sabía.

El sueño. La canción. Todo apuntaba a lo mismo: Clara.

La verja del cementerio chirrió al empujarla.

Luna se estremeció. No por el frío, sino por la certeza de que algo la estaba llevando a ese lugar. Como si la empujaran desde dentro.

Caminó entre las lápidas, esquivando zarzas y cruces oxidadas.

A lo lejos, se oía el mar.

Llegó al panteón familiar.

La piedra estaba más sucia de lo que recordaba.

Se agachó para limpiar con la manga del abrigo el nombre de su abuela.

Entonces lo notó.

La tierra, junto al lateral de la losa, estaba removida.

Muy ligeramente. Como si alguien hubiera hurgado con cuidado, intentando no dejar rastro.

Pero Luna tenía buen ojo para los detalles.

Siempre lo había tenido.

Tocó con los dedos.

Suaves. Fríos.

Un poco más allá, algo duro.

Sacó un mechero oxidado y una moneda de cinco duros envuelta en plástico.

No entendía nada.

Se incorporó y miró alrededor. Nadie. Solo cipreses y tumbas calladas.

Iba a marcharse cuando algo llamó su atención detrás de una lápida cercana.

Un papel, atrapado entre las piedras.

Lo sacó con cuidado.

Estaba arrugado, medio húmedo, pero podía leerse:

"Ella no descansa."

No había firma.

Luna guardó el papel en el bolsillo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sintió miedo.

No del lugar.

Sino de lo que estaban despertando.

Morriña.

Hay heridas que no cierran aunque las entierres.

Capítulo 83 – Yoli

Málaga. Domingo, 21:10 h

La grabación era más clara esta vez.

La voz del niño seguía temblando, pero ya no se oía el mar de fondo.

Solo silencio. Y después: nombres.

Y uno de ellos lo reconoció.

Fue como una bofetada.

Tuvo que sentarse.

El táper con la ensaladilla se le resbaló del regazo y se abrió al caer.

No lo recogió.

El audio seguía sonando desde el móvil, conectado por Bluetooth a un altavoz portátil que Paco había robado en algún sitio.

Yoli no lo escuchaba ya.

Solo pensaba en ese nombre.

Y en lo que le venía a la cabeza cada vez que lo oía.

Su abuela.

Una ventana abierta.

Un pantalón corto lleno de barro.

Y una frase: *"Eso no se cuenta."*

Llevaban días sin hablar. Desde que él se fue al norte.

Yoli le había conocido años atrás, cuando todavía era "Leo el de la radio" y pasaba por el mercado con su grabadora y sus preguntas

incómodas. Desde entonces, habían cruzado caminos muchas veces. No eran amigos, pero se entendían.

Por eso la llamada no le sorprendió tanto.

—¿Yoli?

La voz de Leo sonaba más grave. O más cansada.

Ella tragó saliva.

Iba a colgar.

Pero lo dijo:

—Creo que sé quién es. El de la cinta.

Silencio.

—¿Estás segura?

—No. Pero si es quien creo… estamos jodidos, Leo. Muy jodidos.

Morriña.

Hay verdades que tardan años en pronunciarse.

Y cuando por fin lo haces, ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 84 – Leo y Yoli

El Palo, Málaga, Domingo, 23:12 h

La puerta se abre después del tercer timbrazo. Yoli aparece con el moño deshecho, ojeras profundas y un cigarro a medio consumir temblando entre sus dedos.

—Pasa, anda. Está todo patas arriba pero... da igual.

Leo no dice nada. Entra. Reconoce el mismo olor a ambientador barato y humedad del rellano. La televisión murmura en algún canal de noticias, pero el volumen está bajo.

—¿Qué ha pasado, Yoli?

Ella se sienta en el sofá sin mirarlo. Sobre la mesa hay una grabadora vieja y una caja metálica de galletas, de las que ahora solo usan las abuelas. Abierta, revela casetes etiquetadas a mano con nombres y fechas.

—Estaban en el trastero de mi madre. Entre papeles de mi padre… y otras cosas. No preguntes cómo acabaron ahí. —Traga saliva—. Esta... esta es la segunda. Escucha tú.

Leo obedece. Pulsa play.

Las voces llegan borrosas, como desde el fondo de una cueva. Pero lo que se dice es nítido:

—...Montxo se encargaba de llevarlas. Maruxa sabía cómo calmarlas. Antón no quería saber, pero acabó cediendo…

—...una rubia, de Málaga, muy pequeña. ¿Recuerdas la furgoneta? Blanca, sin ventanas atrás...

Leo alza la mirada de golpe.

—¿Qué coño es esto?

Yoli se abraza a sí misma.

—No lo sé. O sí. Me vino una imagen. De niña. Algo que había olvidado. Una niña rubia, llorando. Yo debía tener siete u ocho. Estábamos en el aparcamiento de la ermita. Una furgoneta blanca. Una mujer con trenzas que le decía que no llorase. Me pareció normal entonces. Pero ahora…

Leo se lleva las manos al rostro.

—Montxo. Maruxa. La furgoneta. Esto ya no es solo del norte…

—Es que nunca lo fue —susurra Yoli—. Solo que nadie quería mirar aquí abajo.

Leo se levanta. Coge una de las cintas, la gira entre los dedos.

—Uno de los nombres coincide con alguien que Dani 'el Pinocho' mencionó una vez. De chaval. Creo que estamos atando cabos de algo muy, muy jodido.

Yoli apaga el cigarro con rabia. Luego lo mira.

—¿Tú crees que hay más? Más cintas. Más nombres.

—Seguro. Y creo que acaban de ponerme en el punto de mira sin saberlo.

El silencio que se instala huele a salitre, a miedo antiguo. Leo se acerca a la ventana. La calle del barrio duerme. Pero algo, en el fondo, se ha despertado.

Morriña:

A veces, la memoria no se pierde. Solo espera en una cinta olvidada, en una voz temblorosa, a que alguien tenga el valor de darle al play.

Capítulo 85 – Iván

Casa del pueblo, Figueras. Lunes, 03:14 h

Iván no dormía.

Luna sí. Enroscada sobre sí misma, en el colchón del salón, con la radio encendida al mínimo.

Una cinta sonaba. Una voz temblorosa cantaba algo sobre estrellas y trenes.

No reconocía la canción. Pero era la voz de Clara.

Él se había encerrado en el cuarto viejo, el de los mapas y los cables.

La linterna colgaba de una viga, y el portátil tiraba de una batería portátil que ya parpadeaba en rojo.

Sobre la mesa, los casetes que habían ido encontrando. Cuatro. Y una libreta.

La libreta de Clara.

No era un diario.

Era... otra cosa.

Trozos de letra de canciones, dibujos, listas con nombres, frases que se repetían.

—No estoy sola —susurró Iván.

Lo había leído al menos cinco veces en distintas páginas.

Y en una de ellas, justo debajo, había un nombre tachado. Solo una letra quedaba visible.

Una G.

Clara G.

Y debajo de eso, un símbolo extraño. Parecía una estrella de cinco puntas encerrada en un círculo. Dibujado a lápiz. Repasado con boli azul.

Y al lado, en mayúsculas:

"OTRA VEZ NO."

Iván sintió un escalofrío.

Abrió el navegador.

Escribió el símbolo. Buscó. Saltó de foro en foro.

Ocultismo, rituales, asociaciones, leyendas.

Nada concreto. Nada útil.

Hasta que, en una página de aspecto cutre, con fondo negro y letras verdes, encontró una entrada antigua.

> "En 1993 hubo un caso en Galicia. Se habló de brujería, pero lo taparon. Hay un nombre que repite: Clara G."

Sintió un nudo en la garganta.

Abrió otro casete.

Lo metió en el walkman.

Ruido blanco. Luego una respiración. Y una voz distinta.

—¿Estás grabando ya? —Una voz de niño, nerviosa.

—Sí. Dime lo que viste —decía otra, más grave.

Una pausa larga.

—Era una casa. Pero no era una casa normal. Tenía espejos por todas partes. Y ella…

La cinta se cortaba en seco.

Iván se quedó quieto.

La casa de los espejos.

Recordó algo.

Un sitio al que fueron una vez. De niños.

Una excursión. No, una escapada.

Clara les llevó.

Estaba abandonada.

Y en una pared había un dibujo. El mismo símbolo.

Se levantó de golpe. Buscó una vieja caja metálica bajo el escritorio.

Dentro, fotos.

Fotos del verano del 93.

Y al fondo, una Polaroid:

Clara. Iván. Luna.

Y detrás, la casa.

Morriña.

No siempre vuelve por lo que perdiste.

A veces vuelve para avisarte de lo que aún no sabes que está por venir.

Capítulo 86 – Sara y Helena

Cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Lunes, 09:12 h

El archivo olía a humedad y a café recalentado.

Helena hojeaba expedientes con la precisión de una forense. Sara, en cambio, iba por impulsos. Saltaba nombres, marcas, fechas. Iba tachando lo que no le cuadraba como si jugara al bingo.

—¿Sabes lo que dicen los antiguos de aquí? —murmuró Helena sin levantar la vista—. Que hay cosas que es mejor no desenterrar.

—¿Y tú qué dices?

—Que eso no lo dicen cuando son huesos de verdad.

Sara forzó una sonrisa, pero algo en el tono de su compañera le encogió el estómago.

Fue ella quien dio con el expediente.

Un informe escaneado, apenas cinco páginas.

Caso archivado. Año 1993. Zona: concejo de Castropol.

—¿Esto qué es?

Helena se acercó. Leyó por encima.

Una desaparición infantil.

No constaba denuncia formal. Solo una anotación de patrulla tras una conversación con una vecina.

La menor reapareció horas después, pero "en estado de shock, sin recordar lo sucedido".

Había una declaración:

> "Testimonio recogido por la agente L. Cea. Testigo menor de edad. Iniciales: C. G."

No decía más.

—¿Y esto? —preguntó Sara, señalando la esquina del folio.

Un nombre subrayado a boli rojo: "V. B. (no confiable)".

Alguien lo había anotado a mano. No figuraba en el parte original.

Helena y Sara se miraron.

—¿Te suena de algo ese nombre?

—Ahora mismo, no. Pero lo voy a buscar.

Sara abrió su libreta y anotó:

C.G.

1993

V.B.

—¿Y si no fue un caso aislado?

Helena asintió, pero no dijo nada.

Había algo en el ambiente. Como si esa carpeta hubiera estado esperando a ser abierta.

Morriña.

Hay silencios que huelen a humedad, como las verdades enterradas demasiado tiempo.

Flashback (Verano 1993) - Casa del pueblo, Figueras. Verano. Noche.

Rufo ladraba.

No era un ladrido juguetón. Era grave, insistente.

El tipo de ladrido que no se olvida aunque pasen veinte años.

Iván se despertó primero.

Se asomó a la ventana y vio que la linterna de papá estaba encendida junto al porche.

No había nadie.

—¿Luna? —susurró.

Pero Luna no estaba en su cama.

Bajó las escaleras descalzo. El suelo de madera crujía con cada paso.

Rufo seguía ladrando, al fondo del jardín. Hacia el bosque.

Y entonces la vio.

Una figura pequeña, entre los árboles.

Un camisón blanco. Pelo suelto.

—¡Luna!

Pero cuando se acercó, se dio cuenta de que no era Luna.

Era Clara.

Estaba de espaldas.

Sus pies descalzos pisaban las agujas de pino como si no notara el frío.

Parecía en trance.

Iván se quedó helado.

—Clara… —dijo en voz baja.

Ella giró la cabeza.

No del todo. Solo un poco.

Lo justo para dejar ver un ojo y parte de la cara.

Y entonces, sin decir nada, echó a correr hacia el bosque.

Iván no lo dudó. Fue tras ella.

Corrió entre zarzas, ramas y hojas húmedas.

Hasta que la perdió.

Y entonces escuchó una canción.

Una voz infantil, suave, como un susurro que salía de todas partes y de ninguna:

"Soy guapa, lista y nadie me manda…"

Y de pronto, silencio.

Solo el crujido de sus propios pasos. Y el jadeo de su respiración.

Rufo lo encontró minutos después.

Iván estaba de rodillas, con las manos en la tierra.

Frente a él, medio enterrado, había un objeto.

Una cinta de casete sin carátula.

Solo una palabra escrita a boli: **"CLARA"**.

Morriña.

Aquel verano dejó un eco. Y algunos ecos, cuando regresan, ya no suenan a juego.

Capítulo 87 – Helena y Sara

Cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Lunes, 10:25 h

Sara había hecho una lista de nombres en su libreta. Algunos los había tachado. Otros los había rodeado como si fueran las casillas de un sudoku imposible.

—Vale —dijo—. ¿Y si V.B. no es solo una anotación aleatoria? ¿Y si fue alguien importante para ese caso y alguien intentó taparlo?

Helena, aún con el expediente en la mano, negó con la cabeza.

—"No confiable". Eso es lo que escriben cuando alguien sabe demasiado, o cuando no pueden descartarlo pero tampoco quieren meterse en líos.

Sara revisó de nuevo las iniciales del testigo: C.G.

—¿Y si todavía vive? ¿Y si hablamos con ella?

—Tendría que rondar los cuarenta. Pero no sabemos ni su nombre completo.

Un agente se asomó a la puerta.

—Mi sargento… acaba de llegar aviso de Figueras. De Antón, el marinero.

—¿Antón Vello?

—Ese mismo. No se presentó esta mañana en la lonja. Su barca sigue amarrada, el motor frío. Pero su perro lleva horas ladrando solo frente a la casa.

Helena se levantó.

—¿Y la puerta?

—Cerrada con llave desde dentro. Y la radio encendida.

Sara sintió el picor habitual en la nuca.

—¿Han revisado el camino de la cantera? El que usaban los de la fábrica vieja.

—Están en ello. Pero hay algo más.

El agente les tendió una pequeña bolsa de pruebas. Dentro, una fotografía arrugada.

Tres niños. Ropa vieja. Un prado al fondo.

—¿Y esto?

—Estaba en la casa de Antón. Pegada en la puerta.

Helena examinó la imagen con atención.

—¿Quién la dejó ahí?

—Eso queremos saber.

Dos de los rostros eran reconocibles: Roi, de niño. Y Antón, con esa sonrisa torcida de siempre.

El tercero estaba arrancado.

No tachado.

No difuminado.

Arrancado con rabia.

Sara tragó saliva.

—¿Qué coño está pasando en este pueblo?

Helena se giró hacia el agente.

—Quiero copia de todos los expedientes en los que aparezca V.B.

desde el 93 hasta hoy.

Y luego —añadió, mientras cogía las llaves—, nos vamos a ver a Maruxa, la panadera. Si alguien recuerda la infancia de estos tres, es ella.

Sara asintió. Pero en su cabeza ya se había formado una hipótesis.

Y no le gustaba nada.

Morriña

Hay fotos que sobreviven a los incendios. Y otras que alguien se empeña en enterrar.

Pero por mucho que arranques las caras, los ojos siguen ahí. Mirando desde el hueco.

Capítulo 88 – Luna y Sindo

Sendero entre la playa de Arnao y Figueras. Lunes, 11:03 h

Sindo iba unos pasos por delante. Llevaba la camisa remangada y el cigarro colgando del labio. Luna, más atrás, caminaba con la mirada clavada en el suelo. Pisaba musgo, ramas secas, tierra húmeda.

No hablaban desde hacía diez minutos.

—¿Tú sabes lo que buscas, Luna? —preguntó él de pronto, sin girarse.

Ella no respondió.

—Porque esto no es un cuento de los que se arreglan con una canción bonita ni con una foto borrosa.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —le devolvió, casi sin pensar.

Sindo sonrió sin humor.

—Digamos que también tengo cosas sin cerrar.

El sendero se abría entre helechos y eucaliptos. Por momentos, el mar quedaba oculto. Se oían gaviotas y un lejano motor de lancha.

—Mi hermano no cree en casualidades —dijo Luna al fin—. Cree que todo está conectado. Las grabaciones, los nombres, los símbolos.

—Iván tiene razón —murmuró Sindo—. Pero hay cosas que mejor no conectar si no quieres que todo se te venga encima.

Se detuvieron.

Ante ellos, medio oculta por la maleza, una entrada de cemento cubierta de óxido y líquenes. Una especie de búnker o galpón antiguo.

—¿Esto qué es? —preguntó Luna.

Sindo se agachó y apartó las ramas.

—Una de las entradas a los antiguos túneles de carga de la cantera.

Cerraron todo esto en los noventa. Nadie ha entrado desde entonces.

—¿Seguro?

Él se quedó en silencio.

—Hace dos días vi luz. Pensé que era el reflejo del mar. Pero ahora no estoy tan seguro.

Luna sintió un escalofrío.

—¿Y si alguien está usando esto?

Sindo dudó. Luego se quitó el cigarro de la boca y lo tiró al suelo.

—Solo hay una forma de saberlo.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Luna encendió la linterna del móvil.

—Vamos.

Avanzaron unos metros. Dentro olía a sal, hierro oxidado y humedad vieja. El eco de sus pasos era inquietante. Las paredes, cubiertas de moho.

De pronto, algo sonó.

Un ruido sordo. Como si alguien —o algo— se moviera más allá de la curva del túnel.

—¿Has oído eso?

Sindo alzó la mano para hacerla callar.

Pero era tarde.

La linterna de Luna parpadeó.

Luego, se apagó.

—Joder. No me jodas ahora.

Sindo encendió un mechero, apenas una llama débil.

—No te muevas.

Otro ruido. Más cerca.

Pasos.

Ropa rozando metal.

—Hay alguien ahí —susurró Luna.

Y entonces, la voz.

Lejana, rota, apenas un hilo de aire.

—¿Hola…? ¿Hay alguien ahí?

Pero no era una voz cualquiera.

Era la de una niña.

Morriña.

A veces el pasado no duerme bajo tierra. A veces camina en círculos. Esperando. Llamando con la voz de quien no debería estar ahí.

Capítulo 89 – Iván

Casa del pueblo, Figueras. Lunes, 11:18 h

La cafetera italiana silbaba como una bomba de vapor.

Iván no se movió.

Tenía frente a él cuatro hojas impresas, tres cuadernos abiertos, dos pantallas encendidas y una línea de puntos rojos que empezaba a tener forma.

"Maruxa", "Montxo", "C. G.", "V. B.".

Nombres sueltos, pero cada vez más cerca unos de otros.

Había encontrado una referencia cruzada en un foro antiguo de leyendas locales, apenas una entrada del año 2008 con un comentario borrado.

Pero lo importante era el nombre del usuario: **Montxo13**.

Iván rastreó la IP. Parcialmente oculta. No profesional, pero con intención.

Lo conectó con una dirección de correo antigua. Y, al final, un número de teléfono que parecía inactivo.

Dudó.

Luego marcó.

Un tono.

Dos.

Clic.

—¿Sí?

La voz era ronca. Masculina.

Demasiado calmada.

—¿Montxo?

Silencio.

Iván tragó saliva.

—Perdón. Vi un post tuyo en el foro de leyendas de Castropol. Sobre lo del 93. Estoy investigando unas cosas que podrían estar relacionadas.

Un leve crujido. Como de pasos sobre grava.

La voz volvió.

—¿Quién te ha dado este número?

—Lo encontré. Solo quería preguntar unas cosas. Es sobre una niña… y un caso viejo.

La línea se mantuvo en silencio por unos segundos más.

Luego, la voz dijo:

—Te has metido donde no debías.

—Oye, solo quiero ayudar. No busco problemas.

—Ya estás dentro.

—¿Perdón?

Clic.

La llamada se cortó.

Iván se quedó mirando la pantalla como si pudiera volver atrás en el tiempo.

Sintió un picor en el cuello.

Se giró hacia la ventana.

Nada. Solo el perro del vecino ladrando al viento.

Volvió al escritorio.

Movió un papel.

Debajo, una foto vieja que Luna había rescatado días antes: los dos, de niños, con Rufo, en la campa detrás del bosque.

Y detrás de ellos, una silueta que nadie había visto antes.

No estaba en su recuerdo.

Pero en la foto…

Estaba.

Morriña.

El pasado no siempre regresa como un recuerdo.

A veces lo hace como una advertencia.

O como alguien que nunca se fue del todo.

Capítulo 90 – Sara y Helena

Aldea de Villameitide, concejo de Castropol. Lunes, 12:32 h

La niebla había bajado tan de golpe que parecía haber caído como una cortina mojada.

El coche de la Guardia Civil avanzaba por la carretera estrecha, flanqueada por eucaliptos que crujían con el viento.

—¿Estás segura de que aquí vivía ese tal V.B.? —preguntó Sara.

—En el 93, sí. Cruzamos registros del padrón. Luego desaparece. Literal.

—Me encantan los que desaparecen de los registros. Dan mucha confianza.

Aparcaron junto a una casa de piedra medio derruida. Puerta carcomida. Silencio absoluto.

Helena sacó su móvil. Cero cobertura.

—Esto huele a susto —murmuró Sara.

Entraron.

La casa estaba vacía, pero había signos recientes: colillas, una taza con posos, una libreta abierta en la mesa.

Helena hojeó la libreta.

En la primera hoja, solo una palabra escrita con letra temblorosa:

"Cuerda"

Sara subió al piso superior.

Una escalera estrecha, casi podrida.

Al llegar arriba, gritó:

—¡Helena, sube!

Un colchón en el suelo. Fotos pegadas con chinchetas. Mapas.

Recortes de periódicos antiguos.

Y en medio, una imagen impresa en papel térmico: **Luna Lázaro**.

Helena subía cuando lo escucharon.

Un crujido.

Un chasquido.

Un clic de encendido.

Gas.

Sara olió el inconfundible hedor segundos antes de oírlo.

—¡Sal, Helena, sal ya!

Corrieron escaleras abajo.

Demasiado tarde.

La casa estalló por dentro.

Una llamarada los lanzó contra la tierra húmeda.

Sara tosía, cubierta de barro y ceniza.

Sangre en la frente.

Gritó:

—¡Helena!

Pero no hubo respuesta.

Solo humo.

Solo silencio.

Morriña.

A veces el pasado no quiere que escarbes más.

A veces te manda señales. Y otras… te las arranca a fuego.

Capítulo 91 – Luna y Sindo

Cantera abandonada, Figueras. Lunes, 18:46 h

El viento colaba su silbido entre las piedras rotas de la cantera.

Luna se agachó junto al hueco que Sindo le había señalado. Era un túnel excavado en la roca, tapado a medias con tablones viejos. A su alrededor, la tierra olía a óxido y hojas húmedas.

—¿Seguro que era aquí?

Sindo asintió, nervioso.

—Era verano. Yo tenía nueve. Vinimos con Montxo y otro… un tío que olía a aguardiente. Jugábamos a esconder cosas. Pero ellos…

Ellos escondían otra cosa.

Luna lo miró, intrigada.

—¿Qué cosa?

—Una caja. De madera. La empotraron ahí dentro. Montxo me dijo que si hablaba, acabaría como el perro del viejo Antón.

—¿Qué le pasó al perro?

—No volvió.

Sindo tragó saliva. El chico que siempre soltaba chascarrillos ahora parecía un niño atrapado en su propia memoria.

—Ayúdame a mover esto —dijo Luna.

Entre los dos levantaron las tablas. Debajo, una abertura. Oscura.

Seca. No muy profunda. Y dentro…

—Una caja —susurró Luna.

No era muy grande. Tenía restos de cuerda. Una cerradura oxidada.

Sindo sacó una navajita. Le temblaban las manos.

—¿La abrimos?

Luna asintió. El clic del metal fue como un latigazo.

Dentro, había un trozo de tela manchada, una muñeca sin cabeza… y algo que Luna no esperaba: un sobre. Cerrado.

Lo cogió con cuidado. Estaba dirigido a alguien.

"Para C.G. Si un día recuerdas."

Luna sintió que el suelo se le movía.

—¿C.G.? —murmuró— ¿Será la niña de 1993?

Sindo ni respiraba.

Un ruido seco los sacó del trance.

Un crujido. Desde la ladera de arriba.

—¿Has oído eso?

Sindo asintió. Miró en todas direcciones.

—No estamos solos.

Luna guardó el sobre, cerró la caja, pero ya era tarde.

Un ladrido rompió el silencio. Después, el zumbido de una moto.

Lejano. Pero acercándose.

—Vámonos. —dijo ella.

Sindo no se movía.

—Luna… ¿y si nos han visto?

—Da igual. Corre.

Y corrieron.

Por un momento, Luna sintió que volvía a ser una niña. Huyendo del bosque. De un miedo sin rostro. De algo que había estado dormido

durante años… y acababa de despertar.

Morriña.

Hay cosas que no deberían encontrarse.

Pero una vez las ves, ya no puedes dejar de mirar.

Capítulo 92 – Iván

Casa del pueblo, Figueras. Lunes, 19:11 h

Iván no dejaba de mirar la pantalla.

Tenía abiertos cinco documentos, tres ventanas de búsqueda, dos grabaciones. Y el archivo escaneado que Sara le había enviado por Telegram.

El nombre de la testigo —C. G.— no le decía nada. Pero la anotación a boli sí.

V. B. (no confiable)

Buscó combinaciones. Nombres completos. Iniciales. Siguió hilos invisibles por registros, foros, bases de datos polvorientas.

Y entonces apareció:

Valentín Barcia.

Fallecido en 1996. Oficialmente.

Pero había algo más.

Un informe del ayuntamiento de Castropol, fechado en 1997, en el que constaba la firma de un "V. Barcia" en un permiso de tala en una zona protegida.

Un año después de su muerte.

—Qué cojones… —murmuró Iván.

Volvió al expediente original. La declaración de la niña. El estado de shock. La desaparición.

La edad encajaba con Luna.

—No… no puede ser…

Se levantó de golpe. Necesitaba aire. Pensar.

Fue a la cocina, sirvió agua.

El móvil vibró.

Mensaje de Leo.

"¿Dónde estás? Esto se está complicando. Me han bloqueado el acceso a archivos. Creo que nos siguen."

Iván dudó. Iba a contestar cuando algo crujió en la casa.

Una pisada.

Se giró. Nada.

Salió al pasillo. La casa crujía, como si respirara por sí misma.

—¿Hola?

Silencio.

Fue hasta la puerta principal. Cerrada. Luego al salón. Todo igual.

Pero algo olía diferente. Como a humo.

Olió sus dedos. No era él.

La ventana del comedor estaba entreabierta.

El aire trajo consigo un susurro.

Un silbido.

Se le erizó la piel.

Volvió al ordenador. Quería cerrar todo, esconder el rastro.

Pero la pantalla ya no mostraba sus ventanas.

Solo una.

Negra.

Y una frase en letras verdes, como de los noventa.

"Demasiado tarde."

Iván retrocedió. Su reflejo temblaba en la pantalla.

Y entonces lo vio.

No su cara.

La de otro. Detrás de él.

Morriña.

A veces, los fantasmas no vienen del pasado.

Viven contigo. Solo esperan a que los mires de frente.

Capítulo 93 – Leo y Yoli

Málaga. Lunes, 20:22 h

Leo daba vueltas por el salón como un lobo enjaulado.

Yoli estaba sentada en el sofá, encogida, agarrando un cojín como si fuera un salvavidas.

—¿Estás segura de que no has dicho nada? ¿A nadie? —preguntó Leo.

—Solo a ti. Y… —tragó saliva—. A mi prima la de Vélez. Pero no le conté lo de las grabaciones. Solo que andaba nerviosa.

Leo se frotó la cara. Había intentado acceder a un par de bases de datos desde su portátil, pero algo o alguien le había cortado el paso.

Demasiadas coincidencias.

—¿Tú sabías que "Montxo" podía ser el diminutivo de Ramón? —preguntó él de pronto.

—Claro, aquí hay uno en el mercado. ¿Por qué?

—Porque en la segunda grabación que me diste, se escucha un nombre entero: Ramón… algo. Pero no está claro. Podría ser clave.

—Y también dicen lo de Maruxa —añadió Yoli, bajito—. Aunque eso me da un poco de miedo. Esa mujer me traía mala espina hasta cuando traía rosquillas.

Leo fue al escritorio. Metió la segunda grabación en un editor de sonido, subió el volumen, aplicó un filtro de limpieza. Escucharon juntos.

Voz de hombre, entrecortada:

"…a la cría la llevó Ramón. A la rubia. Montxo lo sabía. Maruxa también. Pero ya estaba hecho."

Yoli se llevó las manos a la boca.

—¿Rubia? ¿Como la niña de la furgoneta?

Leo asintió, con los ojos abiertos como platos.

—¿Podría ser Luna?

—¿Y si no era la única? —murmuró Yoli—. ¿Y si hubo más?

El silencio se llenó de eco. De vértigo.

Leo abrió su libreta. Dibujó una línea entre nombres:

Montxo. Ramón. Maruxa.

—Esto es una red. No un caso. Y están más vivos de lo que pensábamos.

Yoli empezó a temblar. Se levantó. Fue hacia la ventana.

—Leo.

—¿Qué?

—Ese coche de ahí abajo. Lleva aparcado desde ayer. Y no es de ningún vecino.

Leo se asomó.

Un Ford oscuro, matrícula de Madrid. Cristales tintados.

—No te muevas —dijo.

Cogió su móvil, pero no marcó.

No todavía.

Primero, grabó la matrícula.

Luego, empezó a hacer la maleta.

Morriña.

Hay lugares que te atrapan.

Pero hay personas que te persiguen. Aunque cruces medio país para escapar.

Flashback – Verano de 1993

A las afueras de Taramundi. Sábado, 12 de julio. 18:42 h

El calor caía como una manta mojada.

En el prado detrás del molino, Clara González recogía margaritas. Se las ponía detrás de las orejas a su muñeca, una Barbie sin brazo que ella llamaba Maruxa, como la panadera que siempre le daba galletas de anís.

Desde donde estaba, apenas se oía el pueblo. Solo el crujir de los grillos y algún zumbido de mosca. El molino viejo había dejado de funcionar, pero su sombra aún imponía respeto.

Entonces, un ruido.

Un motor lejano.

Una furgoneta blanca, polvorienta, se detuvo donde acababa el camino de tierra. Clara se agachó, escondida tras los helechos.

Bajó un hombre. Alto, delgado, con una gorra encajada hasta las cejas. No parecía ver a Clara. Caminó hasta el río. Miró alrededor.

Luego abrió la puerta trasera.

Y allí, entre mantas arrugadas, una niña.

Rubia, de rizos largos. Los ojos como platos. Lloraba, pero sin sonido. Como si se le hubiera agotado la voz.

Clara contuvo el aliento. Algo en esa niña le dio miedo. No por ella.

Sino por el silencio que arrastraba.

Como si el bosque entero la negara.

El hombre sacó una botella. Le ofreció un trago a la niña. Ella no bebió. Él insistió. La niña giró la cabeza. Entonces él le gritó algo —no se oyó bien—, agarró la botella y la lanzó al río.

Después la subió en brazos. No con ternura. Como quien mueve un fardo. Y se la llevó hacia la vereda que subía al monte.

Clara temblaba. No sabía si correr o seguir mirando. Pero entonces, entre los árboles, apareció otra figura.

—¡Eh! —gritó una voz masculina—. ¡Ramón!

El hombre se giró.

Ramón.

Ahora Clara tenía un nombre.

—¿Qué haces? —preguntó el otro—. ¿Estás loco?

Ramón respondió algo, pero Clara solo entendió una palabra.

"Ensayo."

La niña fue dejada en el suelo. El otro hombre se le acercó. Parecía nervioso. Miraba hacia todos lados. Luego ambos se alejaron discutiendo.

Clara salió de entre los helechos.

La niña rubia seguía allí.

Temblaba.

—¿Te llamas Maruxa? —le susurró.

La niña no respondió.

Pero Clara se quedó a su lado hasta que anocheció.

Horas después, cuando los mayores la encontraron, ya no recordaba cómo había vuelto a casa. Solo que había prometido no decir nada.

Que Maruxa era un nombre bonito.

Y que aquel verano, en Taramundi, dejó de recoger margaritas.

Capítulo 94 – Luna

Cantera abandonada, Figueras. Martes, 06:18 h

Luna despertó con la boca seca y la cabeza embotada.

La niebla del amanecer se filtraba entre las rocas, cubriendo el suelo de la antigua cantera como un sudario pálido.

Estaba sola.

Se incorporó con torpeza.

El cuerpo le dolía, como si hubiera dormido encima de piedras.

Quizás lo había hecho.

Miró a su alrededor.

Nada de Sindo.

Solo quedaban su petaca vacía, tirada junto a un zapato viejo, y un papel arrugado pegado con una piedra.

Lo desdobló con las manos temblorosas.

Era un dibujo infantil. Hecho con lápiz de color rojo.

Un árbol enorme, con raíces abiertas como dedos. Bajo él, tres figuras con brazos en cruz y bocas negras.

Y abajo, escrito en mayúsculas torcidas:

"DEBAJO NO DUERMEN"

Luna notó un escalofrío que no venía del aire.

—¿Sindo? —gritó.

Solo le respondió el eco, deformado por la piedra.

Se puso en pie. El pantalón tenía una mancha húmeda. Se agachó para mirar mejor.

¿Barro?

¿Sangre?

Era denso. Y no era suyo.

Se volvió hacia el sendero por el que habían bajado.

Había huellas.

Zigzagueantes.

Descalzas.

Comenzó a seguirlas.

La cantera, antes abierta y vasta, empezaba a cerrarse a su alrededor como si respirara. Como si supiera que alguien había entrado y no debía haberlo hecho.

Luna se detuvo al borde de un terraplén.

Las huellas terminaban allí.

Pero más abajo, entre los helechos, algo se movía.

—¿Sindo?

Una sombra desapareció entre la maleza.

No corría.

Se deslizaba.

Luna dio un paso atrás.

Y entonces sonó una melodía.

Una tonada de feria.

Lejana. Inconfundible.

La misma que sonaba en la grabadora de Clara.

La misma que llevaban semanas escuchando.

Venía de algún sitio dentro de la cantera.

—No. No puede ser…

Luna se echó a temblar.

Y por primera vez en mucho tiempo, deseó no haber recordado nada.

Morriña.

No todo lo que se pierde está buscando ser encontrado.

Hay memorias que prefieren seguir enterradas.

Capítulo 95 – Leo

Tren Alvia, rumbo al norte. Martes, 08:03 h

El vagón olía a café recalentado y desodorante barato.

Leo se acomodó junto a la ventana, con la mochila a sus pies y el portátil encendido sobre la bandeja. No había dormido. No quería.

Revisó por quinta vez la nota.

"NO LA BUSQUES. YA SABES CÓMO EMPIEZA EL JUEGO."

Y la ficha de dominó: doble tres.

La cinta seguía en su bolsillo. A medio escuchar.

Pero ya no sabía si le daban miedo las voces…

o reconocer alguna.

En la siguiente parada, un hombre subió al vagón. Alto, delgado, gafas de sol, mochila mínima. Se detuvo un instante, como buscando asiento, y luego eligió justo el de al lado de Leo.

No dijo nada.

Ni siquiera lo miró.

A los pocos minutos, dejó caer algo sobre la bandeja plegada. Una servilleta arrugada.

Leo la cogió, por instinto.

Dentro, un mensaje escrito con tinta azul temblorosa:

"NO VAS A LLEGAR."

El corazón le dio un vuelco.

Levantó la vista.

—¿Perdón? —dijo, tenso.

El tipo ya no tenía gafas.

Lo miraba como si no entendiera.

—¿Algún problema? —preguntó, con voz neutra.

Leo se incorporó un poco.

El tipo sonrió apenas.

Y entonces se levantó, cogió su mochila y se bajó en la siguiente estación, justo antes de que se cerraran las puertas.

Leo tardó un segundo en reaccionar. Miró a su alrededor. Nadie más pareció notar nada.

Volvió a abrir la servilleta.

Detrás del mensaje había una fecha:

"18 de julio"

Y una palabra escrita en letras torcidas:

"Taramundi."

En ese momento, el tren entró en un túnel.

La luz del vagón parpadeó.

Y Leo juraría haber oído, muy cerca de su oído, la misma melodía de la grabadora.

Pero cuando se giró…

no había nadie.

Morriña.

A veces no vuelves a casa.

A veces es la casa la que viene a por ti.

Capítulo 96 – Sara

Hospital Comarcal de Jarrio. Martes, 07:40 h

Sara abrió los ojos con la garganta reseca y la cabeza embotada.

El techo era blanco. El zumbido de una máquina marcaba el ritmo de su conciencia.

Estaba viva.

Eso ya era algo.

Intentó incorporarse. Un pinchazo en el costado se lo impidió.

El brazo derecho vendado. La frente con gasas. Olor a antiséptico y algo más…

¿Ceniza?

Recordó la explosión.

—Helena…

Se removió. Pulsó el botón de llamada.

Una enfermera apareció.

—¿Mi compañera? ¿La otra mujer?

—Está bien. Contusionada, pero estable. Está en observación. No se preocupe.

Sara dejó escapar el aire que no sabía que contenía.

—¿Alguien ha venido? ¿Guardia Civil?

—Una agente pidió declarar en cuanto despertaras. Está en camino. Y también preguntaron por ti… desde Ribadeo.

Sara frunció el ceño. Intentó reconstruir lo que había pasado.

La casa. La libreta. La palabra "Cuerda".

El gas.

Y la foto de Luna.

Le pidió a la enfermera que le pasara su mochila, que estaba al pie de la cama.

Dentro, la libreta de notas. Manchada de hollín, pero legible.

Abrió por una hoja con un nombre que no había olvidado:

Ramón B.

Y debajo, a lápiz:

Montxo – testimonio 1993 – niña rubia.

Sara tragó saliva.

Había algo más.

En el fondo de la mochila, un sobre chamuscado que alguien —ella o Helena— había metido antes de salir corriendo.

Dentro había una foto impresa. En blanco y negro.

Un grupo de niños en una feria. Una niña rubia con una cinta en el pelo.

Y detrás, escrito a mano:

"El juego empezó aquí. Pero no ha terminado."

La enfermera volvió a entrar:

—Tiene visita.

Sara levantó la vista.

Una mujer delgada, con ojos oscuros y gesto serio, entró al cuarto.

—¿Agente Aguilar? Soy la inspectora Outeiriño. Vengo de Santiago. Y creo que tenemos que hablar de 1993… y de ahora.

Morriña.

A veces, las respuestas que buscas no llegan con claridad.
Llegan como ceniza:
pegadas a la piel. Y a lo que queda de ti.

Capítulo 97 – Iván

Casa del pueblo, Figueras. Martes, 08:45 h

El reflejo no era el suyo.

Iván se quedó congelado frente a la pantalla.

No sabía si gritar o golpear.

Pero el rostro que aparecía tras él —difuso, como en una pesadilla mal renderizada— no se movía. Solo lo miraba.

Se giró de golpe.

Nada.

La casa vacía.

El pasillo, en silencio.

Cuando volvió la vista al ordenador… la pantalla estaba en negro.

Y el ventilador interno hacía un zumbido anómalo. Como si algo dentro hubiera cambiado.

Pasó la noche en vela. No recordaba haber dormido. Pero al abrir los ojos, lo hizo en el suelo, con la nuca pegada al frío del terrazo y un sabor metálico en la boca.

Se incorporó con un quejido.

El portátil seguía sobre la mesa.

La pantalla, ahora normal. Escritorio en pausa.

Pero había algo nuevo. Algo que no estaba antes.

Una ficha de dominó.

Doble tres.

Colocada justo encima del ratón, como un recordatorio.

Y un mensaje en su móvil, enviado a las 06:17 desde un número oculto:

43.3707, -7.0221

Luqui.

Iván tragó saliva.

Sabía lo que significaba.

Nadie fuera de su familia usaba ese apodo para Luna.

Recorrió la casa, pero no encontró huellas ni signos de entrada.

Solo esa presencia invisible.

Esa certeza de que algo lo había observado durante la noche.

Recogió lo esencial, guardó el portátil, la linterna, la navaja suiza, una barra de cereales.

Y salió.

Fuera, el pueblo aún no despertaba del todo.

El cielo tenía un gris lavado, de esos que presagian tormentas sin agua.

Y en la farola junto al coche, una hoja clavada con chinchetas:

"No lo vas a encontrar. Pero él sí sabe dónde estás."

La guardó sin pensarlo.

Arrancó.

Y puso rumbo al punto que el mensaje marcaba.

Un bosque sin nombre, a medio camino entre la ría y los montes de Taramundi.

Donde, quizá, alguien sabía demasiado.

O demasiado poco.

Morriña.

A veces no es el miedo lo que te impide volver.

Es saber que, si lo haces, ya no serás el mismo.

Capítulo 98 – Luna

Bosque cerca de la cantera, Figueras. Martes, 06:44 h

Luna corría entre los helechos, guiada solo por esa melodía maldita que parecía rebotar entre los troncos como un eco burlón.

No pensaba. No razonaba. Solo avanzaba.

Las ramas le arañaban los brazos, el barro le salpicaba las zapatillas.

Pero no paraba.

No podía.

Hasta que tropezó.

Cayó de bruces contra la tierra húmeda, y cuando alzó la vista lo vio.

Un poste de madera, medio podrido, con una cuerda anudada.

Colgando de ella, una camiseta.

La de Sindo.

Luna se incorporó con torpeza, jadeando.

El corazón le latía en la garganta.

Debajo del poste, el suelo parecía removido.

Tierra suelta.

Alguien había cavado allí.

O enterrado.

—No… —murmuró.

Se acercó despacio.

Entonces, lo notó.

Una presencia.

A su espalda.

Giró en seco.

Un hombre.

Alto. Con una chaqueta de pescador y la cara tapada con un pasamontañas gris.

Llevaba algo en la mano.

—¿Dónde está? —gritó Luna.

El hombre no respondió.

Solo extendió el brazo.

Y le tendió un papel doblado.

Luna lo cogió.

Temblaba.

El hombre no se movió.

Ni un gesto.

Ella desdobló el papel.

Era un mapa.

A mano.

Con líneas hechas a lápiz.

Un camino desde la cantera hasta… algo.

Un punto marcado con una equis.

Y escrito al margen:

“Si quieres respuestas, ve sola. Y que sea esta noche.”

Cuando levantó la vista, el hombre ya no estaba.

Como si se lo hubiese tragado el bosque.

Luna retrocedió hasta el claro.

La camiseta seguía ahí.

El agujero también.

Pero no tenía fuerza para mirar más.

No aún.

Se sentó al borde del terraplén.

El mapa en el regazo.

El corazón en vilo.

La melodía ya no sonaba.

Pero seguía en su cabeza.

Girando.

Como una noria sin fin.

Morriña.

Hay lugares que no aparecen en los mapas.

Y a veces, esos son los únicos a los que uno acaba llegando.

Capítulo 99 – Leo

Llegada a Lugo. Estación de tren. Martes, 12:45 h

Leo bajó del tren con las piernas dormidas y el pulso alerta.

Había dormido mal. O no había dormido.

El aire gallego le dio en la cara como una advertencia.

La nota en la servilleta seguía en su bolsillo.

"Taramundi. 18 de julio."

Y lo otro:

"NO VAS A LLEGAR."

Pero ya estaba allí.

O casi.

Sacó el móvil. Cero cobertura.

Miró a su alrededor. Nadie conocido. Nadie sospechoso.

Solo gente que parecía demasiado ocupada en llegar tarde a alguna parte.

Pidió un café en la estación.

Se sentó junto a una ventana.

Y por primera vez en horas, se permitió mirar hacia dentro.

¿Y si estaban jugando con él?

¿Y si todo formaba parte de una trampa?

La ficha de dominó en su bolsillo pesaba más que un puño americano.

El doble tres.

Abrió su libreta.

Escribió en grande:

“¿Qué pasó en Taramundi?”

Debajo:

Montxo. Ramón. Maruxa.

¿Quién era el siguiente?

Recordó el rostro de Yoli, su miedo.

Las voces en la cinta.

La niña rubia.

Clara.

Pero había otra.

Siempre había otra.

Le sonó el móvil.

Un número oculto.

Contestó sin hablar.

Una voz de hombre.

Distorsionada.

Como si hablara desde dentro de una pecera:

—Tienes 48 horas. Luego, alguien más desaparecerá.

Click.

Fin de la llamada.

Leo cerró los ojos.

Se juró no perder los nervios.

Abrió el portátil.

Buscó líneas de autobús hacia la costa.

Figueras, Ribadeo, Taramundi.

Eligió la más directa.

Y mientras esperaba, escribió en su libreta:

"No se trata de saber quién.

Se trata de llegar a tiempo."

Morriña.

Hay sitios que no te esperan.

Te arrastran.

Capítulo 100 – Helena

Hospital Comarcal de Jarrio**.** Martes, 14:12 h

Helena no quería que la dieran de alta.

Quería que le dieran respuestas.

Tenía la cabeza vendada, un costado amoratado y la mirada cargada de incendios.

Firmó el alta voluntaria. Sin drama. Sin explicaciones.

—¿Está segura? —preguntó la doctora, con acento de aquí.

—No. Pero tengo prisa.

Fuera, el cielo gallego seguía del mismo gris espeso que cuando la trajeron.

Tomó un taxi al cuartel.

Sara seguía ingresada, sedada, con la frente aún parcheada de sangre seca.

—¿Alguna novedad sobre el expediente del 93? —preguntó al guardia de turno.

—Todo lo que había… saltó por los aires con la casa.

—Y la lista de personas conectadas a V. Barcia?

—Desaparecida. Como él.

Helena se encerró en el despacho.

Encendió su viejo ordenador.

Y por reflejo, tocó el cuarzo blanco que llevaba colgado al cuello.

Como si así pudiera mantener a raya la niebla.

Abrió un documento nuevo.

Escribió:

“Caso Morriña – Línea temporal paralela.”

Abajo, los nombres:

Ramón. Montxo. Maruxa. Clara G. Luna Lázaro.

Dudó.

Y entonces añadió uno más.

Sara Aguilar.

No porque sospechara de ella.

Sino porque le dolía pensar que pudiera convertirse en una pieza más del tablero.

Sonó el móvil.

Mensaje de un número sin identificar:

“Ya tenéis las respuestas.

Solo os falta elegir cuál queréis escuchar.”

Helena cerró los ojos.

Por un segundo, volvió a verse en aquella casa en ruinas.

Olor a gas.

Llamas.

Gritos.

Y el rostro de Sara desapareciendo entre la humareda.

Tanteó en su bolsillo.

Aún tenía el mechero que recogió en el suelo.

Negro.

Con una calavera grabada.

Nada oficial.

Nada normal.

Lo puso sobre la mesa.

Y supo que esa tarde no iba a quedarse en el cuartel.

Morriña.

No es solo lo que echas de menos.

Es lo que vuelve… aunque no lo hayas llamado.

Capítulo 101 – Iván

Bosque entre Figueras y Taramundi. Miércoles, 00:19 h

La linterna parpadeaba.

Iván la sacudió con nerviosismo. El haz de luz se debilitaba cada pocos pasos, como si el bosque se tragara las pilas.

Llevaba casi una hora caminando campo a través, guiado solo por las coordenadas del mensaje. Cada diez minutos comprobaba la ubicación en el móvil, aunque la cobertura era tan inestable como sus recuerdos de aquel verano del 2003.

La noche era espesa.

Los árboles crujían con una cadencia extraña. Como si respiraran.

El aire olía a humedad, a corteza vieja, a algo que no tenía nombre pero que reconocía.

—Luqui… —susurró.

El apodo resonó en la oscuridad, devuelto por los árboles como una pregunta sin respuesta.

Al llegar al claro señalado por el GPS, el móvil vibró.

Una nueva notificación.

Sin remitente.

Sin asunto.

Solo un archivo adjunto: “audio3_clara.mp3”

Iván no lo abrió.

No aún.

Miró alrededor.

En el centro del claro había una especie de túmulo de piedra. No natural. Como un altar olvidado o una marca deliberada.

Y encima, otra ficha de dominó.

Doble tres.

—Otra vez tú…

Se acercó con cuidado. Al rodear el túmulo, notó algo clavado entre dos piedras.

Un trozo de cartón doblado.

Lo despegó.

Era una fotografía.

Una instantánea borrosa, como de una cámara desechable.

Tres niños.

Una niña de rizos rubios —Luna, de pequeña—. Un niño con gafas y camiseta de rayas —él mismo—. Y entre ellos, otra figura que no reconoció. Borrosa. Casi borrada.

Detrás, con bolígrafo azul:

"Julio 2003 – Ensayo fallido. Faltaba uno."

Iván sintió un vértigo profundo.

Se sentó en una piedra, el pulso desbocado.

Encendió el archivo de audio.

Una voz. Infantil. Clara.

—"Luqui… ¿dónde estás? Tengo miedo…"

Luego, una interferencia.

Y otra voz.

No era una niña.

Era un susurro grave. Masculino.

—"Ensayo. Otra vez. Esta vez no puede fallar."

La grabación se cortó.

Iván cerró los ojos.

El miedo era tan antiguo como familiar.

Sacó el móvil. Marcó el número de Luna.

Sin cobertura.

La brújula giraba sola.

Y por primera vez, deseó no haber abierto aquel archivo.

Morriña.

Hay preguntas que nunca se deben formular…

porque hay respuestas que no se dejan olvidar.

Capítulo 102 – Luna

Bosque entre Figueras y Taramundi. Martes, 23:12 h

Luna caminaba sin linterna.

La luna llena le bastaba.

O eso quería creer.

El mapa en la mano, arrugado por el sudor. La otra apretada contra la navaja que le había dejado Iván años atrás, cuando aún eran solo hermanos de verano, no de supervivencia.

La senda era estrecha, flanqueada por raíces que sobresalían como huesos.

Todo olía a humedad y a musgo viejo.

A veces, a algo más: a óxido, a miedo seco.

Llegó al claro.

Tal y como señalaba el mapa.

Una pequeña cabaña de piedra.

Sin ventanas. Solo una puerta entornada.

Y frente a ella… una cuerda colgando de un árbol.

Al final de la cuerda, no había nada.

Pero se balanceaba.

Como si acabaran de soltarla.

Luna se detuvo.

Miró alrededor.

Nada.

Avanzó.

Dentro de la cabaña, un solo objeto.

Un radiocasete portátil.

Y encima, una cinta.

La misma que había estado en la casa. En la cantera. En el infierno.

Un post-it pegado con letra de imprenta:

"Dale la vuelta."

Luna tragó saliva.

Le dio la vuelta.

Detrás, con rotulador rojo:

LUQUI.

El apodo. El único que usaba Iván.

El que nadie más debía conocer.

Pulsó el botón.

La melodía empezó a sonar.

Esa tonada imposible.

De feria.

De infancia deformada.

Y después… voces.

De niños.

Riendo.

Llorando.

Y entonces… la suya.

—No lo mires. No le digas nada. Si lo miras, no sales.

Luna cayó de rodillas.

Recordó.

Todo.

El juego.

El espejo.

La habitación.

La figura al fondo.

Y una voz de adulto diciendo:

—Ensayo terminado.

La cabaña se cerró sobre sí como una trampa.

Luna se tapó los oídos.

Pero ya era tarde.

Porque por fin… sabía quién era.

Y lo que le hicieron.

Y, peor aún…

sabía que no fue la única.

Morriña.

No siempre es querer volver.

A veces, es no poder salir de donde nunca debiste estar.

Capítulo 103 – Iván y Luna

Bosque entre Figueras y Taramundi. Martes, 23:58 h

El bosque olía a metal viejo y a hierba sudada.

Iván había dejado el coche a medio camino. El GPS dejó de funcionar hacía rato, como si el satélite se negara a mirar allí abajo.

Avanzaba con la linterna temblando entre los dedos y el corazón golpeando en la garganta.

Entonces la vio.

Luna.

De pie, junto a una cabaña de piedra medio escondida entre los abedules.

Tenía la cinta en la mano y el rostro…

vacío.

O tal vez demasiado lleno.

—¿Luqui? —susurró él.

Ella alzó la vista. No sonrió. Solo se le llenaron los ojos.

—Era yo —dijo—. Era yo en la cinta. Y alguien más. Clara. Y otro.

Iván tragó saliva.

—¿Estás bien?

Luna negó con la cabeza.

—No sé lo que soy. Pero me acuerdo de todo.

Él se acercó y la abrazó sin palabras.

Ella se dejó caer en sus brazos como si solo entonces pudiera permitirse desmoronarse.

Minutos después, dentro de la cabaña, revisaron juntos lo que quedaba: la cinta, el tocadiscos, el mapa.

El símbolo pintado en la pared con carbón: un círculo doble y un ojo en el centro.

—Este lo vi en Taramundi —dijo Iván—. En el museo de Roi. En la funda de una navaja.

—Y también en uno de los dibujos de Sindo —añadió Luna—. No lo entendí hasta ahora.

Al salir, buscaron cobertura. Ninguna.

Pero vieron algo en el cielo: una luz, como una bengala, a lo lejos.

Un punto naranja parpadeando entre la niebla.

Y después… un grito.

—¿Sara? —murmuró Iván.

—¿Crees que puede estar viva?

No hubo respuesta.

Solo el silencio de los árboles y esa certeza que crecía entre ellos como un musgo frío:

aún no había terminado.

Morriña.

A veces, recordar no es volver.

Es aceptar que el pasado nunca se fue.

Capítulo 104 – Sara y Leo

Ribadeo. Martes, 17:56 h

Sara estaba sentada en el bordillo, fuera del hospital, con una venda en la frente y los zapatos llenos de barro. A su lado, una botella de agua caliente y un móvil sin batería.

Leo llegó en un autobús interurbano, con la mochila a medio abrir y unas ojeras que parecían dibujadas con carboncillo.

—Vaya pinta —fue lo primero que dijo Sara, sin levantarse.

—Lo mismo te digo.

Leo se dejó caer a su lado. Se quedaron en silencio unos segundos, mirando cómo un gato callejero cruzaba la carretera como si supiera que nada podía atropellarlo.

—¿Te ha llegado la última grabación? —preguntó Sara.

Leo asintió. Sacó la cinta del bolsillo.

—Y una amenaza. Cuarenta y ocho horas.

Sara tragó saliva.

—¿Tú crees que todo empezó aquí?

Leo negó con la cabeza.

—Creo que todo empezó antes. Y que nunca terminó.

Sara miró al cielo. El mismo gris difuso que cubría Figueras y todo el norte desde hacía días.

—Tengo una dirección. De alguien que podría haber estado detrás de todo esto desde el principio.

—¿Quién?

—Montxo.

Leo se giró.

—¿El taxista?

—El mismo.

Sara abrió la mano. En la palma tenía una chapa de taxi oxidada, con el nombre casi borrado y un número:

003.

—La encontré entre los restos de la casa que explotó.

—Y justo es el mismo número que el dominó.

—El mismo —confirmó Sara.

Leo sacó su libreta.

Trazó un nuevo círculo.

Montxo.

Y en voz baja, repitió algo que ya no sonaba a metáfora:

—Esto es una partida.

Sara asintió.

Morriña.

Hay preguntas que no buscan respuesta.

Buscan compañía para enfrentarlas.

Capítulo 105 – Todos los nombres

Bosque entre Taramundi y Figueras. Martes, 23:41 h

Los árboles parecían cerrarse a su paso.

La linterna de Iván temblaba con cada paso. Luna iba detrás, con la cinta en el bolsillo y el miedo en las costillas.

Sara caminaba con la cara ensangrentada, pero firme. Leo, con la ficha en la mano. Y Helena, cojeando, con un revólver oxidado que parecía más simbólico que útil.

—Estamos cerca —dijo Luna, mirando el mapa.

Una equis, una coordenada, un recuerdo.

Y una frase: *"Donde jugábamos a los espejos."*

Allí estaban.

Un claro.

Tres piedras dispuestas en círculo.

Y en medio… una trampilla oxidada.

La misma del dibujo que Sindo dejó antes de desaparecer.

—¿Y si no queremos ver lo que hay dentro? —preguntó Leo.

—Entonces este infierno se repetirá —contestó Sara—. Como en el 93. Como en el 2003. Como en 2023.

Iván levantó la trampilla.

Un olor a tierra y óxido. Bajaron.

Era una sala excavada en la piedra.

Cajas viejas. Cintas de cassette. Decenas.

Fotos.

Niños. Niñas. Nombres anotados en el reverso.

Clara G.

Luqui.

Raquel.

Pablo.

¿Luna?

Montxo había archivado todo. Como un ritual. Como un legado.

—¿Esto es lo que querían borrar? —murmuró Helena.

En un rincón, una grabadora.

Leo la activó.

Una voz de hombre.

—Ensayo número nueve. La niña no responde a estímulos. Se procede a interrupción del ciclo. Montxo firmó. Maruxa aprobó. Roi registró. Ramón ejecutó.

Silencio.

Luego, una melodía.

La maldita tonada.

Como un carrusel triste que se repetía desde hacía treinta años.

Luna cayó de rodillas.

—¿Y Clara? —preguntó.

Sara sacó algo del bolsillo.

Un collar. Con una chapita.

—Estaba en los restos de la casa de Valentín Barcia. Era suyo.

—Entonces… ¿estuvo viva? —preguntó Iván.

—Hasta 2003 —respondió Helena—. Después, silencio. Nadie preguntó. Nadie investigó.

Leo apretó los puños.

—Y todo el pueblo mirando a otro lado.

Una puerta se abrió de golpe.

Roi de Taramundi.

Con el rostro ceniciento y una navaja en la mano.

—No lo entendéis. No era un crimen. Era un equilibrio. Lo hacíamos para que no volviera *ella*.

—¿Quién? —preguntó Luna, helada.

—La primera. La que nunca habló. La que sigue aquí.

Un ruido.

Una figura tras ellos.

Maruxa.

Más vieja. Más flaca. Pero con los ojos de siempre.

—No os llevéis nada. Ni una cinta. Ni un recuerdo.

—Ya nos lo llevamos todo —dijo Sara, encendiendo el mechero.

Helena lanzó un trapo con gasolina sobre las cintas.

Fuego.

Todo ardía.

Las cintas, los nombres, las pruebas.

Pero también el miedo.

El silencio.

Corrieron hacia fuera.

La trampilla estalló detrás de ellos.

Fuera, la luna brillaba.

Sucia, como el pasado.

Pero real.

Helena cayó de rodillas.

Sara la sostuvo.

Leo miró al cielo.

Luna abrazó a su hermano.

Iván lloró por primera vez en años.

Y en el aire aún flotaba el eco de una canción.

Débil.

Pero esta vez… rota.

Morriña.

A veces el pasado no se entierra con una pala.

Se quema.

Y aún así… huele a casa.

Capítulo 106 – Epílogo

Varias localizaciones. Agosto, 2023.

Leo Olmo ya no escribe para nadie. No oficialmente.

Vive entre dos mundos: uno con olor a tinta y otro a salitre.

Desde que todo terminó, no ha vuelto a publicar ni una línea sobre el caso.

Pero en su portátil hay una carpeta que se llama "Proyecto Morriña", y sigue creciendo.

Helena Barreiro no volvió al cuartel. Se quedó en Ribadeo, donde nadie le pedía respuestas. Empezó a colaborar con una asociación que ayudaba a víctimas sin voz. En la estantería de su casa, aún tenía la piedra que encontró en la cantera. A veces la tocaba. No para recordar. Sino para no olvidar.

Sara Aguilar pidió traslado a la comandancia de Lugo.

Dice que es por el clima.

Pero hay quien asegura que fue para estar cerca de donde casi muere.

De vez en cuando toma café con Helena, que sobrevivió a la explosión con cicatrices nuevas y una mirada más vieja.

Ambas están en lista de espera para terapia, pero de momento se conforman con pasear juntas al atardecer, sin hablar demasiado.

Luna e Iván decidieron no volver al sur.

La casa del pueblo, tras una breve investigación, fue legalmente heredada por ellos.

A veces duermen en habitaciones separadas. Otras no.

Iván trabaja en remoto. Luna ha empezado a dibujar.

Ambos saben que la historia no se ha cerrado del todo, pero han aprendido a vivir con puertas entreabiertas.

Yoli la del Bajo sigue en El Palo.

Cocina, barre, espía.

Ahora tiene una libreta donde anota "sueños raros".

Leo la llama de vez en cuando. Ella finge que no le hace ilusión.

Pero cada vez que escucha una canción extraña en la radio, la apaga por si acaso.

Montxo, o mejor dicho, **Ramón M.**, apareció muerto en su taxi una semana después de los arrestos.

La nota que dejó decía: "Lo hicimos por miedo. Pero el miedo no absuelve."

No fue el único implicado.

El sumario del caso se mantiene bajo secreto, pero se habla de **una red de cinco adultos, tres aún vivos, dos fallecidos**.

Uno de ellos tenía relación con el sistema de acogida de menores. Otro era coleccionista de audios antiguos.

Maruxa fue detenida en Ribadeo.

Su panadería cerró al día siguiente.

En el sótano encontraron restos de grabaciones, fotografías, y varias fichas de dominó.

Ella solo dijo una frase: "No era culpa mía. Yo solo repartía."

Roi de Taramundi fue interrogado pero nunca acusado.

En su taller encontraron una navaja sin terminar, con un símbolo que coincidía con las marcas halladas en la cantera.

Nunca explicó por qué la guardaba.

Sindo, oficialmente, murió en el bosque.

La versión oficial es que fue una caída accidental.

La real… se evaporó entre rumores y sombras.

Helena aún sueña con su cara.

Clara González, la niña testigo del 93, vive en otra provincia.

Cambiado el nombre. La historia.

Pero de vez en cuando recibe cartas sin remitente.

En el sobre, solo una ficha de dominó.

La otra Clara, la de Málaga, nunca apareció.

Pero tras los arrestos, **las cintas dejaron de llegar**.

Las canciones, de sonar.

Y el eco, poco a poco, se fue apagando.

Morriña.

Hay heridas que no cicatrizan con tiempo, sino con verdad.

Y hay verdades que, aunque duelan, limpian mejor que cualquier silencio.

Un año después

Bosque de Rebordelo. Galicia. Madrugada.

La niebla era tan densa que parecía moverse con vida propia.

Un faro de linterna tembloroso iluminó una figura pequeña avanzando entre los árboles.

Una niña.

Rubia.

Descalza.

Cantaba una melodía.

La misma.

Esa que nadie había podido grabar entera.

Esa que todos habían oído alguna vez, pero nunca sabían cuándo empezó.

Al fondo, entre los árboles, alguien la observaba.

Y sobre el tronco de un castaño, clavada con una chincheta oxidada, una nota.

"Luqui no lo ha terminado."

Y justo debajo…

Una ficha de dominó.

Doble tres.